

ESTAS HISTORIAS TAMBIÉN CUENTAN

**LIZETH GABRIELA ENRIQUEZ RAMOS
ANDREA STHEFANÍA DE LA CRUZ QUITIAQUEZ**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2016**

ESTAS HISTORIAS TAMBIÉN CUENTAN

**LIZETH GABRIELA ENRÍQUEZ RAMOS
ANDREA STHEFANÍA DE LA CRUZ QUITIAQUEZ**

Trabajo de Grado presentado como requisito parcial para optar el título de
Licenciadas en Filosofía y Letras

Asesor:
Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2016**

“Las ideas y conclusiones aportadas en el Trabajo de Grado son responsabilidad exclusiva de las autoras.”

Artículo 1º del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Firma del jurado

Firma del jurado

San Juan de Pasto, noviembre ____ de 2016

AGRADECIMIENTOS

Las autoras expresan sus sentimientos de gratitud:

A Dios, por ser nuestro creador y guía.

A nuestras familias, por su sincera incondicionalidad.

A la Universidad de Nariño, por ser la institución donde adquirimos un mundo de conocimientos y saberes.

A los verdaderos protagonistas de las historias, quienes muy amablemente permitieron que nos adentráramos en sus vidas, para que se transformaran en el mundo de la literatura.

Al Magister Gonzalo Jiménez Mahecha, por su dedicación, apoyo incondicional y confianza durante la elaboración de este trabajo.

A Dios, por brindarme la vida, la fuerza y la sabiduría para alcanzar esta meta.

A mi madre, Liliana Ramos, por su amor, esfuerzo y entrega, por ser inventora y maestra de mis días, quien con su apoyo y confianza ha contribuido a mi formación personal y profesional.

Finalmente, a todas y cada una de las personas que me dieron su apoyo y comprensión en este trayecto de mi vida; a todas ellas.

Lizeth Gabriela

A Dios, por brindarme la vida, la fuerza y la sabiduría para alcanzar esta meta propuesta.

A mi madre, Ana Patricia Quitiaquez, por su amor, esfuerzo y entrega, por ser inventora y maestra de mis días, quien con su apoyo y confianza ha contribuido a mi formación en lo personal y en lo profesional.

A Nathaly Patricia de la Cruz, por su sincera y valiosa amistad; por brindar su constante apoyo cuando más lo he necesitado; por contar siempre con su amor y cariño fraternal. En fin, a todas y cada una de las personas que me dieron su apoyo y comprensión en este trayecto de mi vida; a todas ellas.

Andrea Sthefanía

RESUMEN

Estas historias también cuentan narran, a partir de hechos reales, las experiencias de vida de adolescentes que han sido doblegados por violencia de toda índole, que, con su valentía de reconocer su mundo, inmersos en el conflicto social, han querido manifestar y transportar a ese mundo donde triunfa la maldad y, a la vez, la inocencia, pues estas dos caras darán muestra, en los relatos que se plasmarán en este trabajo, y harán que el lector se forme una ligera idea de lo que significa vivir de una manera tan compleja, con la que, solo al conocerla, la sociedad se pueda humanizar y la violencia ya no sea más violencia.

A través del juego del lenguaje, se ha construido un ejercicio literario, que intenta crear mundos posibles, donde la realidad supera a la ficción, para dar paso a introducirse en una experiencia de imaginación y afectar de manera positiva las expectativas de los lectores, en cuanto se pudieran sensibilizar y, al mismo tiempo, con la magia de la literatura pudieran abrir posibilidades para transformar su mundo.

Palabras claves

—Creación literaria

—Educación

—Experiencia

—Relato de Vida

—Sensibilización

ABSTRACT

Estas historias también cuentan narrate, based on real facts, the life experiences of adolescents, who have been bowed by violence of all kinds, who, with their courage to recognize their world, immersed in the social conflict, wanted to express and to transport to that world, where evil and, at the same time, innocence prevail. These two sides give a sample, in the stories that will be reflected in this work, and make the reader form a general idea about what it means to live in such a complex way and, with that, just to know, society can humanize and violence was not more violence.

Through the play of language, a literary exercise has been built, which attempts to create possible worlds, where reality is stranger than fiction, to give way to enter into an experience of imagination. Thus, this text can positively affect expectations of readers, as they could raise awareness and, at the same time, with the magic of literature, they could open possibilities to transform their world.

Keywords

—Education

—Experience

—Life story

—Literary creation

—Raise awareness

CONTENIDO

	Pág.
1. PRESENTACIÓN	11
2. ESTAS HISTORIAS TAMBIÉN CUENTAN	26
2.1 UN HOMBRE SIN ROSTRO	27
2.2 EL ALMA DESNUDA	47
2.3 AMIGOS	71
2.4 IMAGEN	77
2.5 SORPRENDIDO	82
2.6 EL PROCESO FINAL	85

LISTA DE GRÁFICAS

	Pág.
Figura 1. Un hombre sin rostro	27
Figura 2. El alma desnuda	47
Figura 3. Amigos	71
Figura 4. Imagen	77
Figura 5. Sorprendido	82
Figura 6. El proceso final	85

PRESENTACIÓN

“Las palabras no están a la altura de la herida que designan, ni la mejor escritura podría aliviar el dolor que con mucha frecuencia son su huella.”

Fernando Bárcena

Estas historias también cuentan es un ejercicio de producción literaria, que permite establecer un acercamiento a realidades ocultas de vidas que, en general, pasan inadvertidas a los ojos de un pueblo individualista, donde solo importa el “yo”; las personas pasan desapercibidas, huelen lo que quieren oler, miran lo que quieren mirar, sienten lo que quieren sentir, viven lo que quieren vivir, luchan por subsistir y pisotean al de abajo, unos pelean en la esquina y otros agachan la cabeza y dan media vuelta, para decir una vez más: “Aquí no ha pasado nada”.

Son estas situaciones las que han hecho que la sociedad no se transforme, no se solidarice ni mucho menos piense en el otro; por esto, se ha decidido acercarse a estos mundos posibles, que llevan a visualizar la crueldad que viven muchas de las personas que están condenadas a repetir la misma historia, una y otra vez. Este trabajo propone dar a conocer diferentes aspectos de la vida diaria, en un contexto único y, al parecer, irreversible, “la violencia”.

Por medio del juego del lenguaje, se va a plasmar este conjunto de relatos, que resaltarán algunos de los más íntimos secretos de personas reales, que han tenido experiencias de vida conmovedoras y que han hecho que unas estudiantes se interesen por conocer esas vidas, capaces de sensibilizar y de transformar.

Pues bien, este trabajo surge en el momento en que se quiso voltear la mirada al Instituto «Santo Ángel», al tener un previo conocimiento respecto a que es un lugar a donde van los jóvenes que han violado la ley, muchos de ellos con problemas de alcoholismo y drogadicción.

En el instante en que se tuvo el acercamiento al Instituto, se percibió un aire de angustia, de tristeza, de miedo, de temor y de enojo consigo mismos y con la sociedad. Todos estos aspectos hicieron que se despertara el interés por ese lugar, ocupado por jóvenes encerrados, no solo en su celda, sino en su propio ser. Son adolescentes perdidos en los abismos del vaivén de la vida, adolescentes que quieren salir del limo que una vez los atrapa ya no los vuelve a soltar, por lo que se dejan caer en el vacío de la soledad; el alma debilitada les hace que cometieran errores graves, algunos irreparables e irreversibles, que hacen de sus vidas un despilfarro, a tan corta edad.

Si se tiene en cuenta la situación que viven los adolescentes dentro de su propio “yo”, se sabe que acercarse a ellos, en un principio, resultó difícil, puesto que temían que los juzgaran por los delitos que habían cometido; al comienzo se sienten nerviosos, tímidos,

asustados y vergonzosos, sus rostros reflejaban la vida hostil, la desazón ante sus actos, la desdicha que sentían en lo profundo de sus almas; se la podía vislumbrar a través de sus ojos apagados, que pretendían ocultar la mirada, disimulada en el vacío oscuro que acogía cada sentimiento enjaulado en un cuerpo con cicatrices exteriores e internas, que como un agujero se iba abriendo, para dar paso a la memoria que recuerda cada episodio de sus vidas frágiles; sus sentimientos han aflorado en cada palabra evocada sin aliento, en la que se logró captar la tristeza que ahondaba en sus corazones destrozados en el abismo del encierro; sus pisadas inciertas los habían hecho deambular por el camino de la violencia, corroídos se insertaban en el inhóspito ambiente, en el que se oscurecían sus miradas perdidas. Sentados frente a frente, sus manos temblaban por el temor, la desconfianza y el recelo de volver a recordar algunos de los momentos vividos que los habían llevado hasta el lugar en el que hoy en día se encuentran; se sabe que confiar las historias propias a un extraño resulta ser incómodo, pues cada uno guarda secretos que forman parte de su intimidad, aún más si se trata de hechos que han marcado cruelmente el rumbo de la vida; contar resulta que es complicado, puesto que, en muchos de los adolescentes, las imágenes que cobran mayor fuerza son las que más han impactado en el dolor de su existir, pues, a pesar de haber cometido los delitos, siempre se ahonda en un “yo” noble, frágil, que continuamente se arrepiente de las heridas que han causado a los otros y a sí mismos; sin vuelta atrás, sus almas, suspendidas en la memoria que no olvida, traen de nuevo a la superficie el retrato de su imagen carcomida que les impedía que vieran con claridad sus actos.

Es imprescindible volver a las memorias para no llegar a cometer los mismos errores, permitir que sanen las heridas que causaron las situaciones malvadas que se incrustaron en el corazón; sin más, los adolescentes cuentan sus historias, recelosos a ser señalados con el dedo, discriminados, juzgados y hasta aislados. Sin embargo, al tomar la vocería se fue aclimatando la conversación, que fue llenándose de color al ir un poco hasta el fondo de sus vidas y como todos siempre han guardado secretos que se irán hasta la tumba, desde la que el viento llevará las cenizas al olvido, los adolescentes contaron algunos de los hechos que los llevaron al encierro, pero, seguro, se han reservado contar las situaciones más radicales, aquellas que solamente en sus memorias quedarán plasmadas, pues es admisible que sus almas no se desnudaran por completo, puesto que el miedo aún los persigue en las paredes que enclaustran sus cuerpos. Al mágico mundo de la escritura, se tratará de incorporar las historias, estas historias que han llegado desde lo más sensible de sus pensamientos y sentimientos, los que se ha podido percibir en ellos e, inspiradas en sus historias, se va a abrir la puerta de la escritura, que deja que se enmarcase la vivencia que se vive en esos mundos fragmentados.

Escribir relatos presupone una dificultad en tanto el individuo, quien relata la historia, solamente anuncia por encima las situaciones más difíciles que lo han apremiado, por eso al transcribirse se suscita un conflicto entre los sentimientos guardados de la persona que asumió las acciones y el escritor, que trata de adentrarse en esa diversidad de emociones y pensamientos que solo a través de las palabras se pueden compartir, al plasmar aquellos miedos, aquellos temores y frustraciones que han marchitado su existencia, tal cual es, mediante la imaginación y la producción literaria que ha permitido abrir estos espacios para acercarse al ser humano, a este ser humano en sus más recónditas debilidades y fortalezas.

Al tener en cuenta los aspectos anteriores de las vidas de estos adolescentes, se trata de captar lo infinito de las palabras en la escritura, al ser la herramienta fundamental para crear historias; se sabe que, a través de este sistema de lenguaje estructurado en un texto, en el que cada uno de los elementos logra tener un significado, a través de las palabras, se puede interpretar el mundo, sus acontecimientos, y todo lo que en él se halla. Hacer literatura resulta que es difícil, pues escribir es hacer de cada uno algo único y que logra marcar la expectativa del lector con tan solo una palabra o una sola frase, así como lo expresa Silvia Helena García:

Cuando se habla de lectura literaria nos imaginamos, a veces, habitando un mundo lejano y distante, poblado de seres extraños, de palabras ajenas y excluidas de la vida real de los hombres. Sin embargo, el mundo de la literatura y de la poesía es el mismo mundo del hombre.¹

De esta manera, es preciso pensar en la creación literaria como un trabajo que le permite, al escritor, ahondar en las letras, como en un mar profundo e infinito; las palabras son eso, infinidad de manifestaciones que expresan algo; un misterio no fácilmente descifrable, como la literatura, que abre puertas a mundos imaginarios, que permite inventar de mil formas lo tangible y lo intangible; escribir relatos es entregar, mediante una historia, la existencia de algo que se crea y que permite la producción de textos, que se presentan a través de experiencias, encuentros y recuerdos, que exponen una iniciativa, un impulso literario.

La creación literaria va más allá de una producción escrita; consiste en inventar la propia vida, crecer en el pensamiento, comprometerse con la vida de la sociedad. Como lo expresa S. A. Neill:

La creatividad como un compromiso y sostiene que el potencial creativo es innato, pero que lo hemos abandonado sin fomentar su crecimiento y desarrollo pues no le prestamos la debida atención; más aún, casi hemos olvidado que existe, pues, de no ser así, ya habríamos encontrado una solución para el problema del hambre, de la contaminación o de la guerra, y podríamos convivir mejor y en paz unos con los otros.²

Entonces, el ser creativo es un componente esencial en el desarrollo como ser humano pensante; la escritura es una herramienta fundamental en el proceso de interacción con el mundo, lo que trae consigo unos retos difíciles, donde, como docentes, se tiene que brindar posibilidades para dar respuesta a dichos retos y adaptarse al mañana, en un devenir que propone un permanente cambio y que, por lo tanto, se necesita ser creativos para adaptarse a los conocimientos nuevos y, también, saber llevar la vida en un “vivir bien”.

Los docentes tienen el deber de posibilitar que el estudiante adquiriera las herramientas necesarias para la vida, “educar para la vida”, al ser esta la verdadera labor del buen docente. Crear es, entonces, un recurso esencial de la humanidad, que se debe tomar como una forma de vida; como lo expresa Piaget:

¹ Silvia Helena García Moreno. *Relato de un encuentro entre palabras*. Medellín: Artes y Letras, 2006, p. 13.

² Miguel Argueta Moreno. *Creatividad en la docencia*. Tuxtla Gutiérrez: UPN, 1997, p. 20.

Entender es inventar o reconstruir por invención, y no habrá más remedio que doblegarse a este tipo de necesidades si se pretende, de cara al futuro, modelar individuos capaces de producir o de crear y no tan sólo de repetir.³

Entonces, escribir lleva a momentos inéditos, cuando se produce un encuentro del yo, un yo impaciente de decir y decirlo todo, unas puertas abiertas que esperan para que se atraviese el umbral de la experiencia fascinante de escribir, pues escribir es llenarse de un espíritu libre; un espíritu gozoso, hambriento, impaciente por crear mundos, dimensiones, espacios, que solo el escritor y el lector logran interpretar.

Escribir desde la experiencia es adentrarse a lo más hondo del espíritu humano, puesto que, a través de ello, cada uno se reconoce como un ser existente, único e incomparable. Desde el momento en el que cada quien nace, hasta el final de su vida, hace historia. Se diría que cada vida es la posibilidad de abrir una o varias páginas de una obra de literatura; que cada pensamiento, cada memoria es una forma de literatura potencial, pero cuando se inscribe con las letras, adquiere mayor fuerza. Roland Barthes establece que “escribir no es solamente una actividad técnica, sino también una práctica corporal del goce”.⁴

De manera que la literatura recrea cada instante de la vida, pues cada trazo de escritura, generado por el escritor, no debe ser indiferente a la vida, al mundo que lo rodea; este universo de letras yace a la espera de que lo escuchen, hambriento en la búsqueda de sentidos, donde el escritor juega con el lenguaje y devela, a través de los poemas, a través de los relatos, la angustia, la muerte, el dolor, la desesperación, el miedo, el temor, el amor, la lujuria, etc.

Cada palabra lleva a salir de ese cuerpo que encierra y no deja balbucear ninguna, ni susurrar al oído sentimientos inundados de confusiones infinitas, pero que, en el papel que lo sostiene todo, deja entrever la libertad, que remueve cada sentimiento, cada pensamiento y acontecimiento.

El relato es un mecanismo esencial en la educación, en cuanto alcanza una gran importancia en el aprendizaje del individuo, que se sumerge en un contexto de interrelación con el otro; desde que existe el ser humano existe el lenguaje, lo que da paso a la comunicación. Por ello, el relato comienza a coexistir en el momento en que ese ser humano toma conciencia de su lenguaje que, a través del tiempo, ha venido evolucionando; en un principio, la palabra oral fue la fuente para relatar experiencias del día a día; al pasar de los años, el ser humano tuvo la necesidad de dejar registros históricos de los hechos sociales, religiosos y culturales que, a través de unos trazos de líneas, se sistematizaron en las palabras.

Ahora bien, la tecnología ha permitido que el relato se dinamizara y posibilitara el diálogo, en el que se intercambian historias de vidas, de personas lejanas y cercanas, como ahora lo

³ Argueta Moreno, *Op. cit.*, p. 20.

⁴ Roland Barthes. *Variaciones sobre la escritura*. Barcelona: Paidós, 1993, p. 158.

son las redes sociales que, a la vez, han ayudado a sensibilizar, tanto al que oye como al que cuenta.

El relato es el hecho de una narración, de una vivencia real o ficcional, que se tiene presente en el momento de narrarla; así, la vida de las personas causa intriga, pues, a través de las ventanas de los ojos de cada individuo, se filtra y se guarda una historia que empieza desde el nacimiento hasta la muerte, pero que, en un momento dado, se vuelve necesario contar. La vida es un recurso inacabable de la literatura, en cuanto se manifiesta en los diferentes textos literarios, que se basan fundamentalmente en la vivencia de las personas como tal.

El relato es, entonces, el resultado de una búsqueda de sentidos, de ver, de sentir, de reconocer el mundo en el que el ser humano vive; reconocer la inestabilidad de la vivienda, el devenir de la vida misma, andar por el mundo con la mirada girada hacia todos los horizontes y elegir lo mejor que se encuentre en cada pasaje, en cada pasillo de ese laberinto a veces oscuro y a veces claro. Estar atento a cada acontecimiento que le ocurriera a cada uno o frente a cada uno y tratar de transformar y de sembrar una nueva semilla.

De manera que, en este caso, los relatos de vida son retratos de imágenes que la memoria proyecta, la búsqueda en un lugar con secretos, con mentiras, con verdades, con anhelos, con tristezas, con sonrisas, con hipocresía, con egoísmo. etc. Cada retrato va a intentar el hablar por sí solo, puesto que lo que fue constituye la esencia del ser, de lo que es y lo que será, lo que ha intentado ser en el tiempo del aquí y del ahora. Por lo tanto, es posible que, en algún momento, se llegara a revelar lo más sensible del lado que ilumina u oscurece el alma del caminante en el sendero empedrado, inclinado, tempestuoso, turbulento, granizado, ese sendero largo, a veces arduo de recorrer.

El relato de vida opera en el consentimiento del individuo, respecto a algunos aspectos relativos a lo confidencial del anonimato. A la persona se la invita a que reactualizara y removiera una historia dolorosa a ratos, gozosa a ratos, como lo son estas historias, que incorporan unas experiencias marcadas por una fuerte carga afectiva, que permite introducirse en distintas miradas a sus propias historias. De manera que los relatos de vida, además de ser una forma de recreación, constituyen un testimonio de algunas aristas de experiencia humana, que abre un espacio para la reflexión sobre algunos aspectos personales y sociales. Como lo afirma Irene Klein:

En primera instancia, podemos decir que narrar un hecho es fundamentalmente reproducir por medio del lenguaje algo que pasó, es decir, volver presente lo ausente. Por lo tanto, narrar sería representar lo que no está bajo la percepción del narrador. El narrador puede reconstruir ese “ya sido” porque retiene el pasado gracias al presente que lo actualiza; dicha re-presentación implicaría, de este modo, una re-construcción del pasado —como objeto ausente— por parte de la memoria. Es solo a través de ella que el sujeto puede relacionarse con su tiempo pasado y actualizarlo en el presente de la narración.⁵

⁵ Irene Klein. *La ficción de la memoria*. Buenos Aires: Prometeo libros, 2007, p. 16.

Por eso, la memoria va a ser algo fundamental en el proceso de construcción de los relatos de vida, puesto que cada recuerdo constituye un fragmento de la esencia de cada ser inmerso en un mundo existencial, de manera que esa memoria es una fuente de la vida; ofrece un modo de ser y estar y configura en lo que se es y se siente; es selectiva y podría llegar a enseñar para adaptarse a nuevas situaciones. Como lo expresa Emilio Lledó:

Ser es, esencialmente, ser memoria; es encontrar una forma de coherencia, un vínculo entre lo que somos, lo que queríamos ser y lo que hemos sido.⁶

Por lo tanto, el ser humano es fundamentalmente memoria y lenguaje, en cuanto, a través de ello, se le da algún sentido al espacio y al tiempo, tal como a esos escenarios en los que transcurren algunos de los acontecimientos de la vida fragmentada. Como lo afirman Vicente Sánchez y Rafael R. Tranche:

La realidad no es nunca unitaria. Solo existen fragmentos: piezas, órganos, minutos. Fragmentos en el tiempo y fragmentos en el espacio. Partículas que la memoria une, creando la ilusión de continuidad, como la retina funde los fotogramas creando la ilusión del movimiento.⁷

Los relatos de vida son el resultado de un proceso de indagación, a partir de una metodología que se fundamenta en el desarrollo de unas entrevistas y charlas entre un investigador y un protagonista, quienes se disponen a hablar para, luego, en el mismo devenir del intercambio comunicativo, comprender, experimentar y vivenciar algunos aspectos del mundo cotidiano de cada individuo.

El relato comienza a tomar vida cuando se intenta establecer, a través de las letras, un perfil cotidiano de una persona, al tomar en cuenta unos elementos del rasgo social y el personal, que han dejado huella en el tiempo, donde, con distintos fragmentos de relatos de una misma vida, se trata de conformar una sola unidad, que identifique algunos de los aspectos más relevantes en los sucesos vitales que conforman el existir; las historias de vida presuponen el llegar a interpretar y a generar un significado de algunas etapas que fueron fundamentales en la vida de los protagonistas, quienes se vuelven hacia algunos de sus íntimos recuerdos, para que se dijeran y, a partir de allí, dar paso a una narración, que representa alguna trama del mundo de la existencia, donde se reconstruyen los hechos de una vida.

El individuo proporciona algunos matices respecto a detalles, ironías, dudas, certezas, en el intento de interpretar y reconstruir algunos aspectos de su ambiente socio-cultural, su contexto vivencial y su realidad. Por otra parte, el relato de vida es como un espejo, en el que se podrían reflejar algunos de los cambios y los sucesos sociales e históricos que se producen en una comunidad, lo que resulta de importancia para un educador, quien debe estar con los ojos abiertos para detectar algunos de los cambios que se han producido en la sociedad; por tanto, las historias y relatos de vida resultan un buen material para analizar y

⁶ Emilio Lledó. *La memoria del logos*. Madrid: Taurus, 1996, p. 112.

⁷ Vicente Sánchez-Biosca y Rafael R. Tranche. *NO-DO. El tiempo y la memoria*. Barcelona: Cátedra, 2006, p. 58.

reflexionar sobre la realidad, sobre los problemas, sobre las necesidades de un individuo o un determinado grupo social.

La historia de vida es un relato que desarrolla un narrador sobre algunos hechos relacionados con la vida que un individuo ha adelantado en el tiempo, donde la memoria trata de reconstruir algunos de los acontecimientos que trascendieron en su existencia. La narrativa se enfoca en referir algunos de los hechos que se describen y detallan como sucesos que captan el carácter individual del personaje; de hecho, la narrativa oral o escrita es siempre historia, ya sea la historia de alguien, ya sea la historia de un grupo, ya sea ella una historia real, ya sea ella una historia mítica. Estas formas de narrar se desenvuelven en la sociedad; la narrativa caracteriza algunos de los fenómenos de la experiencia humana; se plantea en un lenguaje configurado de tal forma que puede revelar su existencia, donde están presentes los sentimientos y las emociones, que contribuyen a una autocomprensión del ser humano, al referirse a una estructura, un saber y unas habilidades necesarias para construir una historia.

Las historias narradas van a relatar cómo un individuo despliega algunos aspectos específicos de su vida, de su relación con una realidad social, de las formas cómo interpreta los contextos y cómo define algunas de las situaciones en las que ha participado.

Una historia de vida puede ser un detallado relato respecto al comportamiento de un individuo en su entorno; puede, también, presentarse como un relato dinámico que constituye a un individuo en un atrevido realce y analizara o explicara cómo ha ocurrido que actuase de determinada manera, en un momento dado, o conjetura cómo podría comportarse en una serie de situaciones parecidas.

Por otro lado, el lenguaje narrativo permite investigar sobre algunos de los pensamientos y algunas de las intenciones de las personas; en ocasiones, constituye una densa descripción, análisis y narración en que el pasado se recrea, a medida que se van recordando paso a paso algunas de las peripecias o las costumbres que ha vivido el protagonista de la narración. La narración instituye una forma de pensamiento y es un medio para la creación de un significado.

La atracción que generan los relatos depende de su ingenio narrativo. La destreza para construir narraciones y para entenderlas es importante en la construcción de cada una de las vidas de los seres humanos, la configuración de un espacio vital para sí mismos, en el mundo al que cada quien pertenece. Por ende, a partir de una narración se posibilita la construcción de una visión sobre la existencia humana, pues desde el momento en el que se habla y se escribe, se erigen mundos posibles, en los que, a través de las propias historias, se difunde y se aprende algo nuevo; como lo expresa Jerome Bruner:

Somos fabricantes de historias. Narramos para darle sentido a nuestras vidas, para comprender lo extraño de nuestra condición humana. Los relatos nos ayudan a dominar los errores y las sorpresas. Vuelven menos extraordinarios los sucesos imprevistos al derivarlos del mundo

habitual. La narrativa es una dialéctica entre lo que se esperaba y lo que sucedió, entre lo previsto y lo excitante, entre lo canónico y lo posible, entre la memoria y la imaginación.⁸

Ahora bien, la narración es fundamental en la labor del docente, ya que muchas de las historias difunden y comprenden aspectos relacionados con fenómenos individuales, sociales y culturales. Por esto, resulta importante conocerlas, porque desempeñan un valioso papel en el estudio y en la comprensión de la naturaleza humana y de la índole particular de la docencia. Al “decir” del docente lo atraviesa un necesario “conocer” sobre su práctica y la realidad en la que se inserta; por ello, se puede categorizar como un saber, que se conforma desde diferentes fuentes; se expresa como unos fragmentos de saberes y conocimientos, que conforman, en cada experto, un entendimiento que se integra a la práctica cotidiana del docente.

De manera que el docente, además de narrar, debe fortalecer la escritura como complemento de la enseñanza, actividad que tiene una cierta complejidad y entrega, para poder constituir una identidad y luchar por encontrar un lugar en la propia cultura; como lo expresa Bruner:

Si la narración se va a convertir en un instrumento de la mente al servicio de la creación de significado, requiere trabajo de nuestra parte: leerla, hacerla, analizarla, entender su arte, percibir sus usos y discutirla.⁹

Así mismo, la escritura puede ser un instrumento de desarrollo del pensamiento, ya que el proceso de escribir requiere un manejo consciente del propio lenguaje, pues, a través de él, se desarrollan las habilidades comunicativas que todo individuo necesita para vivir en sociedad; así, los relatos de vida surgen de una intensa comunicación con el otro, donde, en un comienzo, interviene el lenguaje oral, para, a través de una serie de etapas, llevarlo a una presentación de una individualidad en la forma de lenguaje escrito. Como afirma Fernando Vásquez Rodríguez:

Escribir es, de alguna manera, poner afuera nuestro pensamiento. La escritura expone nuestro yo. Cuando escribimos logramos asistir a una puesta en escena de nuestra subjetividad. Gracias a la escritura, hacemos permanentes actos de reconocimiento, de agnición. Nos convertimos en actores y espectadores de nuestra propia obra.¹⁰

Por otro lado, la experiencia forma parte de cada aliento del ser humano, inmerso en la noción del tiempo, como los instantes, los minutos, los segundos, las horas, los días, los meses, los años, que no solamente aportan la ilusión de vivir, sino el tiempo va más allá de ese contabilizarse, el tiempo es el presente, es lo real; desde el momento en que se nace, se está en una continua experimentación, porque la vida consiste en experimentar, en sentir y en vivir. Por ende, el tiempo es lo tangible y lo intangible, que toma fuerza en cada

⁸ Jerome Bruner. *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003. p. 17.

⁹ Jerome Bruner. *Cultura, mente y educación*, en: Jerome Bruner. *La educación, puerta de la cultura*. Madrid: Visor, 1997, p. 40.

¹⁰ Fernando Vásquez Rodríguez. *El quehacer docente*. Bogotá: Universidad de La Salle, 2013, p. 24.

recuerdo, como la reconstrucción de una secuencia del pasado, del presente y del futuro, que rige la diacronía de una vida, desde el nacimiento hasta la muerte.

Sin duda alguna, la vida parte de esa fragmentación del tiempo, para formar así los recuerdos, que no van a estar tan visibles en cada una de las mentes, pero que, desde lo más sensible, se van a evocar con mayor claridad, como esos aromas que transportan al encuentro con personas, con circunstancias, con problemas, con amores, con la desilusión, con las tristezas, con la familia, con los amigos, etc.; cada episodio que se recuerda, que se evocado, podría ser un espejo de la inevitable existencia.

Por lo tanto, las experiencias de cada una de las vidas se convierten en la conexión con el otro, pues, como seres humanos, cada uno siempre está en un continuo diálogo, en el que se habla desde las propias vivencias, para hacer con ellas una propia historia; es una continua transformación y un intercambio de experiencias; como lo expresa Walter Benjamín:

El narrador (...) toma lo que cuenta de la experiencia propia o ajena, y lo convierte nuevamente en experiencia propia de los que escuchan su historia.¹¹

La vida es el símbolo de la escritura, que se plasma en el núcleo de las letras, ilustradas en los libros, donde, página a página, se recrean en la imaginación muchas situaciones, que se vierten en cada hoja, que se transforman en una historia, por lo que es necesario comprender que la escritura es otra forma, que tiene el escritor o el intelectual, para actuar en la sociedad.

Ahora bien, formarse es ser consciente del retroceso, del progreso de una sociedad; tener abiertos los ojos, tener activos los oídos y el tacto, todo cuanto constituye, como seres humanos y sociables, para estar atento a lo que ocurre en el mundo. Lastimosamente, con el paso de los años, el ser humano se va doblegando ante el poder de la tecnología, que lo convierte en un ermitaño que olvida su propio ser, que se deja llevar por el pesimismo, por el abuso inmensurable de los medios, que le dicen lo que tiene que hacer y decir, que lo moldean, a partir de un modelo capitalista, que ha llevado al mundo a la crisis del pensamiento y la crítica, para volverlo más vulnerable, en todos los ámbitos, pero en especial en la concepción y la práctica de la educación.

La educación se orienta a formar al hombre como un ser y hacer racional, que define las facultades, intelectuales y morales, busca su perfeccionamiento y tiene como fin perfilar a un “ser ideal”. Debido a los cambios de la sociedad actual y a la rápida difusión e incremento del conocimiento, se necesita que el ser humano fuese capaz de pensar por sí mismo, para que eso permitiera educar al ser que se es en valores, metas y solución de problemas; por ende, la educación relaciona todos los conocimientos esenciales de la razón humana.

Ahora bien, la enseñanza y el aprendizaje juegan un papel muy importante; educar a los educadores forma parte de una opción autodidáctica; en el caso de la literatura, el saber se

¹¹ José Lozano Jiménez. *El narrador y sus historias*. Madrid: Residencia de Estudiantes, 2003, p. 24.

lo difunde a partir de un tema ya establecido, una lectura descriptiva o narrativa que va a permitir la posibilidad de establecer una conversación o un diálogo consigo mismo o con los demás. En este contexto, para Lyotard, “no se enseña solamente lo que se debe leer, sino lo que no se termina de leer.”¹²

Hoy en día, el docente debe tener en cuenta que educar obedece con más prioridad a la infancia del pensamiento, ya que en la adolescencia o en la infancia se encuentra la posibilidad de generar nuevas ideas y conocimientos, de una forma en la que se pudiera llevar o sugerir a los alumnos el desarrollo de las habilidades humanas, de su criticidad, de su racionalidad, de su reflexión, para que así lograsen contribuir a su, a la formación ciudadana.

La educación, en la actualidad, se está pensando cada vez más con los métodos y los modelos de la industria, por lo que ofrece una cantidad cada vez mayor de información en el mínimo de tiempo y con el mínimo de esfuerzo. Esto no es otra cosa que hacer en la educación lo que hace la industria en el campo de la producción, lo que, en palabras de Estanislao Zuleta, es el:

mínimo de costos, mínimo de tiempo, máximo de tontería. El que educa con estos sistemas no sabe lo que está haciendo, pero lo hace en el mínimo de tiempo, de la manera más rápida y menos costosa. A esto es a lo que se quiere llegar con la tecnología educativa y los métodos de enseñanza audiovisuales, confundiendo educación con información.¹³

Además de que solamente se enseñan resultados y no un verdadero conocimiento, esto ha generado en el individuo un saber común, un saber que no accede a todos los procesos que condujeron a ese saber y, por supuesto, ha causado un problema a la sociedad, porque si no existe una educación como tal, en la que se pudiera formar al estudiante, probablemente no se constituiría la posibilidad de forjar una humanidad en la que valiera la pena vivir y mucho más valiera la pena estudiar.

Por lo tanto, es necesario que el profesor buscara nuevas formas para transformar la forma como se adquieren los conocimientos; desde tiempos remotos, una de las maneras como se imparte la educación ha sido un dar de parte de los docentes y un recibir por parte de los estudiantes, quienes tienen o tenían que repetir lo que un libro o el profesor les transfiriera; solo así se podía saber si el estudiante había aprendido algún tipo de conocimiento.

Hoy en día, se han creado nuevas prácticas pedagógicas, que facilitan, dinamizan y optimizan el aprendizaje; una de dichas prácticas es el “enseñar a aprender”, que se plantea como la adquisición de una competencia que busca crear la habilidad de un aprendizaje autónomo, donde el aprendiz tomase conciencia de cuál es la mejor manera de aprender, para que así fortaleciera las prácticas que pudieran llevarlo a ello y el estudiante aprovechara sus conocimientos previos para la adquisición de unos nuevos, no solo en uno, sino en todos los contextos que se desarrollara; para ello, es necesario que el docente fuese un mediador, un facilitador de un nuevo saber, al generar la motivación y la confianza

¹² Jean-François Lyotard. *La Posmodernidad explicada a los niños*. Barcelona: Gedisa, 1995, p. 117.

¹³ Estanislao Zuleta. *Educación y Democracia: un campo de combate*. Hernán Suárez (ed.), 1985, p. 6.

en los educandos, de tal manera que con el “enseñar a aprender”, los estudiantes no solo adquirieran unos conocimientos, sino también que desarrollasen algunos aspectos emocionales y la capacidad para continuar con un aprendizaje libre y responsable.

Es hora de que el viejo docente dejase a un lado sus arraigadas, sus antiguas formas de educar, a partir de la creencia de que solo él tiene el conocimiento, para reconocer que los estudiantes no son solamente tablas rasas, sino personas con una gran carga de experiencias, que les ha permitido experimentar nuevos saberes, que han adquirido gracias a la experiencia y a la autoeducación.

Se necesita formar maestros capaces de posibilitar un aprendizaje desde un sentido propiamente interior, dirigido a los estudiantes con pasión, que quieren lograr un buen aprendizaje, para que no se operase dentro de un dogmatismo, sino se pudiera formar a seres humanos racionales, capaces de adquirir y tener una nueva visión del mundo y capaces de innovar, de refutar y de crear.

El docente debe evitar que el aprendizaje que se está dando en los estudiantes solo fuese por lograr una buena calificación; es decir, que en el estudiante se fomentase un pensamiento más allá del que normalmente circula, para que se lograra pasar a un segundo nivel, no porque lo instruyeran, sino porque si se aprende a amar la propia educación, se la entenderá con propiedad y coherencia y, por supuesto, que van a lograrse unos buenos resultados.

La educación genera un bienestar individual y colectivo para la sociedad, ya que está a favor del desarrollo, del bienestar de una localidad, de una región, de un país, del planeta; el aprender ha sido uno de los más grandes fines para que esto se posibilite, pues la educación es ese proceso en el que los seres humanos se forman para la vida social, para la vida individual en sociedad.

Joan-Carles Mèlich y Fernando Barcena, en su texto *La educación como acontecimiento ético*, la precisan como una acción puramente ética; piensan que allí, en:

La educación como acontecimiento ético, esto es, como nacimiento, narración y hospitalidad, se vuelve radicalmente inviable la pretensión de encerrar al otro, al que se educa, en las abstracciones conceptuales tan habituales en muchos libros de educación. Se trata, entonces, de dejar entrar la palabra de los poetas, de los novelistas y de los dramaturgos en las bibliotecas de maestros y educadores. Sólo así, creen los autores, la pedagogía podrá hacer frente a la memoria del pasado y a los desafíos del nuevo milenio”.¹⁴

De esta manera, la educación, desde el lenguaje de la experiencia, se la ha definido respecto a todas las actividades de enseñar y aprender, pues el contexto en el que se realizan las prácticas educativas se caracteriza por el grado de unión entre lo ético, lo social y lo cultural; entonces, se puede pensar en la educación como una experiencia reflexiva, ya que supone un planteamiento profundo de la racionalidad pedagógica. La educación no

¹⁴ Joan-Carles Mèlich y Fernando Barcena. *La educación como acontecimiento ético*. Barcelona: Paidós 2000, p. 1.

solamente se satisface en su realización técnica, sino se trata de una experiencia que compromete al docente en las artes de la conversación, de la discusión y de las decisiones educativas, en contextos de incertidumbre, lo que constituye unas artes que se dirigen hacia una ética, en la que preocupa la formación del estudiante.

Así mismo, el arte se destina a estar en favor de la experiencia y del acontecimiento reflexivo sobre la educación. En este sentido, la experiencia de aprender es un hecho ético como tal o, mejor dicho, es una experiencia donde la ética se muestra como un acontecimiento, que facilita la oportunidad de asistir al encuentro con el otro; de acuerdo con esto, el aprender es legítimamente humano, es una práctica ética, porque se caracteriza como una nueva aventura de aprender sobre un acontecimiento o sobre un encuentro con otro, que no es la persona que aprende.

Por lo tanto, se puede decir que no existe un aprendizaje sin experiencia; en cada institución educativa, latentemente formativa, domina una trama que, al descifrarse, permite que detonase ese significado formativo; si el docente es una persona realmente receptiva ante estas situaciones, sabrá qué hacer para resolverlas educativamente, en el sentido en que se puede tomar a la experiencia como algo que “nos ocurre, que se apodera de nosotros, que nos tumba y nos transforma”.¹⁵

Los acontecimientos exigen constituir una experiencia, en el sentido de padecerla, de sufrirla; se habla de una experiencia de formación, en cualquiera de sus cambios y, en esta misma forma, que se convirtiera en una más de cada experimentación; el valor de aprender reside en el acontecer, algo que, como tal, se extraña, pero que, por lo mismo, no ratifica lo que ya se sabía, y si todo aprendizaje es el resultado del acontecimiento de una experiencia, el aprendizaje no es el incremento ni la acumulación; la experiencia que se constituye no se soluciona con la repetición; al contrario, tener experiencia es negarse, en algún punto, para dar paso al otro y mostrar una nueva experiencia.

Cuando se confirma o se niega lo que ya se sabía y se satisfacen las experiencias, se confirma o se niega la experiencia que ya se poseía y se concluye que se vive de los beneficios acumulados en la memoria.

Finalmente, se podría decir que la educación es una respuesta ética a la demanda del otro, lo que sucede cuando el docente se hace responsable del estudiante, o sea, del otro, reconoce y responde a su situación, se preocupa desde su responsabilidad como educador y, entonces, se da cuenta que está en condiciones de educar, por lo que, cuando surge otro modelo de educación, se está demandando otras creencias éticas como punto de partida de la acción educativa, aquellas creencias que explican al ser humano con un semblante más humano. Bárcena y Mèlich sostienen que “el maestro comparte el exilio de sus discípulos porque debe asumir las consecuencias de su enseñanza”.¹⁶

¹⁵ Jorge Medina. *El malestar en la pedagogía. El acto de educar desde otra identidad docente*. Buenos Aires: Cpepd, 2006, p. 74.

¹⁶ Mèlich y Bárcena, *Op. cit.*, p. 191.

Por eso, la educación es fundamental en el progreso de cada individuo. Hoy en día, es un desafío ser docente, ser un educador para la vida; aun parece ser que no se tiene conciencia de la verdadera tarea de forjar una formación que no fuese solamente el contenido teórico, sino se supiera cómo ser un guía en el camino de cada estudiante, quizás aturdido por las problemáticas que se presentan en su vida. Se debe empezar por amar la labor que se ha elegido como docentes, tener conciencia de lo implica dedicar la vida a una profesión que tiene como fin educar y sensibilizar para la vida.

BIBLIOGRAFÍA

ARGUETA MORENO, Miguel. *Creatividad en la docencia*. [Tuxtla Gutiérrez: UPN, 1997]. Recuperado de: <http://200.23.113.51/pdf/18685.pdf>

BÁRCENA, Fernando. Entre generaciones. La experiencia de la transmisión en el relato testimonial. [*Profesorado*. Vol. 14, No. 3; 2010]. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=56715702003>

BARTHES, Roland. *Variaciones sobre la escritura*. Barcelona: Paidós, 1993.

BEVERLEY, John y ACHUGAR, Hugo. *La voz del otro: Testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. [Guatemala: Papiro, 2002]. Recuperado de: http://biblio3.url.edu.gt/Libros/2012/la_VozOtro.pdf

BLUMER, Herbert. *El interaccionismo simbólico*. Barcelona: Hora, 1945.

BRUNER, Jerome. *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003.

BRUNER, Jerome. Cultura, mente y educación, en: BRUNER, Jerome. *La educación, puerta de la cultura*. Madrid: Visor. 1997.

CAICEDO, Andrés. *El cuento de mi vida*. Bogotá: Norma, 2008.

CHÁRRIEZ CORDERO, Mayra. Historias de vida: Una metodología de investigación cualitativa. Recuperado de: <http://revistagriot.uprrp.edu/archivos/.pdf>

ECHEVERRÍA, José. *Libro de convocatorias*. Barcelona: Editorial del hombre, 1986.

ESPEJO, Roberto y LE GRAND, Jean-Louis. Historias de vida, Investigación y crítica existencial. Recuperado de: http://institucional.us.es/revistas/cuestiones/20/art_04.pdf

FIGUEROA GARCÍA, Luis Alfredo. *Al son de la marimba en Ricaurte, se teje la historia de vida de don Pedro Álvarez*. Pasto: Universidad de Nariño, 2005. (Trabajo de Grado, Lic. en Filosofía y Letras, inédito).

GARCÍA MORENO, Silvia Helena. *Relato de un encuentro entre palabras*. Medellín: Artes y Letras, 2006.

IBARRA SANTANDER, Martín Rolando. *Relatos anecdóticos sobre la vida de “El cachirí” en el contexto sociocultural de la ciudad de San Juan de Pasto en los años 1950 a 1970*. Pasto: Universidad de Nariño, 2005. (Trabajo de Investigación, Maestría en etnoliteratura, inédito).

KLEIN, Irene. *La ficción de la memoria*. Buenos Aires: Prometeo libros, 2007.

LLEDÓ, Emilio. *La memoria del logos*. Madrid: Taurus, 1996.

LÓPEZ DE MATURANA LUNA, Silvia. Las complejidades emergentes en las historias de vida de los “buenos profesores”. Recuperado de: <http://polis.revues.org/465>

LÓPEZ HIDALGO, Antonio. La «historia de vida» periodística, un género poco usual en la prensa española. Recuperado de: <http://www.ull.es/publicaciones/latina/febrero/lopez.html>

LORENTE FERNÁNDEZ, David. Escrito en los objetos, latiendo en los espacios. Historia de vida y memoria de Paulino Roa, vecino múltiple de Pipaón (Álava, España). Recuperado de: <http://www.ujaen.es>.

LOZANO JIMÉNEZ, José. *El narrador y sus historias*. Madrid: Residencia de Estudiantes, 2003.

LYOTARD, Jean-François. *La Posmodernidad explicada a los niños*. Barcelona: Gedisa, 1995.

MARTÍN GARCÍA, Antonio Víctor. Fundamentación teórica y uso de las historias y relatos de vida como técnicas de investigación en pedagogía social. Recuperado de: [http://gredos.usal.es/Fundamentación teórica y usodelashist.pdf](http://gredos.usal.es/Fundamentación%20teórica%20y%20usodelashist.pdf)

MARTÍNEZ, María. Cómo crear una historia de vida. Recuperado de: <http://artes.uncomo.com/articulo/comocrearunahistoriadevida>

McEWAN, H. y EGAN, K. (comps.). *La narrativa en la enseñanza, el aprendizaje y la investigación*. Buenos Aires: Amorrortu, 1998.

MEDINA, Jorge. *El malestar en la pedagogía. El acto de educar desde otra identidad docente*. Buenos Aires: Cpemd, 2006.

MEDINA, María Clara. El relato de vida como testimonio: Un ejemplo chileno de memoria histórica. Recuperado de: [http:// www.archivochile.com](http://www.archivochile.com)

MÈLICH, Joan-Carles y BÀRCENA, Fernando. *La educación como acontecimiento ético*, Barcelona: Paidós 2000

MENESES JIMÉNEZ, María Teresa y CANO ARANA, Alejandra. *Técnicas conversacionales para la recogida de datos en investigación cualitativa*. Recuperado de: <http://www.nureinvestigacion.es>

MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CHILE. *Lenguaje y comunicación*. Santiago: MEN, 2013.

MIRANDA RIASCOS, Luis Alberto. *Memorias familiares*. Pasto: Universidad de Nariño, 2012. (Trabajo de Grado, Lic. en Filosofía y Letras).

SÁNCHEZ-BIOSCA, Vicente y TRANCHE, Rafael R. *No-Do. El tiempo y la memoria*. Barcelona: Cátedra, 2006.

VÁSQUEZ RODRÍGUEZ, Fernando. *El quehacer docente*. Bogotá: Universidad de La Salle, 2013.

ZULETA, Estanislao. *Educación y Democracia: un campo de combate*. Hernán Suarez (ed.), 1985. Recuperado de: omegalfa.es/downloadfile.php?file=libros/educacion-y-democracia.pdf

ESTAS HISTORIAS TAMBIÉN CUENTAN

Un Hombre Sin Rostro



La silueta estampada en la sombra del llano era la de aquel hombre que se encontraba deambulando cerca de la carretera; el atardecer agonizaba lentamente, el cielo brillaba con gran fulgor; las nubes, blancas como el algodón, cubrían el sol opacado por la luna, que salía redonda y grisácea para iluminar la faz de la tierra y acompañar a los millares de estrellas que engalanaban la noche, plena de pasiones que estremecen los cuerpos cálidos, vivos entre las sábanas que unen sus almas a la pasión más sorprendente y sin pudor alguno, mientras los relámpagos, que se desprenden, a lo lejos, desde el gris celeste, espantan las figuras de hombres que se desangran entre la oscuridad enmudecida, los gritos desahuciados aterran a los niños que dormitan en su lecho, las sirenas ululan por las calles y reaniman los órganos ya casi muertos para saborear la vida en ese túnel de la pérdida del ser y el hallazgo del no ser, en esa dimensión oculta a los ojos de los seres humanos.

Oculto entre los árboles se encuentra frente a la vida y a la muerte, en medio de la poesía de la naturaleza que me vio nacer; suspiro y oprimo mis pulmones de adentro hacia fuera, ¡ya falta poco!, la pupila de mis ojos se dilata, pestañeo a cada segundo, mi nariz enrojecida arde por el efecto del polen de las flores, mi boca seca no recibe ninguna traza de saliva, mis brazos entrelazados se tocan codo con codo, mis dedos se mueven descuidados, bajan desde mi frente gotas de sudor que mojan mi rostro; siento que la abertura de mi hígado se abre de continuo para segregar la bilis que pronto me iba a llevar a estallar; cuento los segundos como fragmentos de la eternidad que pasa frente a mis ojos en relámpagos que se esfuman a cada instante, ya sería la hora de llegar y encontrarme con la figura de la maldad y, al mismo tiempo, ver nuevamente la furia que acarrea la perdición.

La sombra de mi ser es como bocetos de cadenas enmarañadas de enormes colmillos afilados que muerden los caprichos de deseos placenteros que se impulsan desde el corazón oscuro y envenena de susurros que desmoronan los límites de las acciones. Noches inalcanzables de ajeteo merodean por mis sueños silenciosos, de pesadillas repulsivas que despiertan la tristeza de mi intimidad, vuelvo aturdido por el hálito de mi boca, se deslizan lágrimas por mis enrojecidas mejillas, desaparecen entre los vapores del aire que se incorporan en las nociones de la realidad.

Parecería que me extravió cada día más entre los pasos del carroñero que insulta con sus sonrisas siderales, que abre su boca con audacia para balbucear entre el eco seco de sus dientes amarillentos, se desdobra en la tosca mesa como el eclipse viciado que se desvanece en breve tiempo y desaparece como si hubiese hecho un pacto con el dios de la ebriedad o como el rayo del muerto que pasa raudo por las nubes y chocando contra la tierra para luego no dejar rastro alguno.

Ese hombre, con características de medusa, tiene tentáculos que utiliza para capturar presas fáciles en la invisible y tediosa vida cotidiana de esqueléticos jóvenes ansiosos de la comodidad, que mordían el anzuelo en el pavimento húmedo solitario y laberíntico, del que jamás hubiesen podido salir, aunque lo lograrían si hubiera una puerta amplia que los esperara, pero una puerta reducida les tomaría más tiempo. Sin más, he tomado la puerta más amplia de los placeres del cuerpo, ya que pasaba días en carcomer cada centavo de las ganancias en negocios mal habidos.

En el ruidoso y licencioso pueblo, donde el sol palpitaba en el cielo, los muros húmedos se levantaban con el moho de las esquinas de las chozas, sostenidas en las manchas oscuras, en las que transpiraban los viejos dormidos en camas de tabla; en una de esas chozas se encontraba mi madre, con su perfume oscuro de árboles, el vestido desteñido por recoger, el café que había de vender en la plaza del pueblo. A esa mujer envuelta en una luz dorada, de labios rojos, de sonrisa agradable, que reflejaba los rayos del sol, que desvanecía el tiempo en la eternidad, yo la miraba cada mañana cuando adelantaba los quehaceres de la casa, sosegada con su habilidad y su berrengue, que me dejaba la imagen de un ser sobrenatural que no se doblegaba a nadie; ahora, lejos de casa y del olor a café, me asalta un olor a la sangre que tenían los días, cuando estoy en el llano rodeado de árboles y cerca de la carretera.

Siento a kilómetros el olor de la muerte, que viene hacia mí al querer poseerla; saco un cigarrillo para calmar mi ansiedad y el frío adormece mi cerebro y mis manos; mientras fumo solamente pienso en ir a dormir y espero que las pesadillas no me asaltasen; me deslizo suavemente en la pradera para descansar, cierro los ojos y respiro tranquilamente, pero, de repente, empiezan a llegar algunos recuerdos de mi infancia.

Eran unos recuerdos impredecibles: desde el cielo, desmanchado e impecable, era mi alma inocente, alejada de la sombra oscura que aparece con los años, se deja ver en la espalda una joroba de enormes mentiras, que se extravían en los rincones de la cama. La inocencia es visible a las ventanas del alma, una luz dorada se despliega en el rostro angelical de la mirada del horizonte levítico de los mandamientos de la Iglesia, que promulga reglas del buen vivir; sin decir más, yo era esa fiel imagen de la inocencia.

Al jugar entre los árboles verdes, me llevaba todo el día recostado en sus más generosos tallos, veía cómo florecían en el verano. Había épocas en que el viento venía de los polos y traían consigo la helidez de los vientos que arrasaba con toda clase de cultivos, sin mencionar que las lluvias también inundaban los terrenos y algunos inmuebles de la zona. Vi que brotaban de mis ojos lágrimas desesperadas debidas a los daños irreversibles que dejaba la naturaleza a su paso.

Había épocas en que se dejó de sembrar el café, la yuca, el plátano, y trajeron consigo la miseria; entonces, mamá, en su afán de alimentarnos, se dedicó a lavar ropa en las casas de los vecinos y, cuando llegaba de trabajar, traía el rostro sudado y sus manos maltratadas; le pagaban muy poco, sin embargo, en poco tiempo, se pudo volver a la siembra, lo que acarreó que la vida fuera un poco más fácil.

Una vez sentada en la mesa del comedor, cuando yo tenía unos 10 años, le pregunté a mamá por qué mi padre no estaba con nosotros. Me miró a los ojos y apartó la mirada, como si quisiera llorar; de repente, suspiró hondo, en un suspiro que surgía de sus entrañas, que era como si un monstruo atroz le quisiera salir desde la garganta y sacara los ácidos estomacales para regarlos sobre esa tosca mesa, que era más alta que yo; fueron unos segundos en silencio, permanecimos ahí sentados sin hacer ningún movimiento, de modo que alguien no descubriese la presencia de mamá, hasta que una voz resquebrajada, mientras se mordía la lengua, exclamó:

—¡Tu padre!

—Sí, —le dije—, mi padre. —Nuevamente suspiró; esta vez lo hizo desde sus pulmones, que sufrían unos espasmos que se acumulaban en la caja torácica. Por un momento pensé que mamá no quería hablarme de ese tema; sin embargo, unos minutos después comenzaría a desatar cada nudo de su garganta, que la afligía, y ya, al sentirse algo serena, empezó a contarme.

—Una vez, cuando me encontraba en la tienda del pueblo, un hombre alto, de cabello oscuro, nariz chata y ojos expresivos, se acercó y preguntó mi nombre; le dije que me llamaba Hortensia y él, con su sonrisa cálida, me lanzó un beso con sus labios delicados, lo que me hizo experimentar algunas sensaciones desconocidas, como cuando se ve que el sol se abate entre las nubes; más tarde, sin más, me acompañó hasta mi casa; al despedirnos, le agradecí por su compañía; aquella tarde, ya sola, no dejaba de pensar en su mirada y en su rostro, que me pareció tan perfecto, en el que alcanzaba a vislumbrar la belleza de su cautiva sonrisa.

Desde ese día, pasé un mes saliendo con aquel hombre, que había despertado en mí la locura del amor; recuerdo tanto el año 2005, unos meses antes que tú nacieras. Él me había invitado a una fiesta del pueblo; esa noche, nuestros cuerpos habían dado paso a un renacer, como las esferas que se forman en el conjunto de los puntos del espacio que crean el círculo unitario; así mismo, unidos por el amor, entregados a las dimensiones ocultas del sentimiento profundo, había quedado fascinada por esa prosa de delirio de amor incesante, donde mi mundo parecía que se desmoronara en los brazos del hombre amado, aquel que había robado mi corazón.

Después de esa luna llena, no volvería a ser lo mismo; esos momentos vividos se quedarían congelados en el tiempo; su actitud había cambiado por completo, pues ya no me miraba con sus ojos expresivos, ni me saludaba; pasaron dos semanas y la preocupación se apoderó de mí, ya que sentía que algo nacía en mi vientre; los días se eternizaron, revisaba a cada momento si me venía el menstruo; rezaba inagotablemente al Espíritu Santo, el Ave María y el Padrenuestro, pero todo sería inútil porque la semilla que se había depositado crecía; fue, entonces, cuando las náuseas y los vómitos llegaron para confirmar la sospecha de que iba a ser madre. Mis ojos miraban a un punto negro, donde la pupila rompe con esa claridad perdida y las lágrimas no se hicieron esperar. Y, así, ya estabas en la recámara de mi vientre, para iluminar el hilo conductor de mi vida, donde la soledad y la tristeza se marcharían al olimpo.

Olvidar el pasado hace mejor el presente, —me dijo mamá que, con sus fuerzas extranaturales, había dejado atrás el nombre de aquel hombre, aquel que me había negado.

Al escuchar, a lo lejos siento que alguien desciende hacia mí; abro los ojos, me pongo de pie e intento penetrar en la oscuridad de la humedad de las plantas, las raíces podridas y el perfume adormecedor de las flores; cuento en voz baja hasta veinte y enciendo un fósforo para iluminar con esa luz filtrada ciertos contornos que reflejan los árboles; contengo la respiración para intentar oír a lo lejos las lechuzas, con sus sonidos chirriantes, shiii, shiii,

shiiii, shiii; en una rama colgada, veo a una lechuza, que es muy parecida al búho, la que tiene la cara en forma de corazón, con su color amarillento y blanco, parecido al color de la arena, que vuela de árbol en árbol, como un fantasma blanco, ¡es realmente hermosa!

Miro el reloj y faltan aún unos minutos para realizar el asalto; aún me invaden esas voces eternas que afligen mis sentidos. ¡Cómo olvidar esos sentimientos aturdidores de venganza y de sosiego que me llevaron a sostener en las manos la primera arma, de calibre 9 mm, tomada a mi tío guerrillero, el viejo Sebas! Ese hombre barbudo, de furia, corrompido por el ídolo del jefe guerrillero, había sembrado en el corazón del viejo Sebas la maldad que busca la sangre, que había corrido de un niño hasta un anciano; sus manos se habían manchado con la suciedad putrefacta de huesos enterrados por la violencia que no cesa en este país.

Yo, por mi parte, encauzaba un plan desafortunado que se había tejido de un tiempo atrás, al caminar entre el asco, hacia ese arcón alrededor del cual pululaban las ratas, al asomar mis ojillos fulgurantes entre las tablas de la fina madera, que habían encontrado un hogar armonioso y fastuoso, que fastidiaba y calcinaba mis ojos; se encendía la llama de la venganza, por lo que, desenfrenado, he corrido a casa pensando en enfrentar a ese hombre, el que me había quitado la oportunidad de crecer con un padre; la angustia me perturbaba y dejaba salir el ente irracional que estaba a punto de revelarse.

Una mañana, a mis 14 años, empuñé el arma de 9 mm, decidido a enfrentar mi pasado; me he acercado a la casa sigilosamente y he encontrado el objetivo frente a frente: me ha mirado a los ojos con desconcierto y ha empezado a sudar, sus piernas han temblado incesantemente y, de pronto, con el arma entre mis manos y sin medir palabra, he jalado del gatillo y, por la suerte de él, no he podido disparar, pues el arma se encontraba asegurada.

Los nudillos de mis dedos paralizados no dejaban que mi cuerpo se moviera; miré cómo se cerraban aquellos ojos de párpados caídos, arrugados, y pómulos secos; su rostro, desecho, reflejaba la perversión que consumía su alma, que invadía su pesado cuerpo, que se desvanecía en el suelo, por la gran fatalidad que me asechaba, pues la tiranía tendría que acabar; alelado por el terror, corrí rápido, sin una dirección que me condujera hasta mi hogar; sabía que aquella mañana quedaría marcada en la memoria de ese hombre, que jamás hubiese pensado que su vida pudiera haber estado en mis manos y que, en fracciones de segundo, su mundo se hubiera esfumado.

Ese señor, que era un tirano, tenía grandes extensiones de sembrados de coca, por lo que, movido por la ambición y avaricia, había destruido a familias, a jóvenes y niños, confundidos en la hipnótica sustancia, se habían hundido en el más hondo precipicio de la dependencia, sin rumbo fijo, los había llevado como lo hacen las olas turbulentas, llenas de furia que arrojan a las naves a las profundidades del océano, donde la oscuridad posee la debilidad de los cuerpos y, perdidos en la plataforma que divide al mundo de la realidad y la fantasía, se introducen en la fantasía de aromas pesados, putrefactos, del fósforo encendido en las pipas que los lanzan hacia el cosmos del sueño profundo, para sentirse en la gloria de un devenir pasajero.

Desde entonces, ese episodio de mi vida lo he dejado en el silencio de las estrellas, donde se guardan los más difusos secretos de los hechos pasados, en esa caja de Pandora se encuentran custodiados desde los más temibles sentimientos hasta los más nobles pensamientos que, con sus hechizos, se guardan temporalmente para luego salir a la luz y desnudar el corazón del hombre.

Empacado en la fría noche, mi torrente sanguíneo se acelera por mis órganos hasta llegar al impaciente corazón, que late con fuerza acariciado por la brisa que ha empezado a humedecer mi piel oscura, cubierta por los poros abiertos y trémulos que hacen sentir que el momento se acerca tediosamente, el tiempo corre y solo escucho chiriar de la lechuza que vuela cada vez más alto, como si hubiera descubierto que algo tenebroso pasaría. Hasta hubiera pensado que me había estado observando, su mirada se incrustaba en la mía, me hacía temblar al saber que le estaba mostrando con mis sentidos lo que estaría por suceder, como los espejos que muestran las imágenes de la apariencia que tiene cada ser.

Murmurando, entre mis pensamientos, a lo lejos oigo unos pasos que me alertan que alguien se acerca; veo un candelabro de luz brillante, que se destaca en la zona en la que me encuentro; una débil voz ha pronunciado mi nombre:

—¡Yeisin! ¡Yeisin! ¡Yeisin! ¡Ya es hora, compadre...! —El Frizza, con sus hombros desnudos, la cabeza grande de poco cabello, la mirada pícara, una nariz puntiaguda, labios gruesos, dientes amarillentos, alto y esquelético, con facciones de un malandrín de calle, aterrorizaba a todo aquel que se le acercaba; este Frizza, con sus problemas legales y vicioso por el alcohol y las drogas, se tornaba violento en los bares que visitábamos con frecuencia, a donde íbamos dispuestos a celebrar cada peso ganado a costa de la sangre derramada de seres inocentes, que habían tomado el tiquete hacia la desgracia y la muerte.

Era el amigo distraído, al que le gustaba pasar por encima de quien sea con tal de tener en sus manos la fortuna que le otorgara el poder; no se le arrugaba a nada ni a nadie, ni a los labios de carne encarnados de una mujer, que a menudo se acercaban para conquistarlo y estafarlo, pero él, con su astucia, al gemir en la recámara, asustaba a toda aquella que se le acostaba al lado para tener su dinero, puesto que con las yemas de sus dedos las acariciaba toscamente y les hacía sentir el miedo brutal que sus ojos opacos vertían en la atmósfera de la recámara, que se concentraba en las almohadas y las sábanas y les introducía en las venas el más inefable terror que surcara por sus vasos sanguíneos; entonces, salían pálidas y absortas a los pasillos del lugar donde él se encontraba.

Ese hombre, tatuado con un dragón, intentaba refugiar su ardiente rabia en la esfera de los juegos del trampolín de la muerte, pues si la guerra provocaba golpes, la maldad traspasaba los límites de la realidad nebulosa, como nebulosa era la mirada del Frizza, al que, cada vez que lo conocía más, parecía que se desgraciaba en el infierno abrasador de unas llamas ardientes, como un pollo frito que se lanzara más allá del mundo terrenal. Ungidos por el sueño y el viaje infinito de unos demonios codiciosos, rebosábamos en el dominio de la conciencia ociosa, flotábamos como bestias salvajes en el aire, para causar el más terrible suceso, desgarrar cada centímetro de nuestra carne podrida de frustraciones impregnadas

desde el vientre de nuestras madres que, sin saberlo, habían parido a dos seres feroces, hambrientos del oro dorado que gobernaba sus mentes y sus cuerpos.

Un tartamudeo me encauzaba la voz hostil de la palabra pronunciada como lengua de ortigas que salpicaran con su veneno, de planes difuminados que encarnaban en unos dedos sin huesos, una sonrisa sin labios, una mirada sin ojos; el destino incontable y desmedido se acercaba en la oscuridad que propiciaba el dolor desgarrador de las presas vivientes que habían de tomar el bus carroñero que pasea a las almas en pena y los cuerpos doblegados ante el abismo del miedo infinito que se apoderaría de sus rostros lisos y nebulosos, desmayados frente a la invisibilidad del hombre sin rostro, que aparecería como el buitre listo para devorar a sus presas ya muertas. Su mano de hielo abrazaba mi hombro izquierdo y me hacía sentir un escalofrío turbador y excitante que traspasaba mis riñones y llegaba a otros de mis órganos apremiados, mientras el sudor humedecía mi ropa, lo que hacía que el Frizza se diese cuenta del temor que se apoderaba en mí.

—¿Yeisin, te pasa algo? —Callado y perdido en el humo del cigarrillo, suspiré algo azorado y, balbuceando casi unas palabras, le dije:

—No, siento un poco de frío y me siento hambreado. —En el silencio de la naturaleza, el viento chifla del oeste hacia el oriente, lo que hacía que cayeran las hojas amarillas, secas y sin vida de los árboles al suelo y, sin más, todas se acumulaban a mis pies; cada vez que daba un paso, crujían y se despedazaban, con lo que reflejaban la fragilidad de la belleza inocente y pura del hábitat a mi alrededor.

—Ven, que el parcero Grillo ya ha llegado y nos espera en la curva, detrás de los matorrales de plátano; Yeisin, ¿que traes contigo? —Esa pregunta bloqueó mis pensamientos, pues detrás de la máscara que cubría mi rostro, traía consigo el baúl de mis recuerdos, que cascaban mi garganta y mi cerebro, en los que no dejaba de culparme por el camino que yo había elegido y que, como en un laberinto, me iba tragando con las mentiras, como las constelaciones que había tejido tras la venganza de mi padre.

—Lo que me encargaste, Frizza; el fusil, el M14, para francotirador de largo alcance; el patrón me llamó esta mañana para hacerme entrega del armamento, que estaba en una maleta negra metida entre unos matorrales, cerca al Río Patía; lo ha dejado oculto, junto con el cuaderno de instrucciones que ya conocemos. —Esa mañana, más exactamente cerca a las seis, cuando el pueblo se hallaba sumido en los terribles sueños y cuando los sembradíos de café empezaban a producir su más delicioso aroma, todos sumergidos en la tediosa mañana, cuando el cuerpo dormido se desdobra entre las cobijas, amanece con ganas de tomar un café caliente, que despierta los sentidos. El pueblo abre sus ojos al sol brillante, que resplandece en el amanecer, con el cielo despejado y un calor que golpea en los muros húmedos de las casas; yo, al estar en casa de mi madre y unos minutos antes de ir a recoger el encargo del patrón, con el rostro de alguien recién levantado, con el cabello despeinado, con las lagañas en mis ojos y con el aliento a perro mojado, me alistaba para salir al encuentro con ese hombre con forma de medusa, que me había atrapado con sus tentáculos y atado a la perversión, por lo que ahora habría que seguir el camino que él mismo nos había impuesto.

Mamá, despierta, se disponía a servir mi desayuno con entusiasmo, pues su hijo iría a trabajar recogiendo café, sin saber la cara oscura que yo mismo me había construido, al transformarme en un tigre salvaje, que saldría de su hábitat para atrapar a sus presas. Mamá me servía amorosamente el café, con unos huevos revueltos; se sentó frente a frente y, alzando su taza de café, me observaba con su mirada peligrosa, que me hacía pensar que había descubierto mis mentiras; sin embargo, sonrió tierna y me preguntó:

—¿En qué finca han solicitado tus servicios? —Nervioso y algo atragantado con el pan entre la lengua y los dientes, llena la boca, con los cachetes algo inflados, sentí que debía fingir y le dije que iría a una finca poco conocida en el pueblo, y proseguí:

—Mamá, es una finca algo lejos de aquí; sus dueños recién compraron esas tierras y, por encargo de un amigo, que me ha recomendado, voy a recoger el café y me van a pagar, según me dijeron, unos 200.000 por semana. —Ella, con sus ojos brillantes y tierna sonrisa, me ha dado su bendición y, sin más, he partido hacia los matorrales que quedan a unos cuantos kilómetros del pueblo, un lugar que, por secreto, solo los sabemos los tres y el patrón, que llama para darnos instrucciones, pues él, sigiloso, siempre está atento de la vuelta; una semana antes de realizar el plan, el patrón viaja y observa detenidamente los movimientos que se producen en la carretera, vigila que no haya cámaras de seguridad y retén de policías, se asegura que el conductor no cargue ninguna arma de fuego, ni mucho menos que sea monitoreado, además de que siempre anda atento para percibir el perfume encantador del dinero que algunas personas llevan en sus maletas, ya sea porque habían vendido sus ganados o lo recibido por la producción de sus cultivos.

Las pocas veces que lo he visto, siempre se presenta con el rostro tapado, para proteger su identidad; su aliento huele a queso podrido, el olor de su cuerpo es como el de la sangre seca, que nos da náuseas y ganas de vomitar; su presencia siempre acelera mi corazón; habla como si estuviese en el batallón, con voz fuerte y firme y nos mira a los ojos, siempre fijos, como si quisiera saber sobre los más profundos sentimientos; con seguridad, nos dice palabras como:

—Si alguien se pone de hocicón con la policía, o desea salirse del negocio, no puede hacerlo, porque, desde el momento que decidieron entrarle, tenían conocimiento de las consecuencias que traería la deserción y la traición, pues las primeras víctimas serían los de su familia, así que conmigo no jueguen; si andan derechos, así debe ser, y si se tuercen, ustedes mismos se harán su propia tumba, junto con las de sus seres queridos; que lo tengan bien claro, muchachos. —Al terminar, lo que dijo me causa miedo al pensar que, por mi culpa, mi mamá podría pagar los platos rotos por lo que su hijo había entretejido en su corta edad; fue por eso que ya no volví a pensar en salirme del negocio, por temor a perder mi vida y la de mi familia, así que continué esta mañana, cuando, al llegar a los cultivos de plátanos, el encargo había estado metido en un hueco camuflado con unas ramas; al abrir la maleta, había allí tres fusiles de largo alcance, decía que uno para cada uno en el cuadernillo rojo de cuadros; allí estaban las pistas, en las que decía en qué momento el carro disminuiría la velocidad, lo que nos daba la posibilidad de salirle sigilosamente en la curva.

Con el rostro empapado de sudor, los dos nos dirigimos hacia El Chapulín, que con sus tres cortes en la cara y la frialdad en su mirada de desadaptado, andaba escondido de la ley, porque tenía en su haber varios delitos de hurto agravado y de homicidio, pues, al estar en la cárcel, se escapó una vez que le dieron salida para ver a su familia y ya no regresó más. Yo, por mi parte, lo había conocido en las máquinas de juegos, donde me la pasaba la mayoría del tiempo; él, al ser cuatro años mayor que yo, me fue influenciando para introducirme en la invisible jaula que me llevaría a un laberinto sin salida de lanzafuegos y lanzaminas de ladronzuelos que estarían a punto de clavar sus dientes afilados en los hombres a descubierto en la oscuridad.

—Frizza, tú que eres un hombre fortacho, que has estado en los avatares de esta lucha continua de sobrevivir a este mundo ajeno a nosotros, ¿qué sientes cada vez que vamos a realizar un asalto?

—La verdad, ya no siento ni el palpitar de mi corazón, ni las venas que se revientan de temor; siento que ya no tengo sentimientos que dobleguen mi cuerpo y mi alma; para mí, Dios no existe y nunca existió en mi vida; nadie tiene derecho a juzgar lo que hacemos; a cada uno le tocó vivir en mundos diferentes, hay quienes crecieron en el seno de un hogar amoroso y otros están en la desdicha de existir; nada tiene que remorderte la conciencia, porque nadie allá arriba te estará mirando, pues, si observas detenidamente el cielo, está compuesto de nubes, que son masas visibles hechas de gotas de agua que se evaporan por el sol, que se recargan en el cielo, pues los ciclos de la tierra tienen los tres estados, sólido, líquido y gas, que se transforman unos a otros y traen consigo los fenómenos naturales; todo se explica a través de la ciencia; si Dios existiera, no hubiera dejado que mi madre me abandonara y me que me maltratara; es por eso que nunca he sentido el amor, ni de cerca ni de lejos. —Al caminar en la oscuridad, los ladridos de los perros atormentan mis ideas; miro nuevamente al cielo infinito y a las estrellas que adornan la noche y, suspirando, siento que existe algo más allá del cielo que atrapa las miradas de millones de habitantes del universo, un Dios que mira cada uno de nuestros actos en cada hecho de la vida; un Dios sin forma, pero con una energía que traspasa los corazones destrozados y los acoge en sus manos, los consuela y los hace sentir que no hay pena que se pueda soportar sin Él; es esto lo que siempre me repetía mi madre; cada vez que íbamos a la iglesia, recuerdo que entrábamos y mi madre escogía los mejores puestos, en las primeras filas.

—Humm, —decía que si no se sentaba ahí, no podría estar tranquila en toda la semana; al verla, me sentía dichoso, porque una gran sonrisa aparecía en su rostro; era muy amiga del padre del pueblo y, siempre que terminaba la misa, se quedaba hablando horas y horas con él; mientras ella hablaba, yo me quedaba dormido en las grandes bancas de la iglesia, esperando que una mano arrugada y suave tocara mi hombro y, al mismo tiempo, una voz tierna y fuerte me despertase; siempre, cuando paso por alguna iglesia, se vienen a mi mente los más bonitos recuerdos de cómo mi madre vestía los domingos.

Con su blusa de holán, especie de organizado bordado, profusa y primorosamente engalanado con encajes y blondas, en que las mangas terminaban en fruncido con encaje, camisola interior de tela blanca y larga, hasta los tobillos, refajo de crochet en agujeta con vivos colores, amarillo, verde y rojo, con diseños geométricos; follado, o bolsicón, de

bayetilla o paño, prensado y recogido en la cintura, con remate de guardapolvo en terciopelo o pana, y él en vez de la tela floreada; lo hermoso de esta prenda era el largo de su bolsillo, en el que guardaba su rosario; un pañolón, de notable origen español, pero con acento y estilo pastuso, era una prenda elaborada en seda, con bordados de la naturaleza, largos flecos, que la dotaba de belleza y elegancia; chancas o alpargatas con capellada de pana, peluche o terciopelo; cabello ordenado en dos trenzas, encintadas o adornadas de flores, mientras regresábamos a casa, mi mamá me explicaba lo importante que era conocer la palabra de Dios, pero yo, con mi rebeldía e incitado a una vida de perdición, sosegado por el diablo que con sus trinchas había desgarrado mi alma noble, iluminada de valores religiosos, fui llevado al fondo del barranco.

—Yeisin, tus palabras me han conmovido; sin embargo, sigo creyendo que Dios no existió en mi vida, pues nunca se reflejó en rostros de amor, de amistad o de familia. —Al acercarnos hacia el lado oriente de los cultivos secos, abatidos por el viento que pasaba con prisa y arrasaba las plantas opacas que caían y se deslizaban entre los tallos de plátano y, sin más, entre esos árboles de tallos delgados se ve la sombra de un hombre y al lado una moto roja XTZ-125, modelo 2015, equipada con un motor de alta velocidad, que llegaba a los 300 Km por hora, moto que se utilizaba para escaparnos del lugar de los hechos, nos facilitaba la huida; con mi mano izquierda, abracé el hombro del Chapulín y él, casi espantado y atónito, volteó su mirada hacia mi rostro y, con voz temblorosa, me dijo:

—Yeisin, me asustaste.

—¡No, amigo, simplemente quería saludarte! —El Frizza, con un leve apretón de manos, espetó:

—¡Hey, amigos, echémonos el último tabaco para que nos ayude a aguantar este frío que entumece nuestros cuerpos agarrotados! —Los tres asentimos, puesto que ya se acercaba la hora para llevar a cabo lo que una semana antes se había planeado; El Chapulín, el Frizza y yo esperábamos solo la última señal para proceder con lo que habían designado para cada uno.

El Chapulín era el que mandaba la parada, él era la mano derecha del patrón, vigilaba cada uno de los pasos que dábamos el Frizza y yo, además de que era el encargado de que todo saliera bien y no apareciera ningún imprevisto; la escena se mostraba solitaria por el frío entumecedor de los cuerpos, yertos sobre el pavimento; El Chapulín, ganoso de tener el dinero entre las manos, ya estaba listo para seguir con lo que se había calculado; los tres nos disponíamos a ponernos las capuchas negras, hechas de lana tejida, vestidos totalmente de negros camuflados, en la oscuridad. El Frizza, con su voz gruesa, dijo:

—Grillo, la función ya va a empezar; preparados para asechar a la presa; este bus lleva consigo un hombre bañado en oro, así que, Yeisin, esperamos que no te arrugues y que no nos vayas a defraudar. —Atragantándome con la saliva, no pude decir ninguna palabra que saliese al exterior, pero una voz interna me susurraba en el oído y me hacía pensar en las cosas que podría tener en cuanto saliese de ese rollo, así que me alisté, me armé de valor y, tras rezar mentalmente el Padrenuestro, el Ave María y echarme la bendición, tomé el fusil

y lo crucé entre mi pecho y mi espalda, me subí a la moto, con mi parcerero El Chapulín, mientras el Frizza nos seguía en la suya, y así poco a poco ya arribábamos a la curva de vía destapada, con huecos que hacían que el bus fuera lento.

En la calzada seca frenamos y, después de bajarnos, nos ubicamos en la cuneta de los lados; de pronto, una luz intensa se mira a lo lejos, que venía despacio, así que El Chapulín hizo la señal con su mano izquierda, silbando dos veces para alertarnos de que nos pusiéramos en posición de ataque. Yo, al estar en la cuneta del frente, observaba sigilosamente al Grillo y al Frizza, que estaban de rodillas detrás de las barras, con sus fusiles apuntando al bus, que cada vez se veía más cerca; nervioso y sudoroso, temblaban mis manos solo de pensar que mi vida podría acabar en cualquier momento.

El Chapulín y el Frizza, apuntando fijamente a las llantas del bus, le han disparado; un sonido fuerte aturde las vibraciones en los oídos y se ha disuelto en la atmósfera el miedo anterior, pues las llantas desinfladas han hecho que el chofer disminuyera la velocidad y frenara; las luces del vehículo se prenden y se apagan, de modo que ha salido El Chapulín de entre las sombras gritando:

—¡Quieto todo el mundo, no se muevan! —En el bus, la gente grita y clama por ayuda; algunos gritaban:

—¡Auxilio, ayúdenos!, ¡Dios mío, no nos hagan daño! —Mientras otros decían:

—¡Son guerrilleros, nos van a matar!, ¡déjenos ir!, ¡no hemos hecho nada malo para merecer esto!, ¡tenemos familia e hijos que nos esperan en casa!, ¡por favor, respétenos la vida!, ¡no nos maten!, ¡llévense lo que quieran, con tal que no hieran a nadie! —Entonces, al subir las gradillas del bus, detrás de la capucha respiraba rápido; abierta, mi boca mojaba la lana; el chofer me miraba fijo a los ojos, mientras el sudor bajaba por sus mejillas pálidas; él, sentado en su asiento, espantado, parecía como un zombi, que veía sin ojos y olía solo el humo de gasolina, que entraba por las rendijas de las ventanas; paralizado, sostenía el volante, aferrado a lo que le quedaba; cuando volteé, vi a una joven de cabello negro, ojos color miel, tez trigueña, nariz finita, boca rosada, dientes blancos, mejillas quemadas, su cuello largo como el de una avestruz le separaba el cuerpo de la cabeza; desde lejos, alcancé a ver cómo unas lágrimas caían de sus ojos hasta sus manos que, entrelazadas, sostenían un escapulario; entreabiertos sus labios, al parecer rezaba unas plegarias de súplica por su vida; parecía que viajaba sola, sin alguien conocido que la acompañara; vestía una chaqueta fucsia deportiva, licra entubada de color lila y tenis Adidas; en adelante, esa imagen me recordaría aquel pasaje de la vida que quise sepultar, pero que cada vez ella, su recuerdo había vuelto a revivir.

Un día miércoles, 12 de febrero, listos para ejecutar un nuevo plan, armados, salimos con furia a la carretera a disparar al bus que trágicamente se encontraba en la boca del lobo; ¡ay, cómo olvidar ese día, en que, con cuatro disparos a la llanta el conductor frenó y, sin más, subimos al bus!: el primero fue El Chapulín, después el Frizza y por último yo; cuando todos ya estábamos ahí, se empezó a pasar puesto tras puesto, para quitar las pertenencias a los pasajeros, cuando, de repente, una muchacha, que lloraba con desespero, saca su celular

dispuesta a llamar a la policía y marca temblorosamente los números, con lo que ponía en peligro su vida. El Chapulín, malgeniado, la miró enfurecido y, gritándola, le dijo:

—¡Guarda ese puto celular, si no quieres que te mate! —Ella, empecinada en buscar ayuda, insistió en llamar, desafiando la muerte. ¡Cómo olvidar su rostro!; la veía tan frágil, tan limpia y, a la vez, tan temerosa, que sus ojos atemorizados y pómulos acalorados me hablaban de lo impresionada e impotente que estaba; era una mujer hermosa, que no pasaba de los veinticinco años; su cabello largo liso, su piel morena delicada, sus cejas pobladas, pestañas rizadas, ojos redondos oscuros, nariz celestial, labios gruesos pintados con un labial vinotinto, vestida con una blusa escotada, que mostraba parte de sus senos, su cuerpo perfecto, como el de la diosa Afrodita, nacida de las olas suaves del mar azulado infinito, el jean negro pegado a su cintura delgada y sus sandalias azules con lentejuelas brillantes de plataforma, todo realzaba su belleza.

Esa mujer, parada al lado de su asiento, con su celular entre las manos, marcaba la línea de emergencia, lo que acabaría con su vida; entonces, el Frizza, con sus dedos toscos, presiona el gatillo y, mirándola fijamente, le dispara; esa bala, con increíble fuerza, se incrusta en su frente y le produce un hoyo que le traspasa el cráneo, para que se desplomara en el suelo; de su cabeza salía una sangre rojiza, que le bañaba su rostro, su cabello y su camisa descotada empapada; su cuerpo dejó de moverse y ya quieta en el tapete, había quedado muerta y, aún tibia, así dejaba su último rastro de lo que un día fue su vida. La gente, impactada, con las miradas en el vacío, lloraba triste, quieta en sus asientos, e iba despojándose de sus pertenencias; no creían que esos hombres malvados, endemoniados, furiosos, esqueléticos, se hubieran atrevido a terminar con la vida de esa mujer que, ahora sabían, había tomado un tiquete hacia la muerte. En adelante, esa imagen iba a llenar mis noches de pesadillas horrosas, que espantan mis sueños; en ellas, me veo las manos manchadas de sangre y miro en el espejo mis ojos rojos y atrás de mí al Grillo y al Frizza que ríen a carcajadas y me muestran sus dientes filudos, unos cuernos largos, unas uñas negras, cola larga, orejas puntiagudas, las costillas salidas; me dan miedo, cierro mis ojos y los abro y sigo ahí, en esa pieza oscura, con el espejo frente a mí y las figuras de ellos. Esa noche, parado frente al cadáver de ella, lloraba internamente y sentía temor, pues sabía que no era yo quien había presionado el gatillo, pero era cómplice de su trágica muerte; al bajarnos del bus, oía que ellos reían con su alma podrida y yo simplemente, abominado por la tristeza, me marché a casa, seguido por la sombra de su silueta.

El Chapulín, con una voz hipnotizante, la alza y dice:

—Señores y señoras, callen sus bocas si no quieren que les dispare y los calle para siempre. —Todos, en silencio, se alistan para entregar sus objetos; yo, por mi parte, me quedo parado, mientras echo ojo por los lados, para ver que había por lo menos 35 personas; vi que sus manos temblaban cuando entregaban sus cosas; en el fondo del bus se encontraba un viejo barbudo, con camisa verde y sombrero como panza de burro, que llevaba un maletín de cuero que, con sus pies, lo empujaba debajo de su puesto, y nervioso y tembloroso miraba a los demás cómo entregaban sus pertenencias; el sudor de la frente y el movimiento alterado de sus manos daban indicios de que él era el hombre que había

vendido el café y traía consigo 50 millones; ya, cuando El Chapulín pasa por su puesto, apuntándole en la cabeza, le dice:

—A ver, gordo, deja de esconderlo y entrégame el maletín. —Él, ido, como si no hubiese oído la voz que le hablaba, no le contesta; no se movía, no pestañaba, no suspiraba; El Chapulín, impaciente, toma el arma y le da un cachazo en la cabeza y, sin más, ha tomado el maletín y ha terminado con la vuelta; entonces, con los fusiles apuntando al frente, nos bajamos lentamente y nos subimos en las motos, para, luego, acelerar al máximo y partir para alejarnos del bus asaltado, nos metimos entre unos matorrales y, más tarde, en una loma solitaria, nos quitamos las capuchas y nos dimos la mano, asintiendo que había salido excelente el plan; El Chapulín llama inmediatamente al patrón y le dice:

—Señor, todo ha salido perfectamente, no habido ningún inconveniente; tenemos en nuestras manos el maletín de los 50 y otras pertenencias de valor, como celulares de última gama, joyas de oro, plata, un portátil pequeño, el dinero de los pasajeros y el dinero que portaba el conductor; solamente hemos disparado cuatro balas a las llantas que, de inmediato, hicieron parar el bus.

Recostado en el llano, mientras espero la señal para irnos, suspiro nuevamente, mis glóbulos rojos se convierten en negros y comienzan a fabricar glóbulos muertos, que se vierten en el invisible tejido que carcome cada centímetro de defensas y me hacen toser fuertemente, lo que constriñe mis pulmones; adolorido de mi garganta reseca, por el frío que traspasa mis huesos, me concentro en el dolor de mi cuerpo que acelera mi corazón; de verdad, ¡ha sido un día largo y pesado! Mis costillas se expanden con el oxígeno de la atmósfera, mi nariz enrojecida me arde fuertemente, el tedio de fugitivos me hace sentir mareos; volver a ver mi rostro detrás de la capucha me hace pensar en el olor desagradable que debo producir con mis acciones; mi rostro desfigurado, sin color, ni forma, no vislumbra nada de la luz que un día pude transmitir; apagado en las noches funestas, las cenizas del sepulcro se acercan; una interminable lucha entre mis deseos y la razón logra confundir mi existencia, solo quiero desecharme al rincón del olvido y el sueño profundo; quedarme dormido sin pensar en mi existencia sería lo mejor; dormir, dormir, deseo dormir con gran anhelo, tocar con mis manos la brillante luz que inunda el cielo en las mañanas calurosas; sentir en mi cuerpo la ternura que despiertan esas nubes blanditas que adornan el cielo, volar a lo lejos como los pájaros quisiera, tener la libertad de ir de un lado hacia el otro para conocer el mundo, volando desde lo alto. ¡Qué triste, triste, triste es mi vida, perdido en un horizonte oscuro, sin rumbo fijo, malditas sean mis suelas, que dirigen mi camino al lado espeso, para salpicar mi rostro difuso y encerrarme, así mismo, en las penurias de la voraz esfinge que me lleva al sepulcral abismo. Al prender la moto, El Chapulín y el Frizza me hacen volver al mundo que había olvidado por unos segundos:

—¡Hey, Yeisin!, súbete a la moto, que tenemos que marchar, porque el patrón nos espera. —Ya subidos en la moto y andando por ese camino frustrante lleno de espinas, llegamos a esa casa vieja, solitaria, hecha de barro, con puertas y ventanas de madera podrida y humedecida, abandonada en la más recóndita vereda; al entrar a ella, sus puertas rechinan y hacen que nuestros oídos vibrasen de tal forma que lo que hicimos fue taparlos con las manos hasta que ese ruido se marchase; al estar adentro, unas ratas pasan rápido de un lado

a otro y se esconden en unos huecos, que habían hecho con sus dientes filudos al carcomer la madera; las arañas se habían apoderado de los rincones, donde habían entretejido sus telas para atrapar a las moscas que llegaban desde el estiércol de vaca, que estaba afuera de la casa; las ventanas cerradas confinaban el olor putrefacto de algunas ratas muertas que, seguro, había debajo de las tablas del suelo; la casa, vacía, tenía dos cuartos diminutos y, en ellos, había dos camas de hierro con colchones de paja; había unas cobijas empolvadas y tiradas en el filo de una banca de madera del cuarto principal; en un espacio reducido se encontraba la cocina, llena de trastes viejos y sucios amontonados en una mesa de cemento; al frente estaba una pequeña sala, con un sofá de tela color turrón, con sus patas torcidas.

Se oye el ruido de un automóvil que se parquea afuera; arrimándome a la ventana, veo al patrón, que se acerca, luego de bajarse de la camioneta negra último modelo; en el interior del carro hay dos hombres, de tez morena, acuerpados, que bajan del auto y observan; el patrón, tapada su cara con el fusil terciado en su espalda, en sus manos carga una maleta de cuero gris y se acerca paso a paso a la puerta; yo le advierto al Chapulín y al Frizza que el patrón ya estaba ahí; abrimos la puerta con cuidado y lo hemos saludado.

—Buenas, muchachos; ¿cómo les acabó de ir? El Chapulín, tomando la vocería, dice:

—Coronamos la vuelta; salió todo un éxito; con cuatro disparos hemos parado el bus y, estando en el interior, los despojamos de todos los objetos y el dinero a los pasajeros; la verdad, no hubo ningún imprevisto que alterara la vuelta.

—¿Dónde está el dinero? —El Frizza, cuidando sus palabras, dijo:

—Señor, en esta maleta de cuero se encuentran los 50 del viejo y en la otra está el dinero y los objetos de valor que traían los pasajeros.

—Qué bueno que todo haya salido perfecto. —Entonces, contando uno a uno los billetes, nos pagó como lo habíamos acordado; al Chapulín le dio más y al Frizza y a mí nos dio de a partes iguales. El patrón tomó el resto del dinero, lo guardó en su maleta y, hablándonos fuerte, comenzó a esbozar un nuevo plan:

—Por haber hecho una buena partida, les tengo un nuevo negocio, muy jugoso; necesito el cuadernillo, para darles nuevas instrucciones; pongan mucha atención y, abriendo en una hoja en blanco, con un lápiz en mano, dibuja el plano del asalto de la noche escalofriante y traza la carretera por donde iba a pasar el bus; también, nos dibuja a los tres en posición de ataque, yo metido entre unos arbustos, El Chapulín escondido en un hueco del alcantarillado y el Frizza atrás de las barras, agachado.

—Ahora, vamos por lo grande; necesito que cuando tengan al bus en su mira, lo reconozcan por su marca, es un Galaxi, es un bus lujoso, la parte de arriba es de color blanco y la de abajo es verde, sus ventanas son amplias y blindadas, sus llantas grandes y gruesas son seis, dos adelante y cuatro atrás; es un bus importado del extranjero, a la empresa le importo muchos millones para adquirirlo, por eso esta vez no solo nos llevaremos las cosas que traen los pasajeros, sino también el bus; tú, Frizza, amordazarás al

conductor, debes amarrarlo de las manos hacia atrás, lo bajarás lentamente al pavimento y lo pones de rodillas; en seguida, bajarás, junto con Yeisin, uno por uno a los pasajeros, los ponen boca abajo y les quitan sus pertenencias; si alguien llega a alterarse, a sangre y fuego lo callaremos; que no les tiemblen las manos para disparar. Una vez los pasajeros estén afuera, ustedes se suben al bus y El Chapulín, encargado de manejarlo, tomará el volante y arrancará, para alejarse del casco urbano. Ahora, vayan a disfrutar el dinero, que en una semana tendremos más. —Se despide y sale rápidamente al vehículo donde lo esperaban, se sube y, acelerando, se pierde en el camino.

Como eran las 12 de la noche, nosotros hemos subido a las motos y manejamos unos cuantos kilómetros, las dejamos en un parqueadero y nos dirigimos al “Hotel Calamaro”, en el que tienen encendidas las luces; entramos para pedir una habitación con tres camas; el señor que atiende, con su barba y panza de camionero, nos dice:

—Muchachos, la habitación tiene un costo de 100.000; es amplia, con ambientador, un closet amplio, un baño con calentador y las tres camas con un colchón suave, en buen estado; en la mesa de la habitación hay algunos productos, por si los desean consumir; por cierto, ¿cuántos días piensan quedarse? —El Frizza le responde:

—Por ahí, una semana.

—Está bien, aquí se cancela en efectivo y siempre anticipado. —El Chapulín, el Frizza y yo sacamos el dinero de los bolsillos y pagamos lo de toda una semana. El empleado nos pasa las llaves y nos dirige hacia las escaleras, subiendo los escalones; a mano izquierda, en el fondo, se encontraba la habitación 210, donde nos deja y se devuelve abajo. Abrimos la puerta y entramos; echándonos en las camas, nos quitamos los zapatos y suspiramos con una sensación de grata satisfacción. Por mi parte, levanto las cobijas suavemente, me meto en ellas y quedo totalmente fundido; entonces, abro mis ojos y miro el espejo, que me indica mi rostro desencajado, con los ojos hundidos, la piel arrugada, los labios torcidos; toco el espejo con mis manos y veo que están empapadas de sangre; grito desesperadamente, llorando, ¡quiero despertar!, sé que es un sueño, pero no puedo; siento que no puedo mover mis piernas, ¡oh, Dios mío!, se acerca esa silueta, esa sombra oscura, la veo por el espejo, ¡es ella, ella, ella, con el hueco en la frente, la que me mira fijamente y me apunta con su mano delgada!; es como si quisiera hablarme, pero no puede; cierro los ojos y espero despertarme, rezo Padre Nuestro, que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre, venga a nosotros tu reino...; Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor está contigo, bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús... Abro mis ojos y se ha ido, pero detrás de mí están el Frizza y El Chapulín, que ríen a carcajadas, como si se tratara de dos figuras demoniacas; ¡oh, Dios mío!, ríen, ríen, ríen tanto, que me tapo los oídos y aún los oigo; cierro los ojos, llorando desesperadamente, hasta que una voz, en el fondo, me dice:

—Yeisin, Yeisin, Yeisin, despierta, —y, entonces, de un sacudón abro los ojos, para encontrarme nuevamente en la habitación, donde El Chapulín, con su aliento de perro mojado, me habla cerca de mi cara:

—Yeisin, ya son las 9 de la mañana; nosotros nos vamos a desayunar cerca de aquí, así que, en cuanto te arregles, bajas a buscarnos.

—Está bien, no se preocupen por mí. —Me levanto, sudoroso, y camino descalzo para meterme en el baño, donde me cepillo los dientes y, al mirar fijamente al espejo, me quedo estático cuando pienso en esos sueños perturbadores; de repente, me acuerdo de mi madre, pues tengo que ir a llamarla porque hace rato no he sabido de ella, así que, luego de ducharme y secarme rápidamente, me pongo una bermuda blanca, con la marca Adidas roja, medias azules oscuras, los zapatos de cordones, una camisa blanca y, por último, una gorra tres pisos. Guardo mi plata debajo del colchón y con 50.000 pesos en mi bolsillo, salgo del cuarto, echo llave, bajo las escaleras, saludo cordial al señor panzudo que veo en la recepción:

—Buenos días, ¿cómo amaneció?

—Muy bien, gracias. —Ya, afuera, volteo en la esquina y descubro un local de minutos donde, al acercarse, una señorita de sonrisa brillante me atiende:

—Por favor, ¿tiene minutos?

—Sí, joven, —y me pasa un celular Nokia, con sus teclas maltratadas, en el que he marcado con gran cuidado el número y, sin más, oigo que se encuentra en sistema correo de voz. Preocupado, decidí marchar a casa, pero les dejo una nota en el cuarto al Frizza y al Chapulín, donde les digo a dónde me he ido. Mi casa queda a cuatro horas y media de allí, por lo que he tomado un bus y, al llegar, toco a la puerta: ¡pun, pun, pun!, y a lo lejos oigo la voz de mi mamá, que dice:

—¿Quién?

—Soy yo, mamá, Yeisin. —De modo que abre la puerta y me saluda y, en seguida, me da la bendición con su mano derecha y con su voz cálida me ha dicho:

—Hijo, ¿por qué te pierdes por tanto tiempo? Ya son dos semanas desde que te marchaste a coger café y hasta el día de hoy no te has dignado venir. —Nos sentamos en la mesa, respiro hondo y empiezo a contarle cómo me fue cogiendo café en la finca; con esa maraña de mentiras la he convencido; sobre la mesa pongo seis billetes de 50.000 pesos y le digo:

—Mamá, he trabajado muy duro, me he partido el lomo de sol a sol para ganarme esta platica; espero que la reciba con gusto para ayuda de los gastos de la casa. —Ella, contenta, me bendice y ya no ha preguntado más de lo que he hecho durante el tiempo que me perdí; así que, al irme a descansar a mi cama, siento tristeza de esta mi vida llena de mentiras, ese virus tedioso carcome mi cerebro, entierra para siempre mi inocencia y siento que nace en mí una crueldad infernal que corroa mi sangre y me parte en un ser de dos caras, en la penuria, la desdicha y la inocencia de un corazón corrompido. Con la mirada fija en la ventana, veo pasar el feliz tiempo de mi infancia, que danzaba en el frágil prado de las bonitas y gozosas experiencias del amor maternal.

Pasaron rápido el tiempo desde que estoy en casa; me he dormido por un momento y, al despertar, me arreglo un poco mientras que mamá hace sus oficios en la cocina, donde aparezco ya arreglado y, entonces, ella me pregunta:

—Yeisin, ¿y ahora a dónde se va? —Yo, con la voz algo temblorosa, le digo:

—Tengo que ir nuevamente a la finca, para seguir en la cosecha del café; usted sabe que el dinero hace falta, pero esta vez no me voy a demorar; solamente iré por una semana y me devuelvo rápido. —Así que me despido de mamá quien, con su aroma de flores frescas, me da su bendición y tierna me sonrío. Al caminar por la calle, oigo voces que hablan de la noticia que había salido en el periódico “El Amanecer”, donde decían sobre los hechos relacionados con el asalto; yo, agachando la cabeza, me dirijo para tomar el carro que me llevaría al lugar donde estaban mis compañeros; llego y, de inmediato, compro el pasaje, voy y me subo en el auto, en las bancas de la parte de atrás, y me siento frente a unos señores que, al parecer van al mismo lugar y que me han dicho:

—Hey, muchacho, hay que tener cuidado con este viaje, porque unos ladrones, vagos, sinvergüenzas, andan atracando los buses; hace poco asaltaron el bus de Franco, un señor que recién empezaba a trabajar en la empresa y al que, para las de malas, le han pinchado las llantas y robado el dinero; ni qué decir de los pasajeros, que llevaron la misma suerte; algunos dicen que una señora que iba en ese bus se ha enfermado gravemente, pues ella sufría de bipolaridad y que, a causa del atraco, se le agravó y ahora se encuentra en un psiquiátrico; la familia anda pidiendo ayuda, porque no tienen los recursos suficientes para pagar los medicamentos; esa gente sin corazón no se merece ni la misericordia de Dios. —Palpita mi corazón fuerte y me ruborizo, sonrío tembloroso y le agradezco al señor por sus consejos; volteo la mirada a la ventanilla y me pierdo en el valle del olvido; para alejar el sentimiento de remordimiento, trato de concentrarme en el sendero en el que ya me he metido, sin vuelta atrás; ahora, solo me queda sumergirme en las llamas ardientes, entre el giro perverso, en el que se difumina el espíritu de la tormenta maldiciente. Al llegar, me bajo rápidamente y caminando llego al hotel y, después de un momento, empieza a llover fuertemente, los truenos sacuden el sitio, por lo que entro y allí me encuentro cara a cara con El Chapulín, que me saluda y me dice:

—Pensamos que ya no vendrías. Lo importante es que ya estás aquí; te necesitamos, urgente; vamos a la habitación. —Subimos las escaleras y a mano izquierda está la puerta del 210; entramos y, sentado en la cama, estaba el Frizza que, alzando su mano, me saluda; me siento junto a él y, entonces, me dice:

—Yeisin, el patrón ha llamado a Chapulín para decirle que el viernes es lo del bus nuevo, que estará rodando en la carretera que comunica con el Río Patía, así que tenemos que estar atentos; mañana tenemos que ir por los cartuchos, pues las balas están pocas; él llamará para decirnos a qué horas debemos ir a recogerlos y, por cierto, ya te conseguimos la moto que quieres comprar y ahora la vamos a negociar.

—Está bien. —

Colocando algo de mi ropa en el armario, me he recostado; después de un rato, el Frizza se levanta y me lleva a ver al muchacho que me va a vender la moto. De entre unas chatarras, desde el fondo sale un hombre, tatuado el brazo con la imagen de una mujer; en un instante, se da cuenta que le miro la piel y me dice:

—Muchacho, esta que ve aquí, en mi tatuaje, era la mujer de mi vida, pero se ha ido; me la mataron; una noche, unos intrusos entraron en la casa, al saber que yo no estaría, la violaron y después la degollaron. —Alcanzo a ver sus ojos aguados, su mirada temblorosa, de la que se desprenden raíces del dolor que lleva en su corazón. Después, me indica una moto Auteco, que se encontraba en buen estado, de modo que, sin pensarlo mucho, se la he comprado; contento, la he prendido y nos hemos dirigido al parqueadero, la dejo y vamos a tomar unas cervezas a un bar cercano; al entrar, veo que la oscuridad se apodera del lugar, unas muchachitas casi desnudas nos reciben amables y nos acomodan en una mesa discreta; pedimos una caja de cerveza y, con música de despecho que se oye, cantamos una canción de Darío Gómez:

Hoy, por las calles del amor, estoy tomando,
Desahogando pa' derrotar mi dolor;
Con ese golpe de traición inesperado
Siente uno ganas de arrancarse el corazón.

Aquí me encuentro bien y pienso emborracharme
Por la mujer que conmovió mis sentimientos:
¡Creer en ella para equivocarme tanto,
Que su pasión fuera solo por un momento!

Y, después, cantamos una canción de Alzate, que dice:

Tengo que aceptar que eres bonita, que me gustas, pero eres doble
Y muy creída y no me aceptas así como soy.
¡Ni que fueras la más buena, para yo andarte rogando,
Para yo andarte insistiendo; ni que estuvieras tan buena,
Ni que fueras la única que existe en toda la tierra!

Me gusta el trago, me gustan las mujeres, me gusta amanecer
Y cerrar las cantinas; me gustan los amigos que conmigo la siguen
Y no se arrugan cuando hay que beber, beber, beber.

Cantándoles a las mujeres que se encontraban en el antro, nos comenzamos a emborrachar; El Chapulín pidió una de Aguardiente Nariño y, acompañados de ellas, bebimos hasta el amanecer. Yo, mareado, solo pensaba en divertirme; mis sentidos, confundidos, abrazaban la botella de Nariño, hasta cuando, ya borracho, salí del bar y me dirigí al hotel donde, gateando, he subido las escaleras y llegado a la habitación en que, con los números borrosos, he entrado y me he quedado dormido.

Al despertarme, los veo tirados en el suelo al Frizza y al Chapulín, pues la puerta la he dejado abierta sin darme cuenta; aún con el mareo, logro cerrarla y, sin más, me echo a dormir para esperar que la borrachera se me pase y, luego, ¡ohh!, me han despertado:

—¿Quién es? —Con mis ojos entreabiertos miro al gordo panzón y pego un grito y, sin darme cuenta, despierto al Chapulín y al Frizza que, espantados, me preguntan:

—¿Qué pasa, parcerero; por qué gritas de ese modo?

—He visto la sombra de un señor, pero no se preocupen, que ha sido el hombre que nos registró el primer día que llegamos a este lugar.

—Y ese, ¿qué hace aquí?, —pregunta el Frizza; los tres, algo consternados, lo miramos fijamente por unos segundos, sin decir ni una sola palabra; el gordo panzón, un poco acobardado, nos dice:

—Siento mucho que se hubieran despertado, pero he visto la puerta abierta e imaginé que no estaban aquí y a estas horas pasamos con las camareras para hacer el respectivo aseo. — El Frizza, con una expresión de disgusto, le responde:

—Usted sabe que nosotros no le hemos pedido en ningún momento que vinieran a hacer aseo. —El señor, un poco admirado, da media vuelta y sale del cuarto.

En ese momento, sentimos que vibraba el celular del Chapulín, que buscamos por los rincones de la habitación y lo encontramos confundido entre las cobijas; el Frizza dijo:

—¡El patrón! —Presionando un botón verde, le contestamos y, puesto en alta voz, se oye su voz de mandato, que nos ordenaba que recogiéramos los cartuchos; El Chapulín, despeinado, que vomitaba en el retrete, se da un medio baño en la cara y de inmediato sale a cumplir la orden, mientras el Frizza y yo, que tomábamos una gaseosa bien fría y una aspirina, para calmar el dolor de cabeza, bajamos a desayunar unos huevos revueltos con una hojaldra grande y, encima de ella, un queso desleído campesino y un café negro bien cargado, con ese aroma que me despierta los sentidos adormecidos por el alcohol que aún corre por mis venas; luego, subimos nuevamente al cuarto, nos acostamos y otra vez nos quedamos dormidos. Unas horas después, ¡pun, pun, pun!, sonó la puerta, por lo que me he levantado, medio sonámbulo, y preguntado:

—¿Quién es?, —pero no me han respondido, por lo que, con voz más fuerte, vuelvo a preguntar:

—¿Quién es? —Desde afuera, El Chapulín, enfadado, me dice:

—Abrí esa puta puerta; soy yo. —En calzoncillos y descalzo, le abro rápido y él, que entra con un empujón, nos dice:

—La vuelta es para mañana; ya traigo en esta maleta todo lo que el patrón ha dicho, así que durmamos estas pocas horas que restan para que mañana, a la madrugada, vayamos a analizar por dónde va a pasar el bus, pero, ¡ojo!, el patrón me ha dicho que estemos muy pendientes cerca del mediodía, porque esa es la hora en que se va a acercar el bus.

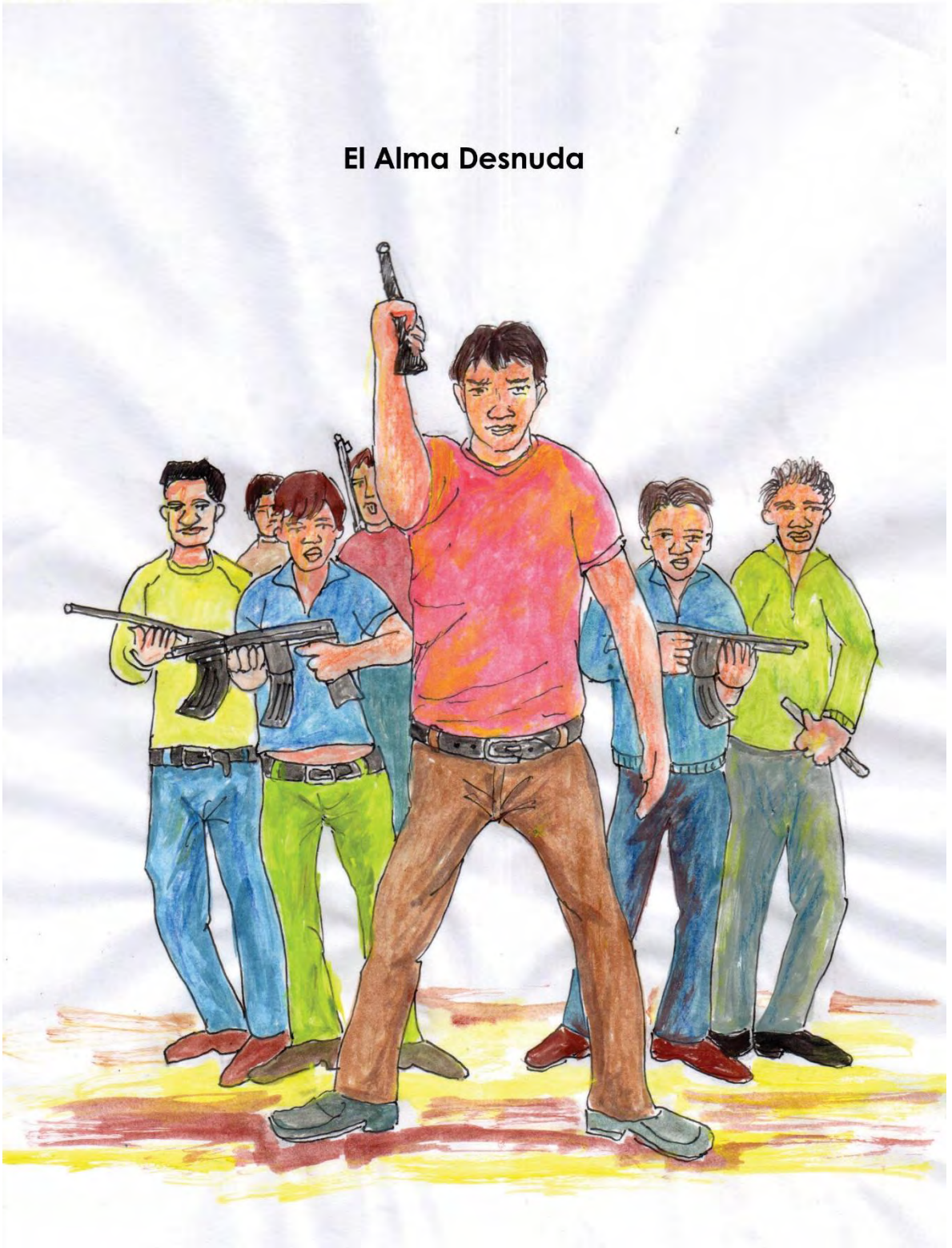
Nos levantamos cerca a las 7 de la mañana, salimos del hotel y, arrancando en nuestras motocicletas, viajamos casi por cuatro horas hasta la carretera destapada que teníamos que pistear; el sol brillaba esplendoroso, quemaba nuestros rostros, traspasaba nuestra ropa negra hasta hacernos transpirar y llenarnos totalmente de sudor, con un gran peso sobre pechos y espaldas, por los fusiles que cargábamos. Cuando llegamos, El Chapulín, el Frizza y yo nos ubicamos en las posiciones que el patrón nos había dicho, escondidos esperamos que llegara el bus que teníamos que asaltar.

Una vez listo en la zona del ataque, mi corazón se detiene y ahoga la sangre de mis venas en la melancolía que, de nuevo, se apodera de mí ser; siempre me pregunto sobre lo que hago, pero no encuentro respuesta; encerrado en mí mismo, con mi propia atadura siento que en la situación en que me encuentro ya no hay vuelta atrás. De pronto, un bus avanza lento y el Frizza, con su mano izquierda y un chiflado, da la señal para que le disparáramos a las llantas; hechos los disparos y al salir de los escondites, con los rostros tapados, nos subimos, primero Frizza, luego El Chapulín y, por último yo; el Frizza dice, con su voz atónita y resquebrajada:

—¡Quietos todos, esto es un atraco; van sacando ya mismo sus pertenencias, si no quieren que corra sangre! —Todos, en el bus, asustados, con sus caras largas, angustiados, al temer por sus vidas, lentamente iban despojándose de sus cosas, cuando, de pronto, al mirar por una de las ventanillas del bus, vemos que salen de todos lados algunos de los miembros de la Sijin que, con sus armas, nos apuntan. Ante esto, yo me bajo rápido y me echo de cara a un llano, tiro el fusil a un lado, cruzo las manos sobre mi cabeza y una mujer, con uniforme azul, saca unas esposas y me las pone en las muñecas; mientras pasa esto, mis pensamientos se concentran en la melancolía que se revela en mis lágrimas de agonizante, tembloroso; traspasado en mi carne estéril, imagino qué vida hubiera tenido si no hubiera cometido este delito; miro de reojo al Frizza y al Chapulín, que disparan sus fusiles contra los miembros de la Sijin; volteo mi mirada hacia la llanura, la bajo mientras se va mi espíritu a la muerte que asfixia mis sentidos, el miedo se difunde en cada célula de mi cuerpo ahora cuando se nubla mi existencia y, entonces, veo que al fondo brilla un arco iris lleno de colores.

Después, me suben a un carro que, con la sirena encendida, aturde mi cabeza y me lleva al vacío que inunda mi alma; me leen mis derechos y siento que ahora me refundiré en la cárcel, con un miedo atenazante que tritura mis huesos pedazo por pedazo, respiro hondo, seco mis lágrimas, decido asumir mi responsabilidad y, alzando la cabeza, siento que un nuevo horizonte que me lleva de estas aguas turbias será una oportunidad para salir de este fuego ardiente que consumía mi vida; ahora, me pregunto qué será de mi vida, cuál será esa mañana que brillará para mí, en la que el cielo me muestre esa pureza divina donde se refleje la paz que necesita mi alma; tiemblo, pareciera que mi corazón va a estallar, siento cómo se acelera a cada instante, oigo las ruedas del carro que desesperan por llegar al punto donde me encontraré con mi mismo, con mis errores, con estas faltas que marcarán mi existencia hasta el fin de mis días.

El Alma Desnuda



Un penetrante olor a café invadía mi celda; cuando el ligero aire pasaba por las ventanas abiertas traía consigo el aroma de los árboles de mi tierra; yo, que me llamo Casimiro, me encontraba tumbado en la camilla, pienso en las varias sentencias que faltan por imputarme; me acerco a la ventana, veo las sombras de los pájaros que volaban sobre las ramas de los árboles del cercano bosque; apenas se oía el murmullo de los picoteos, que parecían hablar entre ellos; el ruido del taller de madera aturdiría mis oídos en el opresivo encierro.

Al entrar a la celda, el Educador, un hombre robusto de talla media, de ojos brillantes, exclama:

—Casimiro, es hora de visita; tu madre te espera en la sala. —Al salir, con los párpados abultados, fulguraban mis ojos encarnizados al mirar hacia el vacío que ataba mi alma; al llegar a la sala, veo a mamá, ansiosa de entablar conversación; yo la miraba con desdén; la atmósfera estaba cargada de rabia, de amor y de tristeza; sin dirigirle la palabra, la miraba con ese pelo recio grisáceo, el rostro seco de tanto sufrir por mí. Aunque tuviese rabia de lo que estaba pasando, no tenía que ser grosero con aquella mujer que me había dado su amor incondicional, después de la muerte de mi padre. En el silencio de su boca, oyó mil voces que suscitaban el consuelo de sus brazos; de repente, con los labios entreabiertos y su sonrisa aparente, exclama:

—Hijo mío, me entristece tener que venir a verlo en este encierro. Siempre hubiera querido que tuviera un mejor futuro; sin embargo, el afán de progresar en mis negocios hizo que lo descuidara; ahora, solo me queda la triste imagen de verlo recluido. —Con un abrazo enternecedor adormece mi dolor, llora; hombro con hombro, nos lanzamos al lamento de los sentimientos más profundos del corazón humano. Cierro los ojos por un instante, queriendo detener el tiempo; deseo en mis pensamientos quedarme con su perfume de flores frescas, dormir, dormir junto a ella, abrir los ojos y olvidar lo pasado. Tener una nueva vida, que hiciera feliz a mamá, que nunca más vuelva a llorar, que solo salieran de su boca sonrisas cautivas, sus ojos brillaran a la luz del sol. ¡Yo solo deseo ser feliz! Un ruido de una campanilla despierta mi cerebro y anuncia que ya es hora de terminar con la visita; con un beso en la mejilla y recurriendo a unas palabras, le digo:

—Mamita bella, cuánto deseo retroceder el tiempo para hacerla feliz y orgullosa de su hijo, pero lo único que le he dado son problemas, que no dejan de lastimar su corazón. De ahora en adelante, le prometo que trataré de hacer una nueva vida para bien de los dos; sé que mis equivocaciones han hecho de mí un hijo no deseado. —Eran cerca de las cinco y la campanilla seguía sonando, la sala estaba llena de familiares de los demás reclusos; las manos y las mejillas de mamá estaban enrojecidas por el calor insoportable; mamá se levanta del sillón, recoge su pañuelo y su chal de paño negro, deposita en la mesa unos mecatos y unos productos de aseo y, acercándose a mi oído, dice:

—Mi amor, aquí estaré siempre a su lado; pase lo que pase, nunca dejarás de ser mi hijo, a quien yo quiero tanto; solamente le pido que resista esta prueba de la vida; ya verá que este cielo nublado se despejará. —Al alejarse de la sala, se despide con su mano derecha, haciendo un movimiento inusual; con el corazón acongojado, me dirijo al comedor, dispuesto a cenar con los demás; la señora Yanaqué, encargada de servir los platos de

comida, sonreía monótonamente; al alzar los ojos, que había mantenido bajos, saluda con un movimiento de brazos, haciendo gestos con sus labios medio abiertos; nos da entender su amabilidad; ella, a pesar de que era sordomuda, inspiraba la paz en su semblante, un rostro de magníficos ojos oscuros; verla transmitía una sensación de alivio. Yo, como siempre, le agradecía los deliciosos alimentos que preparaba todos días; guiñándole el ojo izquierdo, recibía la cena; esta vez había preparado sopa de fideos con vegetales, arroz con pollo sudado y una avena; con mi bandeja en mano, me dispongo a sentarme en la mesa; justamente, ahí está el padre, quien me había recibido por primera vez cuando llegué a este lugar; él, con su sotana y semblante alegre, me daba algunos consejos de vida.

—Hola, muchachón, ¿cómo le va? —Le respondo:

—Muy bien; gracias a Dios, las penurias de mi alma se están empezando a disipar; solo deseo que este encierro me sirva para reflexionar sobre las faltas que han corroído mi espíritu.

—Me alegra oírlo hablar de esta manera; espero que la disciplina y los consejos de los psicólogos ayuden en su formación y lo hagan una mejor persona; con ayuda de Dios, nada es imposible; solamente tiene que orar todos los días, para que sus faltas cometidas sean perdonadas. —Y, con un apretón de manos, se despide. Yo, por mi parte, termino de cenar y me dirijo a la celda para descansar; al estar ahí, mi compañero entra ferozmente, tirando la puerta; le pregunto:

—¿Qué le pasa Próspero? —Él, con su voz atónita y mejillas enrojecidas, de mal humor me dice:

—¡Qué vida tan atroz que me ha tocado!; ahora, el director me acaba de informar que me trasladarán a una cárcel de Cundinamarca, pues me han alzado la sentencia a ocho años de prisión, por el homicidio de un campesino de la vereda El Zaguán del Lago; ahora, presiento que me refundiré en la soledad de mis tristezas, que inundan mi corazón —y se deja caer, llorando en el camarote; no hay ni una palabra que pueda consolar sus gemidos de dolor, así que le digo:

—Próspero, entiendo más que nadie su dolor; mira la sonriente máscara de mi rostro, que trata de ocultar la terrible vida que llevé durante mucho tiempo fuera de estas cuatro paredes; hoy me siento dispuesto a contarle algunos de los episodios que marcaron mi existencia; espero que mi historia le ayude a disipar su angustia, pues no es el único que ha cometido tantas faltas. —Al secar sus lágrimas, se sienta frente a mí y, suspirando profundamente, me mira a los ojos, como queriendo buscar en mi relato el consuelo. Entonces, me siento cómodamente, arrimo la espalda a la pared y empiezo a contarle algunas de las desventuras de mi existencia; con tal ánimo, le digo:

—Próspero, espero que lo que le cuente no salga de estas cuatro paredes, pues ahí deposito mi confianza. —Al responderme, me dice:

—Casimiro, sabe, por lo que a veces le he contado, algunos de mis más guardados secretos; no se preocupe, que de mí no saldrá ni una palabra. —Así, empiezo mi relato:

—Bien, cuando apenas yo había cumplido un año de edad, a mi madre la asesinaron, a manos de la guerrilla. En 1998, en la vereda de Santiago, Florencia, se desencadenó un enfrentamiento de dos frentes al margen de la ley; ese día, mi abuela no había presenciado tal incidente, pues había viajado a Cali para comprar una mercancía de ropa; mi madre se había quedado cuidando de mí en el caserío; esa mañana, al promediar las nueve, se habían empezado a escuchar disparos de fusiles, que caían del aire a tierra; el olor a pólvora se había impregnado en la atmósfera, que se ponía cada vez más densa; en aquel lugar, donde habitaban niños, ancianos, adultos, jóvenes, habían quedado tendidos en el suelo, derramando sangre en la tierra, que hoy llora a sus muertos; mamá fue una víctima más de la guerra, que durante años el país no ha logrado combatir, por políticas e ideologías absurdas, que solo han llevado a la muerte.

Desde ese día, mi abuela se ha convertido en mi madre; después de haber perdido a su hija, sonreía tristemente acompañando el manto angustioso del cajón que cargaba el cadáver de ese siniestro hecho de la guerra; cargaba consigo la fuerza de las olas, por lo que siguió adelante para cuidar de su nieto, en la tarea de salir de ese foso que incautaba su alma amarrada a su hija, lo que fue un reto que había que asumir con tenacidad. Ella, aún joven, al levantar su cabeza de la tragedia que acongojaba su corazón, me dio su amor incondicional.

—Casimiro, ¡lo siento mucho! —Al responderle, le digo:

—No, tranquilo, eso pasó hace mucho tiempo; ya, cuando cumplí once años, empecé a entender lo que había perdido; me afligía pensar que ella estaría mirando desde el cielo las atrocidades que había cometido. Desde muy pequeño, me tocó madurar velozmente; ¡la vida no fue fácil!; en muchas ocasiones, estuve frente a la muerte; estas cicatrices de mi cuerpo señalan las desventuras de mi existencia.

Todo iba bien, hasta que mamá, o sea, mi abuela, se enamoró de un holgazán, que vestía con harapos, sin rubor alguno; era un individuo embriagado, que tranquilamente permanecía con una botella de cerveza en la mano tirado en el sofá, con su amigo, que era un hombre alto y grueso, de barba negra, y dormía junto a él, los dos completamente ebrios. En muchas ocasiones, mamá, con su escoba, trataba de sacarlos, pero él, levantando su gordo trasero, se abalanzaba y le propinaba unos golpes que le dejaban moretones; yo me escondía debajo de la cama, llorando incesantemente, hasta que todo se calmara; cuando me acercaba a ella, su rostro parecía desfigurado, su nariz sangraba sin detenerse, sus pómulos parecían teñidos de color morado; siempre permanecía llorando desconsoladamente, hasta que un día, cansada del infierno que vivía junto a él, decidió coger sus maletas y escapar al Ecuador.

— ¿Y qué le pasó, Casimiro?

—Antes que mamá se fuera al Ecuador, viajamos de la vereda Santiago a Florencia, Caquetá; ahí estaba papá; al entregarme en sus manos, me da su bendición y se va tristemente al Ecuador.

—¡Qué triste! —murmuró Próspero, con los ojos fijos en la pared. Yo, con la boca seca, casi sin restos de saliva, continuó:

—Ya, al estar en casa de mi padre, las cosas no fueron muy buenas; él no estaba acostumbrado a tratar conmigo, así que, al estar en esa casa, me encontré otra vez con el infierno de cerca.

—¿A qué se refiere con el “Infierno”? — me pregunta Próspero.

—A infierno, me refiero a las fieras que habitaban en esa casa; pues, verás, el primer día que pisé el umbral, él me recibió con una sonrisa disimulada y, al asomarse por una rendija, apareció el rostro de una mujer poco agradable, vestida con una blusa y una chaquetilla de satén café, llena de mugre; su rostro parecía cubierto de aceite, jetuda, me saludó hipócritamente. Tras estar algunos días en la casa, empezaron a aflorar los rostros de inconformidad, pues, como el niño travieso que era, rompí algunos objetos y peleé con mi hermano (el hijo de mi madrastra); todas estas situaciones afectaban el genio de mi padre, que era muy efusivo; cada chisme que le transmitía mi madrastra, sobre mi mal comportamiento, hacía que explotara su carácter, de manera que, cuando llegaba a casa, lo primero que hacía era buscarme para castigarme con violencia. —Al quedarme en silencio por algunos minutos, mis ojos se llenaron de lágrimas, de la tristeza que me ocasionaban los recuerdos que aprisionaba mi corazón. Próspero, al interrumpir ese silencio, me pregunta:

—Su padre, ¿en qué trabajaba? —, pregunta Próspero. Yo, con la voz algo vacilante, le respondo:

—Alan, mi padre, trabajaba en un camión, transportando cajones de cerveza; viajaba de un lado para otro, de modo que permanecía poco tiempo en casa; cuando llegaba, se iba a tomar con los amigos en una taberna, “Los Álamos”, muy conocida en Florencia; ahí se la pasaba, embriagándose. En algunas ocasiones, llegaba a medianoche, titubeante, se arrastraba por las escaleras, golpeado por las peleas que se propiciaban en ese lugar, de modo que la rabia que reinaba en su alma la desahogaba en mi cuerpo, débil e indefenso. Por eso, en adelante, cada vez que hacía una travesura, me empecé a volar de casa, por el miedo a que mi padre arremetiera contra mí; así, empecé a andar en las calles; había días en los que ya no dormía en casa.

—Casimiro, ¿qué hacía esos días que no se encontraba en su casa?

—En ese entonces, cuando ya tenía once años de edad, la imagen de papá se difuminaba en el miedo ante sus golpes e insultos, que me hacían sentir desvalido, abandonado ante el abismo de las bestias que hacían miserable mi vida; de esa forma fueron destruyendo mi inocencia y llevando mi vida hacia el odio, la rabia y el rencor. Maltratado, me tiré a las

calles; me sentaba en la Plaza a pedir limosna, con un tarro que llevaba conmigo; ahí aprendí a contar las monedas; no era mucho lo que me hacía en el día, pues solo me alcanzaba para comprar un pan y un jugo. En las noches, me iba a dormir al terminal, por ser el lugar más seguro; después, con el estómago vacío, llegaba a casa cabizbajo y mi padre, enojado por lo que había hecho, me golpeaba duramente, hasta hacerme sangrar; yo, llorando, me escondía debajo de la cama, con deseos de matar a ese hombre y a esa mujer, que miraba y no hacía nada para defenderme.

—Casimiro, ¿y qué pasó con su madre?

—Apenas se enteró (en verdad, ¿no sé cómo lo haría?) de que andaba callejeando, le pidió a Alan que me sacara el permiso para pasar la frontera; así, él me llevó hasta Rumichaca y de allí me dejó subido en un bus que viajaría hasta Guayaquil, lugar donde mamá residía. Me acuerdo tanto que me tocó ir sentado al lado de un señor que llevaba un sombrero de copa alta, circular, descolorido por el uso, agujereado, de bordes desgastados, que llevaba consigo su camisa medio abierta en el pecho y entre sus manos cargaba su maleta; su masa corporal ocupaba gran parte del puesto y sus ronquidos aturdían mis oídos; todo el largo viaje fue un verdadero trajín arrinconado contra la ventana. Sobre la medianoche el bus arribó al terminal; al bajar las gradillas cuidadosamente, observé en una de las banquetas sentada a mamá, con un vestido floreado y sandalias cafés; al mirarme fijamente, sonrió tiernamente y, corriendo a mi encuentro, me abrazó consternada de volver a verme; acelerado mi corazón, palpitaba fuerte, al ritmo de un sonido que a lo lejos se escuchaba; no hay palabras para describir de cerca lo que fue ese encuentro con mamá.

Entre el humo de la oscuridad, con la noche privada de estrellas, nos fuimos a casa; sin poder detectar el camino por donde el taxi había pasado, pude darme cuenta de que la casa de mamá estaba retirada de la ciudad, aunque percibí que esa ciudad, que observaba a través del parabrisas con algún detenimiento, ¡era realmente hermosa!, tenía luces por todos lados, la gente parecía feliz, mientras andaba en shorts y pantalonetas; era como si la brisa que pasaba por sus cuerpos adormecieran sus preocupaciones. Ya cuando llegamos a casa, observé que estaba construida de tablas y teja de zinc; al entrar, miré que era una sola pieza, donde, ahí mismo, estaban la cama, la cocina y el baño, afuera estaba el lavadero; ¡el espacio era realmente reducido! —Al promediar las diez de la noche, el Educador empieza a tocar la campanilla, mientras pasa por cada celda y revisa si ya estábamos dormidos; nosotros, en silencio, nos recostamos en cada camarote y, al tapar nuestros rostros con las cobijas, esperamos que pase; de repente, escuchamos las llaves que daban vuelta en la chapa, para entrar. Próspero me dice:

—Ahora que se vaya el Educador, me sigue contando, ¿bueno? —Hablando en voz baja, le contesto:

—Sí, ahora le sigo contando. —Al entrar, me oye que susurro debajo de las cobijas, prende la luz y, con su voz de mando, al destaparme el rostro, me dice:

—¡Hey, comadrejas, dejen de estar cuchicheando, es hora de dormir, no quiero escuchar ningún ruido. Mañana los quiero ver despiertos a las seis en punto! —Al apagar

nuevamente las luces, cierra la puerta y se va. —Sonriendo medianamente, retomo la historia y prosigo:

—Esa noche me sentí el niño más feliz del mundo; sentir su calor en mi piel me hacía saber que ¡sí!, tenía a alguien que me quería; dormí toda la noche junto a ella. Al día siguiente, la mañana estaba tremendamente calurosa; mamá se encontraba parada en la cocina, cerniendo el café y fritando huevos; yo, al levantarme, despeinado, me dispuse a desayunar junto con ella que, gustosa de mi presencia, me sonreía abiertamente. —Al interrumpir, Próspero me pregunta;

—¿Cuánto tiempo estuvo separado de su madre?

—Sin mamá estuve casi por tres años; el reencuentro con ella fue algo reconfortante.

—¿Y qué paso con los demás días que estuvo en Guayaquil?, ¿tuvo amigos?

—Tras estar dos meses, empecé a juntarme con un morenito que vivía en el vecindario. En realidad, mamá vivía en un refugio de desplazados, llamado “Hogar de Cristo”; el gobierno les facilitaba el lote y una cuanta madera para que construyeran sus casas. En ese lugar, se encontraba toda clase de personas, buenas y malas; exactamente, yo vivía al lado de una familia de morenitos; el señor y la señora Segura eran los padres del morenito, que se llamaba Modesto, “mi amigo”, que se la pasaba callejeando de un lado a otro; tenía ojos redondos blancos, pupilas dilatadas, nariz chata, labios gruesos y lo que más le resaltaba eran las cicatrices de las mejillas; a los nueve años ya había acuchillado, de manera que siempre se la pasaba fumando marihuana y drogándose con otras sustancias. La verdad que, al verlo, claramente daba la imagen de un chico dañado.

—¿Modesto alguna vez le contó algunas cosas de su vida?

—Sí, pero antes de continuar con la vida de Modesto, debo continuar con las desventuras que viví en el Ecuador. En uno de esos días, cualquiera, Modesto llegó a buscarme con los ojos encharcados de lágrimas, que no cesaban; caminaba patojeando y su nariz sangraba; parecía como si hubiera tenido una riña. —Abrazándolo, le pregunté:

—¿Qué te pasó, Modesto? —Él, respondiéndome con su voz casi entrecortada, me dijo:

—Esa puta de mi mamá y ese de mi papá han perdido la cabeza, estaban teniendo relaciones sexuales afuera, todo el mundo los miraba con asco; yo, que recién llegaba de hacer una vuelta, al mirarlos me dio náuseas, así que los empecé a insultar; ahí fue cuando se abalanzaron hacia mí y, golpeándome, me han dicho que no volviera a casa. —Lloraba y lloraba sin consuelo y, al alzar su mirada, me dijo:

—Casimiro, ¿quieres ir conmigo a vender dulces? —Yo le pregunté:

—¿A dónde? —Él, secándose las lágrimas de sus ojos, me responde:

—Vamos a vender los dulces en los buses que viajan de Guayaquil, Cuenca y Ambato, ¿qué te parece? —En silencio, medité en la propuesta, hasta que decidí que iría con él. Callado y pensando en Modesto, Próspero me dice:

—¿Qué hacía su madre, mientras andaba con Modesto? —Silencioso, al escarbar en el baúl de mis recuerdos, agacho la cabeza y, moviendo mis manos, le respondo:

—Ella permanecía en el centro, vendiendo su mercancía, pues siempre fue negociante y, como yo no iba a la escuela, permanecía en las calles; mamá salía de casa a las siete de la mañana y llegaba a las seis de la tarde. Todo ese tiempo lo desaprovechaba en hacer la maldad a los demás, pues de niño era muy travieso y en compañía de Modesto hacíamos un dúo mortal.

—¿A qué se refiere al decir mortal?

—Mortal en tanto que juntos andábamos haciéndole daño a la gente; teníamos cuerpo de niños, pero almas corrompidas por la avaricia. Una mañana calurosa, cuando mamá salía a trabajar, yo me disponía a irme con Modesto a aventurar en los buses.

—Casimiro, ¿qué sintió cuando partió de la casa y dejó a su madre sola, sintió algún remordimiento?

—¡Ay, Próspero!, la verdad es que sí me daba un poco de pena; sin embargo, estaba muy aburrido de estar solo en casa, así que, al terciarme la maleta en la espalda, he salido al terminal con Modesto; ya siendo las tres de la tarde, parqueé un bus que iría a Cuenca; aprovechando que estaba lleno, subimos las gradillas y, al ponernos en frente, Modesto dice:

—Muy buenas tardes, señores y señoras; les venimos a vender estos deliciosos caramelos con sabor a chocolate; esperamos no haberlos molestado; cualquier monedita es cariño. ¡Muchas gracias! — Había gente que nos regalaba dinero por pena y a otra a la que ni siquiera le importaba si estábamos o no. Los choferes, en particular, siempre eran atentos con nosotros; nos daban permiso para ofrecer los dulces y nos dejaban quedar hasta cuando se llegara al lugar de destino. Esa vez, al arribar al Terminal de Cuenca, nos quedamos ahí, para comprar algo de comida con que saciar el hambre. Modesto y yo no teníamos cara de sentirnos satisfechos, pues era muy poco lo que habíamos recibido en la venta de los dulces; según Modesto, eso no le alcanzaría ni para los chicles de toda la semana.

Recuerdo que esa noche era la primera vez que mis pies pisaban el Terminal de Cuenca; cansados y ojerosos, nos recostamos en las banquetas de la sala de espera, para quedar foqueados, por el sueño profundo que nos abrumaba. Al despertarnos, sentimos como si nos hubieran dado una gran golpiza, estábamos totalmente adoloridos, estábamos marcados por las banquetas que se habían ocupado de nuestro cuerpo. Próspero, con la cara ya cansada y sus ojos entreabiertos, me pregunta

—¿Y cuántos días estuvieron durmiendo en las banquetas del terminal de Cuenca?

Realmente, solo dormimos por dos noches, porque Modesto y yo, mientras conocíamos el Terminal, nos dimos cuenta que había un cuarto grande, lleno de camillas, donde dormían los coteros y, a la noche siguiente, nos la ingeniamos para entrar sigilosamente y dormir con más comodidad en las camillas que estaban vacías; ese fue nuestro refugio durante tres días.

Una mañana, al desayunar un café y pan en el restaurante de doña Rita, el negro observa detenidamente la registradora, donde las personas depositaban sus monedas para poder subirse al bus que los esperaba en el paradero; yo me quedé atónito por lo que mis ojos estaban viendo, pues la registradora había acumulado demasiadas monedas, lo que hizo que se descontrolara y que se movieran sin control los tubos, por donde las personas pasaban sin pagar su pasaje, que entonces costaba cinco centavos; nosotros, con la viveza que nos caracterizaba, desayunamos rápidamente y, con los tarros llenos de caramelos, planeamos vaciarlos en una bolsa para que recogieran las monedas que la gente depositaba en el tubo que ya estaba colapsado; la gente no se daba cuenta de lo que hacíamos, echaba sus monedas normalmente, mientras nosotros estábamos atentos para que, cuando el tarro se llenara, vaciarlo en talegas y volverlo a poner en el lugar.

Nos estaba yendo de maravilla con ese negocio; nos hacíamos diariamente 50 dólares; no satisfechos con el dinero que robábamos, empezamos a robar las maletas de los viajeros; cada vez que un pasajero se bajaba solo del bus con varias maletas, lo seguíamos y, esperando que se distrajera, tomábamos alguna de las maletas y la llevábamos al cuarto, donde nos estábamos quedando. Al abrir las maletas y revisar cosa por cosa, nos encontrábamos con relojes finos, pulseras, anillos, cadenas de plata, zapatos caros, billeteras con muchos dólares, portátiles y celulares de alta gama.

¡Ay!, Próspero, esos días me sentí como en la gloria; mi corazón ya no era el de un niño inocente y puro, mi forma de pensar cambió totalmente; mi cerebro era tan macabro como el de Modesto; en ocasiones, era yo quien planeaba las estrategias para robar a la gente y lo más extraño era que no sentía nada; ya lo que hacía me daba igual; mi mente se había corrompido de la avaricia, cada vez que mis manos tocaban el dulce papel del dinero y mi nariz percibía su olor, quería tener más, no me importaba cómo debía conseguirlo y Modesto era mi ficha para cumplir y tener todo lo que había soñado.

—Casimiro, calle, que oigo los pasos del Educador. —Entonces, entra el Educador y dice:

—He pasado por el pasillo para vigilar que todo estuviera en completo orden y he oído voces que me han traído hasta esta celda; al abrir la puerta, me encuentro con ustedes, jovencitos; ahora, me pregunto: ¿qué tanto susurran que ni siquiera descansan, ni dejan descansar? Si no hacen silencio y no se duermen, me veré obligado a cambiarlos de cuarto.

—Casimiro, destapándose de las cobijas, le responde:

—No se preocupe, señor; seguiremos con nuestra charla mañana; váyase a descansar, que ya no molestaremos más. —El educador, con una voz muy seria, le responde:

—Eso espero, Casimiro; si no me obedecen, ya saben, ya están advertidos sobre las consecuencias. Por si acaso, voy a estar dando rondas por el pasillo y si les oigo una sola palabra más, vendré inmediatamente; los dos quedan advertidos. —El Educador sale del cuarto, apaga la luz y se retira. Próspero, obediente, se despide de mí y, con un suspiro de sueño, me dice:

—Que descanse, mi pana; mañana seguimos hablando. —Yo, con un bostezo, le digo:

—Así es; mañana seguiremos con esto. —Desde afuera, se oyen unas voces que dicen:

—¡Dejen dormir, hola!, o si no le avisamos al Educador. —A las seis de la mañana sonó la alarma para despertarnos; yo, con los ojos llenos de lagañas y un frío estremecedor, me levanto y veo a Próspero, que sigue dormido; lo muevo y le digo:

—Panita, levántese, que ya pasa por aquí el Educador y si lo ve dormido nos castigará y cumplirá su promesa de cambiarnos de cuarto. —Próspero, con el sueño encima y desvestiéndose, para bañarse, me dice:

—Casimiro, tuve un sueño muy raro; soñé con lo que me ha contado y me he imaginado a Modesto, un niño bien morocho, con ojos de lince y nariz de sapo y sus labios eran tan gruesos que, cuando se reía, su cara se transformaba en la de un payaso maldito. ¡Uff!, Casimiro, me ha dejado estupefacto; apenas tengamos algún tiempo, seguimos conversando. —Con nuestras toallas envueltas y el cuerpo casi desnudo, esperamos en la fila para ducharnos; mientras tanto, pasa el Educador y, mirándonos fijamente, va hasta donde nosotros y nos dice:

—Buenos días, muchachones; espero que hoy tengan la misma energía que anoche; apenas terminen de ducharse, los espero en la cancha para que me demuestren que no les afectó el desvelo que tuvieron. —Nosotros, mirándonos y con una leve sonrisa cómplice, hacemos un gesto de nerviosismo y aceptamos su orden. Luego, metido en la ducha, sentía cómo esa agua fría caía sobre mi cabeza y me amortiguaba el cerebro y cada una de las partes de mis huesos; pensaba en qué hubiera sido de mi vida si hubiera seguido en las calles, por esos caminos turbios y negros que han hecho de ella un verdadero infierno, sin ni siquiera tener un solo día de paz y armonía; ¡tal vez ya hubiera muerto!, aunque algo muerto me siento cuando en las noches, en mis sueños oscuros, veo pasar a toda esa gente a la que, por mi ambición, le hice daño; mi conciencia me remuerde y hace que yo deambule como alma en pena. Entonces, ¡pun, pun, pun!, golpean la puerta y alguien dice:

—¡Oye, movéte; acaso tenemos todo el día para esperar que te bañes! —Con voz de distraído, le respondo:

—¡Perdón, ya salgo! —Después, afanoso, me cambio y corro a la cancha, donde el Educador, Próspero y los demás me esperan. El Educador, con su voz de mando, nos dice:

—Bueno, queridos jóvenes, ¡a divertirnos se ha dicho! —y, con su pito, nos ordena que empecemos a calentar y que le demos a trote vivo cinco vueltas a la cancha; después, nos

divide en grupos de dos, para que sigamos haciendo la rutina de ejercicio; allí, Próspero se acerca y me dice:

—Casimiro, mientras el Educador está distraído, sígame contando qué pasó después de que se robaron las maletas.

—Después de haber estado hurtando por cuatro días las monedas y las maletas, nos arrestaron. Al estar, en una de las banquillas, contando desprevenidamente el dinero del tarro, llegaron algunos de los celadores y, con manos toscas, nos jalonearon bruscamente, hasta que nos llevaron a una oficina; al estar ahí, a Modesto le pidieron que mostrara las manos y a él, al ponerlas adelante, se las golpearon con un bolillo; yo, al mirar que sus ojos redondos lagrimeaban del dolor, me puse a llorar incesantemente y, entre lágrimas, le dije a ese hombre, que era tan alto como una jirafa:

—¡Ya, déjelo; no lo golpee más!, —y ese señor, fruncido, de corbata, que estaba en la silla sentado frente a unas pantallas, le dice:

—¡Ya, déjalo!; oigan bien, muchachitos; necesito que me den el número del teléfono de algún familiar para que venga urgentemente a recogerlos; de lo contrario, serán llevados y entregados a la custodia del Bienestar Familiar. —Próspero, con su rostro sudoroso y casi sin aliento, me pregunta:

—¿Su madre fue a buscarlo hasta Cuenca?

—Sí; apenas la llamaron, cogió un bus desde Guayaquil a Cuenca; ya, al estar ahí, su mirada parecía dispersarse entre la rabia y la ira. El señor le explicó los hechos y ella, con la cara enrojecida, se disculpó por mi comportamiento. Ya, al salir de la oficina, Modesto me mira con ojos de tristeza y, alzando la mano, me despido de él desde el umbral de la puerta; ¡ay, cómo olvidar la imagen de su rostro, que veía por última vez!; hasta el día de hoy me pregunto qué habrá sido de él. —Dirigiéndose a nosotros, el Educador nos dice:

—Hey, muchachos, necesito más concentración y menos charla. —Próspero le responde:

—Ya estamos terminando de entrenar, —y, en voz baja, me pregunta:

—¿Qué hizo su madre cuando llegaron a casa?

—Durante el viaje, mamá no pronuncio ninguna palabra; cuando llegamos a casa, agarró una correa, me castigó y me dijo:

—Casimiro, estoy tan decepcionada por lo que ha hecho, que ya no encuentro qué hacer; he hablado con mi amiga Betty y he decidido llevarlo a un Centro de Rehabilitación, para que dejes sus andanzas y sus vicios de la calle. —De modo que, al amanecer, me despertó el ruido aturdidor de la lluvia que golpeaba las tejas de zinc y, luego, mamá bruscamente me quitó las cobijas y con un grito me levantó:

—¡Se levanta ya! —Yo, con el sueño todavía pesado, me levanté, tomé una toalla y me fui a duchar; mientras me enjabonaba, oí una voz de una mujer que le decía:

—Josefina, ¿el niño ya está listo? —Mi madre, con la voz llorosa, le dijo:

— ¡Ay, Betty, cuánto extraño a mi hija, para que me hubiera ayudado con Casimiro que, por lo que veo, se me salió de las manos! Betty, ¡ya estoy vieja!; mi corazón está envuelto en llanto y ya ni siquiera puede soportar tanta angustia. —Al salir del baño, miro a la amiga de mamá, que estaba sentada en la mesa de la cocina y veo que ella me observa detenidamente de pies a cabeza; yo, disimuladamente, entro rápido al cuarto, me visto y salgo a la cocina para desayunar con mamá y la señora Betty. Entonces, mamá me dice:

—Alístese y ponga un poco de ropa en su maleta, que saldremos en unos minutos; yo, asombrado, tomando el café ardiente, que quemaba mi lengua y, luego, bajaba caliente por mi garganta y atragantándome con el pan, le respondo:

—Mamá, ya tengo lista la maleta, pero, por favor, piénselo bien; no quiero ir a ese lugar; yo le prometo que no volveré a disgustarla. —Con la mirada escarchosa de lágrimas, me dice:

—Casimiro, es por el bien de los dos; no quiero verlo después como un indigente, deambulando por las calles y pidiendo limosna. —El Educador, al terminar la rutina de ejercicios, ordenó que nos dirigiéramos, junto con los demás recluidos, al comedor, para desayunar. Ahí, nuevamente, miro los ojos de Yanaqué que, esta vez, parecían ojerosos y apagados y, con sus manos frágiles, servía los alimentos; cogiendo la bandeja, me arrimo a la ventanilla para recoger el desayuno y nuevamente le agradezco; su sonrisa estaba como perdida, tal vez debió haber tenido una mala noche. Haciendo un gesto con mi mano derecha, la llevo a mi boca y le mando un beso volado, para hacerla sonreír. En seguida, me dispongo a sentarme con la bandeja en las manos, para saborear la deliciosa avena de fresa; Próspero, con su boca llena de arroz, me dice:

—Sígame contando: ¿qué pasó cuando lo llevaron al Centro de Rehabilitación?

—Al subirme en el bus junto con mamá y Betty, presentía que no estaría bien en un lugar encerrado; una vez bajados del bus, llegamos a un garaje de puertas anchas y muros altos; con el miedo en las piernas, he tenido que entrar por un pasillo que estremecía mi piel; ahí se podía observar a unos muchachos mal vestidos y a otros acostados en cartones, como si se tratara de unos indigentes; realmente, ¡era horrible! No quería estar ahí.

Cuando llegamos a la oficina, nos atendió Jairo, un señor flaco, con bigote y arrugado; él era el director del Centro de Rehabilitación, que dijo:

—Buenos días; este es el Centro de Rehabilitación que tiene como fin reformar a jóvenes que se han sumergido en las drogas y se han vuelto rebeldes. En un año, entregamos a los muchachos más dóciles y totalmente desintoxicados; solamente tiene que firmar este contrato, donde usted, como mamá, se compromete a cumplir todas las reglas y estatutos que tiene la institución. —Mi mamá se sienta frente a una mesa, agarra el lapicero y traza

su nombre. Ese día supe que estaba destinado a estar solo, pues mamá había firmado el papel que garantizaba la llegada de mis sufrimientos. Al dejarme ahí, me dio un beso en las mejillas mojadas de lágrimas y, luego, la veo cómo se esfumaba en los pasillos, mientras sentía que mi corazón palpitaba a gran velocidad.

El señor Jairo me condujo por unas escaleras, afanoso de alojarme en un cuarto, cuando, de repente, al llegar a una puerta de madera, color verde, antigua, al empujarla levemente, veo que no había camillas, sino unas colchonetas estiradas sobre el suelo y, al fondo, observo a unos jóvenes que yacían estirados en unos cartones, lo que me causó mucho miedo; entonces, con esa voz de mandato, el director me dijo:

—Casimiro, de ahora en adelante dormiré en esta colchoneta, junto con los demás jóvenes. —Asombrado de ese lugar, pensé que no me quedaba más que amañarme; todas las miradas de los demás chicos se concentraron en mi presencia; yo apenas tenía 10 años de edad y los otros era unos muchachos mucho mayores. —Al mandarme a la boca una cucharada de arroz con huevo revuelto, me acordé de los alimentos que nos daban en el Centro de Rehabilitación, por lo que le digo a Próspero:

—¡Ay, qué delicia es comer estos alimentos preparados por Yanaqué!; si supiera qué pesadilla pasé en ese lugar, empezando por la alimentación. Recuerdo tanto que, en el desayuno, nos daban dos bananos podridos; en el almuerzo, solo nos daban sopa con pan y, en la cena, una colada. Y cuando nos daban carnes, pescado, pollo, eran pasados, pues como ya se vencían por unos días, los vendían a bajo precio. A algunos, que tenían algo de dinero, les servían buena comida.

—¿Cómo fue la primera semana en ese lugar?

—Me hubiera gustado nunca haber pisado ese lugar. Pensar en esos días me trae algo de rencor y de rabia, debido a que en ese sitio no había humanidad ni tampoco la supuesta Rehabilitación; todos vivíamos hacinados, echados en unas colchonetas delgadas y otros en cartones, envueltos en cobijas. Las noches eran más que oscuras, eran horribles, con el viento soplando por las ventanas, que hacía temblar nuestros cuerpos pálidos, estirados en el suelo; oía el zumbido de las abejas que volaban en los cultivos de las bananeras, que se hallaban a un lado del patio. Las voces de los recluidos que hablaban de bazuco, de perico, de acuchillar, etc., me hacían pensar en lo diabólicos que eran; algunos de sus rostros parecía que no tuvieran forma, por la cantidad de cicatrices que traían en sus mejillas, como, también, en sus manos, espalda y pecho; cuando se sacaban las camisas, me daba cuenta que sus cuerpos flacos traían líneas que se entrecruzaban unas con otras, como si formaran un mapa con puntos desperdigados sin una dirección definida.

La primera semana intenté volarme, pero los celadores me alcanzaron a coger; esa vez recibí mi primer castigo: me encerraron en una habitación oscura, por una semana, sin derecho a salir al patio; un domingo, mamá fue a visitarme y me llevó un delicioso almuerzo, que me había preparado. Al yo disponerme a almorzar en una mesa del comedor, apareció un grupo de muchachos que me arrebató la vianda de las manos, para repartirse la comida entre ellos.

—¿Y, entonces, qué hizo, Casimiro?

—En ese momento, lleno de rabia, me subí en la mesa y, bajándome los pantalones, me oriné en la comida que me habían quitado; esos, con ira, me cogieron y me empezaron a golpear hasta que me dejaron inmóvil; al enterarse, el director llamó a mamá, quien, en poco tiempo, fue llegando. Yo, con la cara y el cuerpo moreteado, le dije que me sacara de ese Centro de Rehabilitación, así que mamá, al ver que mi cara había quedado bastante maltratada, decidió sacarme de ese lugar; sin embargo, como el contrato que había firmado seguía vigente, no podía sacarme totalmente del Centro de Rehabilitación, de modo que convinieron en que me trasladaran, en Cuenca, a otro centro de Rehabilitación, que era para jóvenes que, por su propia voluntad, deseaban reivindicarse en la sociedad, pero tenía un alto costo para permanecer ahí. —Próspero, allí, me pregunta:

—Entonces, ¿su madre cómo hizo para internarlo en ese lugar?

—La amiga de mamá, Betty, le prestó el dinero para que me pudiera dejar interno en ese lugar. Mamá parecía que envejecía rápidamente; sus ojos opacos, hundidos, daban señales de sus preocupaciones; su voz resquebrajada daba a entender en la infelicidad en la que vivía por los problemas que le había causado. Ver su imagen me llevó a pensar que nunca volvería a ser como antes la había visto. Mamá, triste, llorando, en la puerta me abrazaba fuertemente, pues sabía que no iba a poder visitarme de seguido, debido a que este Centro le quedaba demasiado lejos. —Al oír la campanilla, volteamos nuestra miradas hacia la puerta y ahí estaba el Educador, quien dijo:

—Jovencitos, van terminando con el desayuno, pues, en cinco minutos, los espero en el aula de clases. —Al terminar con el último sorbo de avena, le sigo contando a Próspero:

—Al entrar en el nuevo Centro de Rehabilitación, mis ojos no podían creer lo que miraban; había un lago enorme, con unos patios; al ir un poco más allá, estaban unas canchas de fútbol, de baloncesto, de béisbol y, al fondo, había una piscina. Al dirigirme el vigilante a la sala, veo que había una mesa de billar y a unos señores fumando, ¡no lo podía creer! Al preguntarle al vigilante por todo eso, me dijo que solamente se les permitía que fumaran cigarrillos a los mayores, para que así calmaran sus ansias. Después, Don Héctor, un hombre alto, flacuchento, que aparentaba tener unos 45 años de edad, me recibió con cariño; sus ojos, que me revelaban humildad y nobleza, cuando me vio, dijo:

—¿Y este pequeño qué hace en este lugar? —Mi mamá le estrechó la mano y se le presentó:

—Buenas tardes, Don Héctor; así se llama usted, ¿cierto? Yo soy Faustina, la madre de Casimiro; he venido a dejar a mi hijo a este lugar, porque me han dicho que es totalmente diferente al otro Centro de Rehabilitación, donde estaba recluido Casimiro antes. —Don Héctor la miró y le respondió:

—Claro que sí, mi señora; al niño o al joven que lo traen a este sitio, lo hacemos sentir acogido y apreciado; creemos que esa es una de las mejores estrategias para que ellos dejen

sus vicios y se recuperen pronto, pues nuestro lema es: El amor sobrepasa toda dificultad; así que, doña Faustina, no se preocupe, porque su hijo queda en buenas manos. —Yo, al despedirme de mi madre, le doy un fuerte abrazo y le digo:

—Mamá, no llore; le prometo que me portaré bien; ¡llámeme y no se olvide de mí! — Mamá me respondió:

—¡Ay, Casimiro, lo voy a extrañar tanto, que me voy a ahorrar unos pesitos para venirlo a visitar; me voy tranquila porque ahora sé que va a estar mejor; le voy a pedir mucho a la Virgencita para que lo cuide y no lo desampare. —Don Héctor, que me esperaba en la puerta para llevarme a la habitación, me dijo:

—Vamos, Casimiro, para que se bañe y se aliste, pues debe estar en clase de música dentro de media hora. — Próspero, estar ahí, en ese lugar, me dio mucha felicidad; tenía todas las comodidades que un niño pudiera desear, ya no sufría de hambre ni de soledad; sentía, por primera vez, el cariño y la incondicionalidad de una familia; mamá iba a visitarme cada vez que podía, me llamaba y siempre estuvo pendiente de mí, hasta el día de hoy, que ya crecí; a pesar de mis andanzas, su amor ha sobrepasado toda decepción, para acompañarme en las buenas y en las malas.

—Casimiro, te llama el Educador.

—Dígame, señor:

—Casimiro, tienes una llamada. —Voy hasta la oficina, tomo el teléfono y contesto la llamada:

—Hola, mamá, ¿cómo ha estado? Deme la bendición. —Mamá, con su voz tierna, me responde:

—Dios lo bendiga, m' hijo; bien, no más; aquí, pensándolo mucho; lo llamo para decirle que este fin de semana se ponga bien chusco, porque le voy a ir a celebrar su cumpleaños.

—Con los ojos aguados, le respondo:

—¡Mamá, se acordó! Pensé que esa fecha ya había quedado en el olvido. —Mamá, oigo su tono de asombro, me dice:

—¿Cómo se le ocurre pensar eso Casimiro?, si es lo más valioso e importante que tengo en la vida. —Recuperándome de la sorpresa, le digo:

—Mamá, me pondré la mejor pinta que tengo aquí y la estaré esperando con los brazos abiertos para decirle cuánto la quiero.

—Bueno, m' hij; allá estaré. —Dejo el teléfono, me dirijo al salón de clases, entro al curso y veo a Próspero, voy y me siento a su lado, para oír la clase de Ciencias; al estar ahí, me pasa un papelito, en el que me decía:

—Casimiro, ¿qué quería el Educador? —Le respondo, en otro papel, en el que escribo, con mi letra chueca:

—Recibí una llamada de mi madre; me dijo que vendría a visitarme el domingo. —Le hago llegar el papel, que lee y me contesta:

—Me alegra mucho, por usted, panita. —En clase, el profesor nos manda a hacer una actividad fuera del aula; nos pide que consigamos un vaso desechable y adentro le pongamos algodón húmedo y dos semillas de frijol; con Próspero, nos afanamos para buscar a doña Yanaque, para que nos consiguiera el vaso y los fríjoles; mientras corríamos a buscarla, Próspero me dice:

—Sígame contando: ¿qué paso en ese lugar de palacio donde se encontraba?

—Don Héctor, un hombre extraordinario, se convirtió en mi apoyo incondicional, era un ejemplo a seguir; casi todo el tiempo la pasaba con él; me decía que me parecía mucho a su hijo muerto. Mis compañeros, de verme tan pequeño e indefenso, se encariñaron mucho conmigo; como era el más pequeño de todos, me consentían y me regalaban ropa; esos fueron unos momentos inolvidables, que jamás se borrarán de mi memoria.

Cuando cumplí cinco meses de estar en ese Centro, don Héctor me propuso que, si así lo deseaba, iba a adoptarme; me dijo que él me ayudaría a salir adelante y que me pondría a estudiar; muchas veces me encerré en mi habitación para pensar si aceptaba o no su oferta, pero, al mismo tiempo, pensaba en mi padre, en la falta que me hacía, pues, a pesar de todo, era el hombre que me había traído al mundo y solo con pensar que no lo volvería a ver, sentía que me llegaba un vacío en todo mi cuerpo. Por un tiempo, decidí callarme, mientras pensaba bien en la decisión que tomaría. Don Héctor, como siempre, con su amabilidad y cariño, estuvo en todos los momentos que me llegaba la tristeza, ¡cuánto deseaba que así hubiera sido mi padre! —Próspero, con su voz sedienta, de tanto correr, me dice:

—Tal vez, si se hubiera quedado con don Héctor, su vida sería otra, pero, dígame, ¿qué cara puso él cuando le dijo que no le aceptaba la propuesta? —Pasaron cuatro días, después de que Don Héctor me hiciera la propuesta; su rostro, de un hombre bueno, estaba ansioso por saber si me quedaría con él o no; yo lo observaba detenidamente y, abriendo la boca, le dije:

—Don Héctor, me siento muy afortunado por ser ese niño que le ayuda a calmar su tristeza por la pérdida de su hijo, pero he decidido marcharme, pues usted me ha recordado lo importante que es tener un padre y, realmente, yo extraño mucho al mío. —Él, con su mano izquierda, me acaricia el rostro y me dice:

—No se preocupe, Casimiro; respeto mucho la decisión, le tengo mucho aprecio y recuerde que siempre tendrá en mí un buen amigo, para ayudarlo en lo que necesite. —Próspero, ese día mi corazón estaba acongojado; lo único que hice fue abrazarlo con fuerza y decirle, desde el fondo de mi alma:

—¡Gracias; de las personas que conozco, usted es la mejor de todas! —Ansioso, llamé a mi madre, le pedí que me recogiera pronto, pues lo único que quería en ese momento era sentir de nuevo el calor humano de mi padre; mi madre, un poco extrañada por lo que oía, me dijo:

—No se preocupe, hijo; iré lo más pronto que pueda. —Entonces, una vez hechos todos los preparativos, tomamos un bus desde Cuenca hasta Tulcán y, después, tomamos otro desde Tulcán hasta Colombia. —Próspero, sorprendido, me dice:

—¡Casimiro, así que se vinieron para Colombia! —Le respondo:

—¡Sí, Próspero! De verdad que, de pronto, resulta que no me aguantaba las ganas de volver a ver a mi padre. — Próspero le replica:

—Lo entiendo, panita; estar lejos de la familia es muy duro, bien dicen por ahí que la sangre tira —y, un poco agitado por la carrera, añade:

—Mire, Casimiro, ahí está Yanaqué; vamos a alcanzarla.

—Señora Yanaqué, espere, espere. —Casimiro, con una voz ahogada por el efecto de la carrera, le dice a Próspero:

—Parece que la señora Yanaqué no nos oye. ¡Próspero, ahora que me acuerdo, ella no escucha! —Entonces, Doña Yanaqué voltea su cuerpo, por lo que con gestos de nuestro rostro, le hacemos unos gestos de saludarla; luego, le estrechamos sus manos y, en seguida, con el movimiento de nuestros dedos le hacemos entender que necesitamos de su ayuda; ella, con el gesto de su sonrisa, que quería murmurar, nos lleva hasta la auxiliar de cocina, doña Federica, quien nos atiende. Federica, quien lleva su delantal, unas botas plásticas, con gorro de tela, sus manos mojadas y algo hinchadas, nos dice:

—¿Que se les ofrece muchachos? — Próspero, cansado de tanto correr, le contesta:

—Háganos un grande favor: necesitamos que nos ayude a conseguir un vaso desechable y unos fríjoles. — Doña Federica le pregunta:

—Y eso, ¿para qué quieren ustedes un vaso y fríjoles? —Casimiro, con carita tierna, le dice:

—No sé; el profe de Ciencias nos mandó a conseguir eso; creo que nos va a enseñar a sembrar una plantica. —Doña Federica le dice:

—¡Aaah, ya!, uno como no estudió, ni sabe cómo será eso. Esperen un poco, voy a ver si hay lo que me piden. —Va a buscar y, luego, regresa y dice:

—Tomen, muchachos; aquí están el vaso y los fríjoles que me pidieron, pero antes descansen; les voy a pasar un refresquito para la sed. —Ella, al mostrar un amor de madre,

nos pasa los dos jugos y se sienta junto a nosotros, e inmediatamente recordé que esa mañana, cuando miré a Doña Yanaqué, vi que sus ojos estaban desconsolados y afligidos, por lo que yo, diplomáticamente, le pregunto:

—Doña Federica, ¿sabe usted qué le pasaba a la señora Yanaqué, pues esta mañana la observé y estaba muy triste? Desde que llegué a este lugar, es la primera vez que la vi así.
—Doña Federica me responde:

—¡Ay, m' hijo, eso son los problemas que nunca faltan! Imagínese que ayer recibió un oficio de un abogado, en el que le decía que el hijo mayor había hipotecado la casita que, con tanto esfuerzo, ella y el esposo, que descansan en paz, habían construido; eso le ha dolido hasta el alma y lo peor de todo es que me dijo ella que no tiene plata para pagar la hipoteca y así poder recuperarla. —Prospero la escucha detenidamente y le dice:

—Dígale a la señora Yanaqué que no se preocupe; que si sigue así, en ese estado, se puede enfermar; además, dígame que yo tengo un amigo, que es abogado; que si ella quiere, lo llamo y le contamos su caso, a ver qué dice de la casa y quién quita que la recupere cuando ella menos lo piense. — Doña Federica, al retirar los vasos de la mesa, le dice:

—Dios lo bendiga, m' hijo; gracias por todo; se lo diré a la señora Yanaqué. —Casimiro, con voz de preocupación, dice:

—Próspero, apúrese, que el profe de Ciencias nos debe estar buscando. —Llegamos corriendo al curso; el profe estaba explicando qué debíamos hacer con el vaso, los fríjoles y un pedazo de algodón: que debíamos poner en el vaso el algodón húmedo y las dos semillas de fríjol; como el trabajo era en grupo, teníamos que poner un vaso en una caja de zapatos, otro vaso en una caja, pero debía estar llena de agujeros, y otro vaso dejarlo al aire libre y, al cabo de cinco semanas, exponerles a los compañeros qué cambios tuvo cada vaso. Al salir al receso, Próspero me dice:

—Sígame contando: ¿cuántos años tenía cuando volvió con su padre?

—En ese entonces, ya tenía 14 años de edad; apenas logré dormir al viajar en el bus, en espera de ver a papá; mi espíritu se inundaba de recuerdos tristes y felices en las desventuras de mi vida. En la tarde, cuando ya me acercaba a casa, desde lejos pude ver a papá en las mesas de la tienda ubicada en la esquina; silenciosamente, llegué y lo abracé por la espalda, esperando que se sorprendiera al verme, pero él, con un gesto brusco, alzó la mano y me dio un apretujón y en seguida siguió charlando con sus amigos, con quienes compartía una caja de cerveza; yo, con algunas lágrimas, vertidas por la forma en que me había recibido, me retiré del lugar, cabizbajo. En casa, estaba mi madrastra y mi hermano, que tampoco se alegraron de mi llegada, así que, al encerrarme en mi antiguo cuarto, me he refundido en las cobijas y he desahogado mis infortunios, que seguían opacando mi niñez.

Después de varios días de estar allí, empecé a extrañar a mamá, pues las cosas en casa con papá no habían cambiado, la situación seguía siendo la misma; él iba y volvía de los viajes, siempre permanecía en la tienda o en los bares para embriagarse, así que, como de nuevo

me estaba sintiendo solo, una mañana, al estar fuera de casa, sentado, contemplando la belleza de la naturaleza y el aroma que me llegaba, traje a mis evocaciones los pomposos vestidos de mamá, creí ver su imagen, que se formaba en algunas de las nubes del cielo. De repente, en la lejanía, me pareció que vi venir al Moquillo, un amigo de la infancia, con quien jugábamos en la plaza; al acercarse más, nos miramos fijamente y él, gritándome, me dice:

—¡Casimiro! ¡Casimiro! ¡Casimiro!, ¡cuánto tiempo sin verte! —Entonces, corrimos y nos dimos un abrazo, pues por fin sentía que alguien se alegraba de volver a verme; luego, sonriendo levemente, le dije:

—¡Qué gusto volver a verte, Moquillo, —y él, con sus mejillas quemadas por el sol, me dice:

—Ven, vamos, te invito a tomar una gaseosa, ¿te parece? —Respondiéndole, le digo:

—Claro, vamos. —Ya, cuando empecé a andar con Moquillo, un niño de 14 años, con sus ojos opacos, nariz puntiaguda, cejas pobladas, pelo liso y cuerpo flaco, con las características de un bandido de la calle, fue en ese entonces la persona que me sacó de la soledad y el desdén. Así, todo parecía ir bien, pero un mes de agosto me propuso un plan peligroso y, a la vez, ambicioso: me dijo que en la finca de los Pancracios, donde se importaba, en las turbos, toneladas de queso, había mucha plata; que él ya tenía pisteadado el lugar, y añadió:

—Unos metros antes de la entrada a la finca, vos me esperas en la moto; disimuladamente, te bajas, haciéndote el que va a orinar y echando ojo hasta que vuelva y, entonces, arrancas. Mira que ya he estado planeando esto hace rato; es realmente fácil, pues las turbos siempre van llegando a las nueve de la mañana; el señor que registra el dinero lo deja en el cuarto de tabla y sale a entregar el pedido; en ese momento nadie suele estar ahí. ¡Tú saldrías ganando con esta vuelta! —me dijo, eufórico, con su cara encendida y sus mejillas tostadas.

Al volver a casa, papá parecía que se enfurecía con mi presencia; su carácter me enojaba; nunca hubo un día que lo mirara contento conmigo o que me demostrara su afecto; eso hizo que me apegara más a Moquillo; pensé muchas veces en irme de casa, pero, sin dinero, era imposible, así que decidí aceptar su propuesta. Aquella mañana de agosto, unos días después de que habíamos hablado de lo acordado, Moquillo empieza a enseñarme el manejo de la moto, lo que en dos semanas aprendí perfectamente.

Ya, al ser hora de ejecutar el plan, salí de casa con mi bolso y fui a reunirme con Moquillo, nos saludamos y, al subirme en la moto, aceleró hasta llegar a unos metros de la finca. Al estar ahí, nos bajamos, disimuladamente, entre los árboles y el zumbido de las abejas, no encontramos a nadie, lo que hubiese dado para cancelar lo acometido; él, sagazmente, cogió un camino entre las ramas hasta llegar a la finca; por mi parte, echando ojo al lugar solitario, me quedé esperándolo; no pasaron ni diez minutos y veo que Moquillo se acercaba, apresurado, con el bolso entre sus manos; yo corro, me subo a la moto, Moquillo detrás y, acelerando, nos hemos fugado del lugar. Al estar lejos, muy lejos de ahí, metidos

en unos matorrales, en una loma, abrimos el bolso y contamos como 20 millones; de ahí, nos repartimos; felices, sonreíamos en la sombra del atardecer, tirados en el suelo; sacamos y nos soplamos un cigarrillo de marihuana y nos quedamos hasta la noche, cuando el sol ya se oculta entre las nubes, así que nos hemos levantado, con nuestros cuerpos mareados y riendo tontamente.

Al subirnos en la moto, Moquillo aceleró bruscamente y arrasaba con todo lo que se encontraba en el camino, para, un tiempo después, dejarme en la plaza, desde donde me fui caminando hasta la casa. A la mañana siguiente, papá llegó de un viaje y, con la cara fruncida, alzó la cabeza, me saludó y se fue nuevamente a la tienda; mientras, me quedé en el cuarto contando el dinero y, un tiempo después, oí a lo lejos que papá llegaba y, al cerrar, tiraba la puerta de la casa; en esas, guardo rápidamente el dinero, él entra y me zangolotea y, entre palabras y palabras, me dice que en la cuadra andaba el chisme de que yo y el Moquillo habíamos robado plata en la finca de los Pancracios.

Mirando a la cancha fijamente, me quedo en silencio y recuerdo aquel episodio que me hizo tomar la decisión de marcharme. — Próspero, que esperaba que siguiera con la historia, me dice:

—¿Qué pasó después? —Ese día, papá me dijo:

—Casimiro, eres un malparido, que no sirves para nada; siempre has traído problemas; muy bien estábamos aquí, hasta que llegaste. No veo la hora que te crezcas y te vayas al batallón. —Yo, estaba atónito por sus palabras, que herían mi corazón, así que, gritando, le dije:

—Bien parido sí soy; haga el favor y me respeta, señor, y sepa que me voy de esta casa, me largo —entre otras palabras groseras, que no quiero recordar. Alan se sacó la correa y se me acerca para golpearme, de modo que me fui, arrimándome a la pared, saqué un cuchillo que tenía en el pantalón y le dije:

—Véngase y aquí nos damos. —Al ver mi hermano esta situación, se abalanzó sobre mí para pegarme; yo me escabullí rápidamente y salí del cuarto con el bolso del dinero, abrí la puerta de afuera de la casa, pero me alcanzaron y, ya al estar en la calle, una vía destapada, cogieron algunas piedras y me las empezaron a lanzar; yo, algo golpeado, me afané a correr y a alejarme lo más pronto posible. Los vecinos nos quedaban mirando, admirados de lo que estaba pasando.

Desde ese día, Moquillo y yo fuimos más unidos; ya, al olvidar lo sucedido, me fui a un bar con él y otros amigos, bebiendo y bebiendo conocí a mi exnovia Yurasni, que en ese entonces tenía 16 años de edad, mayor para mí con dos años; ella, con sus ojos orlados de generosas pestañas, humedecidas al sonreír a mi primera expresión afectuosa, encendido su rostro cuando mis ojos la veían, sentado con Moquillo, en la mesa del bar, Yurasni ocultaba tenazmente sus ojos, allí pude admirar su hermosura y aquellos labios rojos húmedos; desde esa vez que nos vimos, nos fuimos gustando.

Salíamos todos los días a bailar, tomar, fumar y en ocasiones íbamos a cine. Ya, al estar de novios dos meses, decidió irse a vivir conmigo, en la Residencia Calipso, donde vivía hacía un buen tiempo; ahí, juntos, nos desnudamos al albor de una noche oscurecida, que adormecía los sentidos con el placer de la libido, que apasiona los cuerpos entre las sábanas: ¡era la primera vez que estaba con una mujer! Esos días al lado de ella fueron maravillosos; transcurridos tres meses, el dinero ya se acababa y, de repente, ocurre que a Yurasni no le llegaba la regla; fue algo espantoso, pues teníamos que enfrentar un embarazo que se venía encima, pero como aún yo siendo un niño y ella siendo una adolescente, nos refundimos en una serie de problemas que acabaron con la separación; apenas duramos cuatro meses viviendo juntos. —Al oír, a lo lejos, la campanilla, sabíamos que era la hora de entrar, así que, caminando por los pasillos, nos dirigimos otra vez a clase y Próspero me pregunta:

—¿Qué pasó con el bebé?

—Cuando dimos por terminada la relación, ella se fue nuevamente donde su madre; yo, sin preocupación, seguí en mis andanzas; como andaba sin dinero, decidí irme con Moquillo, pues él siempre andaba con dinero; fue, entonces, cuando nos fuimos a robar al centro, lugar de comercio; ahí nos camuflábamos entre la gente, para jalarles los bolsos, pero antes de hacer el hurto analizábamos a la persona que podría llevar dinero. Entre esos robos, nos hicimos mucha plata, de ahí que decidimos comprarnos una pistola, para cuidarnos; Moquillo, como tenía conocidos que vendían este tipo de armas, fuimos y nos vendieron una pistola, en 700.000, a la que se añadieron dos proveedores.

Ya, en ese camino de perdición, empezamos a tener enemigos, pues muchas veces nos fuimos a robar en sitios que les pertenecían a otras bandas, y Moquillo siempre se exasperaba. Una vez, al estar en un bar, tomando, fumando cripi e inhalando perico, Moquillo se alteró con un chino que no le caía bien, no sé por qué pero los dos se odiaban a morir; fue, entonces, cuando se empezaron a dar golpes y, entre esto, yo, por defender a Moquillo, me metí y los otros amigos del chino se metieron también; así, al ver él qué tropel, Moquillo, que andaba llevando la pistola, le pegó un disparo en el pecho, por lo que corrimos, nos montamos en la moto y nos fuimos.

Una vez montados en la moto, íbamos por un camino pedregoso a fumar hierba en una zona montañosa; todo iba bien hasta que sentimos que nos seguían; a lo lejos, pudimos ver a dos manes en una moto: el de atrás sacó el arma y empezó a disparar, nosotros aceleramos rápidamente; yo iba como conductor y Moquillo iba atrás, una bala le rozó el brazo y él cayó de la moto; yo seguí manejando hasta que me escabullí del sitio. En el momento en que observé que ya se habían ido, fui a ver a mi amigo; por un momento pensé que lo habían matado, mi corazón palpitaba velozmente; al acercarme a los matorrales, pude observar que él estaba vivo, lo ayudé a moverse, lo subí a la moto y marchamos hasta un hospital; ahí lo curaron y, en cuanto se recuperó, decidimos irnos a Florencia, pues ya se estaban poniendo calientes las cosas. —Al entrar a clase y ubicarnos en los puestos de atrás, Próspero me dice:

—¿Qué hicieron en Florencia?

—Llegamos en una tarde extremadamente calurosa; era a principios de septiembre, cuando nos alojamos en una residencia, que quedaba en un callejón habitado de gente maloliente; el cuartucho quedaba bajo el tejado del edificio, era realmente reducido; en ocasiones, se iba el agua. En la habitación de al lado, vivía El Mueco, un flacuchento con los pómulos hundidos, sus pocos dientes eran amarillentos, su cabeza no tenía ningún pelo; era un hombre esquelético, que se había habituado a vivir encerrado en sí mismo y aislado. Con Moquillo, lo hicimos nuestro amigo; al estar los tres de compinches, comenzamos nuestras andanzas.

Un día, al habernos propuesto robar, nos ubicamos en el centro, donde había almacenes, cafeterías, heladerías, bancos, sastres, cerrajeros, prostitutas, etc.; la gente iba y venía con sus bolsas de compras y sus carteras de correas; al ambicionar el dinero, nos abalanzábamos a las pertenencias de mujeres solitarias, que caminaban por ahí, extravagantes. Esas tardes calurosas nos las ingeniábamos para obtener el dinero; las plazas eran los puntos clave para observar detenidamente a las presas que, sin darse cuenta, eran fichadas por los ojos hundidos de Moquillo, quien nos daba la señal con su chiflido; El Mueco y yo íbamos siguiendo los pasos de las personas escogidas, para ejecutar el robo. Al ya no conformarnos con los robos en las calles, nos reuníamos en el cuarto reducido, para planear unos robos más grandes. Un buen día, Moquillo, con los ojos brillantes, dijo:

—Es hora de hacer algo nuevo: empezaremos robando las casas y apartamentos que estén solos; tenemos que ir a los barrios que frecuenta la gente de plata, pues así nos aseguraremos que no perdamos el tiempo en cosas viejas. El Mueco, con su rostro maquiavélico, dijo:

—Estoy de acuerdo; sin embargo, debemos tener un Plan B si, en el momento que estemos en la casa, llega alguna persona; tenemos que amordazarla, antes que grite o haga escándalo; es por ello que tenemos que andar con las armas en mano. —Esa noche pude grabar en mi memoria cada detalle de las miradas pícaras de mis amigos. Ya compaginados en el nuevo plan, nos hemos ido al barrio El Madrigal, un lugar tranquilo, con un parque que visitaban las parejas de enamorados; nosotros, bien vestidos, con buena apariencia, nos sentábamos en las bancas para observar las casas de los alrededores, hasta que, al llegar a un punto fijo, observamos una casa que tenía las paredes revestidas de papel amarillo, cortinas de muselina pendían ante sus ventanas, adornadas con macetas de geranios; el sol poniente iluminaba la sala; luego, pudimos ver que el suelo era de madera clara; los muebles se componían de un sofá enorme y, al lado, una mesa ovalada, que tenía un gran frutero, con unos cuadros de Jesús, que colgaban de las paredes. ¡Era una casa hermosa! Con esos pensamientos de bandidos, de inmediato supimos que esa era la elegida, pues en la mañana y en la tarde allí solo permanecía una mujer, seca, de unos 50 años, quien era la encargada de la cocina. Después de varios días, decidimos entrar, pero, antes, contratamos el camión de un viejo gordo, contrabandista, un hombre de mala calaña. Era una tarde en la que el sol se escondía entre las nubes blancas; cuando la mujer abrió la puerta, nosotros, al entrar bruscamente, la empujamos y la hicimos que se golpeará la cabeza contra el piso; eso fue un caos, pues la sangre corría sobre la madera clara; una vez la amordazamos, afanosos, nos dimos a la tarea: cargamos la nevera, el microondas, unas joyas, un portátil y varias porcelanas finas, entre otros objetos. La calle estaba solitaria y nosotros, una vez

terminamos, nos montamos al camión y nos fuimos. ¡Eso, Próspero ese fue mi primer robo en una casa!; de ahí seguimos y seguimos entrando y robando en las casas. —Acercándose Próspero lentamente a mí oído, me dice:

—¿La mujer murió o vivió?

—¡Ay!, no lo sé, pues la dejamos tirada en el suelo; de pronto ya está muerta; en ese momento me daba igual, pero ahora me arrepiento infinitas veces del mal que le he hecho a la gente. —Al terminar la clase de castellano, nos levantamos de los puestos para dirigirnos al comedor. El Educador, con su voz de orden, toca la campanilla y se dirige a la profe, quien está guardando los marcadores; ella, sonriente, lo saluda con un beso en la mejilla, a él parece gustarle, pero, al voltear sus ojos hacia los nuestros, nos dice:

—A ver, muchachos, ya tienen que ir al comedor; solo tienen 20 minutos para almorzar, así que vayan saliendo. —Al caminar en los pasillos, Próspero me mira el brazo izquierdo y me dice:

—Cuénteme la historia de esa cicatriz.

—Después de haber hecho muchos robos en Florencia, viajamos a Cali a seguir delinquiendo; allí, Moquillo conocía a un amigo, un moreno, quien, solo con verlo, daba la impresión de que era un maleante. Nuevamente alquilamos una habitación en una residencia, Cielo Azul; ahí planeábamos los robos: empezamos a ir a iglesias de los barrios de ricos; ahí entrábamos y, hechos los que rezábamos, al sentarnos detrás de la banca de las viejitas, quienes llevaban carteras y las asentaban en sus puestos, aprovechábamos cuando se paraban, en el momento que el padre alzaba sus manos para alabar a Dios.

Al mirar que no sacábamos buen dinero en esos robos, decidimos en robar nuevamente en casas; un día, ya siendo las seis de la tarde, nos entramos a una casa que permanecía siempre sola, pues sus dos dueños trabajaban; al entrar, con una llave maestra abrimos la puerta y robamos muchos objetos de valor; yo, al querer desocupar toda la casa, intenté llevarme la nevera grande, de dos puertas, cuando, de improvviso, llega el dueño de la casa y me coge *in flagranti*; lo miro a los ojos y él, que se había armado, me acierta un machetazo en la mano; pude mirar la carne descolgada, fue un momento espantoso; mi sangre salía a borbotones y caía hasta el suelo y él seguía lanzando golpes con su machete; yo apenas lo podía esquivar, empecé a tirar varios objetos que estaban a mi alrededor y, en un momento, no supe cómo pero logré salir de la casa; Moquillo me esperaba en el camión, en cuestión de segundos me logré subir y, acelerando, nos escabullimos del lugar.

Al desangrarme, pude sentir como mi cabeza daba vueltas, el mareo se apoderaba de mí ser, una parte de mi cuerpo sentía que se me estaba enfriando; mi brazo estaba completamente sangrado; Moquillo, en su afán de salvarme, manejaba desesperadamente; así, llegamos y paramos en el Hospital San Benito y las enfermeras, de ver el chorro de sangre que salía de mi brazo, me subieron a una camilla y me metieron en minutos al quirófano y me salvaron la vida. Entredormido, en uno de los cuartos del hospital y, al ver a Moquillo a mi lado, pude sentir su incondicionalidad hacia mí; como diríamos en el bajo mundo: ese sí era un

¡buen parcero! Estuve hospitalizado casi por dos semanas; en ese tiempo, pensé por un instante en mi vida y tuve miedo, porque pensé que la había perdido.

Al cabo de dos meses, me recuperé de las secuelas que me había dejado aquel hurto y, con Moquillo, planeamos un nuevo delito, pues nuestros ahorros ya se habían terminado; desesperados, por la avaricia que nos carcomía, pisteamos un apartamento en el norte de la ciudad; era el Apartamento 505, de una doctora llamada Anabel, que era la mujer que me había operado. —Al hacer la fila para recibir el almuerzo, al ver que Doña Yanaqué no estaba en la ventanilla, le preguntamos a doña Federica el por qué no estaba y ella, muy amable, nos dice:

—Doña Yanaqué pidió permiso al director, porque se sentía indispuesta; dijo que tenía un fuerte dolor de cabeza por los problemas que la abruman. —Nosotros, con cara de preocupación, nos sentamos en la mesa y, al saborear el rico almuerzo que había preparado la señora Federica, Próspero me pregunta:

—¿Fueron capaces de ir a atracar a la mujer que le salvó la vida? —Con un nudo en la garganta, le respondo:

—No sabía que ella fuera nuestra víctima; me vine a enterar de eso cuando las cosas ya estaban en el camión; de ahí me di cuenta del mal que yo le estaba haciendo a gente por lo que, después de que nos repartimos el dinero de ese robo, decidí alejarme de Moquillo y volver a casa, con mi madre, quien ahora se encontraba viviendo en San Vicente del Caguán; ella, con su inmenso amor, me recibió dichosa de la decisión que había tomado.

Al tratar de restaurar mi vida, busque un empleo en un taller de automotriz, donde me desempeñaba lijando carros; era la primera vez que trabajaba dignamente; todas las noches compraba mi cigarrillo en la tienda esquinera de Doña Paula; ahí me atendía una joven muy bella, con sus ojos azules claros, nariz finita, cejas pobladas, labios rosados, tez blanca, cabello largo rizado, cintura delgada, era la mujer más bella que habían observado mis ojos; empecé a visitarla frecuentemente, hasta que le propuse que fuera mi novia; fue el día más feliz de mi vida cuando ella abrió sus labios para decirme el sí, que ahora último tanto había esperado; así, María de los Ángeles, que así se llamaba, se convirtió en mi confidente; después de tres meses, mi cuerpo se unió al suyo y, muy enamorados, quedamos dichosos en esa cama, que fue testigo de la consumación de nuestro gran amor. Ahora todo iba bien, hasta el día que me llegó una carta, en donde me citaban para que me presentara en el Juzgado Tercero; allí debía presentarme el día 15 de septiembre del 2014. Ahí, Próspero, hasta ahí me llegó mi dicha; recuerda a Anabel, la doctora que me había operado; pues ella me había reconocido, pues el robo había quedado grabado en una de las cámaras que estaban fijadas en aquella edificación y, al hacerlo, me había demandado por hurto agravado. —Próspero, con una tajada de plátano entre sus dientes, me dice:

—Solo por eso lo trajeron hasta este lugar. —Yo, con el plato ya vacío y los ojos agachados, suspiro y le respondo:

—Ese en uno de los tantos delitos que cometí, pero esos otros van a quedarse guardados en mi memoria para siempre. —Próspero, asombrado, pregunta:

—¿A quién tanto le ha hecho daño, Casimiro? —Balbuceando, le respondo:

—Seguro, a más de 30 personas; realmente, perdí la cuenta, pero es un tema que no quiero hablarlo, ni recordarlo, porque, desde que decidí cambiar de vida, quise sepultar esos episodios que marcaron con esa huella horrible mi existencia. Por ahora, puedo decir que, a pesar de todo lo malo que he hecho, tengo la suerte de que María de los Ángeles me ha hecho el hombre más feliz, pues me ha dado un hijo, que ha traído a mi vida algo de la paz que tanto anhelaba mi corazón. —Entonces, el Educador, con su campanilla, pasa por las mesas y nos dice:

—Bueno, muchachos, no olviden que los espero en cinco minutos en el taller de ebanistería.

Amigos



Tras estar encerrado en un Reformatorio, salgo nuevamente a libertad, una libertad de la que me privaron por un hurto que jamás había cometido; suena bastante ridículo, pero así fue. Todo comenzó después de la inesperada muerte de mi padre, asesinado en un callejón a manos de unos maleantes, que lo atajaron para despojarlo de sus pertenencias; en un hecho de forcejeo, sacaron un arma blanca cortopunzante y se la clavaron en el pecho; en minutos, la herida le causó un paro cardíaco, que lo llevaría hasta la muerte. Todo esto ocurrió cuando yo tenía catorce años de edad; recordar el féretro es bastante triste; el rostro de mamá se había desencajado en los días que siguieron; no parecía ser la misma persona que papá había conocido, su alegría se transformó en amargura; todos los días utilizaba un vestido negro y una camándula en su pecho; en el día no hacía más que rezar el Ave María. Parecía que la muerte de papá se hubiese llevado parte de ella; un matrimonio armonioso y duradero, que se había destruido, era el quebranto que la llevaba a sus lágrimas, las que sollozaba en su habitación, al mirar el álbum en que aparecía con su difunto esposo; yo, Dámaso, le decía siempre:

—Hey, madre, ya deja de mirar esas fotos, que eso no te sienta bien. —Ella, con la mirada perdida tras los ventanales, insistía en tratar de retener el tiempo en el hombre que la había hecho feliz. Rocío, mi hermana, y yo tratábamos de sobrepasar esos días difíciles. En la calle, siempre estábamos jugando con amigos del barrio, que eran de nuestra misma edad y que, por diferentes situaciones, también se sentían olvidados de sus familias. El barrio tenía unos callejones de arriba abajo, eran como laderas; en las noches, se oía a muchachos discutiendo y hasta, en ocasiones, se herían, por eso las luces de las patrullas y la alarma nos levantaban; mirábamos, tras las ventanas, ambulancias que llegaban a recoger a heridos o, a veces, el CTI a hacer levantamiento de cadáveres; todo el mundo sabía que había bandas que tenían diferencias con las otras de los barrios aledaños, entre esos grupos existían conflictos por vender estupefacientes en la zona. Tras la muerte de papá, mamá no tenía mayor cuidado con nosotros, así que, cuando fuimos creciendo, nos sumergimos a las andanzas de la calle.

Rocío, con apenas 16 años de edad, quedó en embarazo de El Mueco, un joven que era muy conocido en el sitio por ser quien distribuía drogas. Él no quiso hacerse cargo de la criatura, así que se alejó totalmente de mi hermana. Cuando nació el bebé, Rocío se deprimió tanto que una vez intentó quitarse la vida, se tomó unas cuantas pastillas. Yo la encontré tirada en la pieza, botando espuma de su boca; por llevarla rápido al médico, la pudieron salvar; desde ese día, mamá se sacudió y empezó a cuidar de mí, de ella y mi sobrino; ahora son muy unidas.

Por mi parte, seguí en mis andanzas con “mis amigos”; permanecíamos en la casa de El Mono; él era el mayor de todos, tenía 34 años de edad, vivía solo; como la casa era bien grande, al fondo, en un pieza se hacían varias fiestas, como las llamadas “piñaticas”, en las que se cobraba la entrada a 3000 pesos; El Mono aprovechaba para vender drogas a los chicos, quienes siempre llevaban plata; estas fiestas eran desde las siete de la noche hasta

las doce. Me acuerdo tanto que una amiga, llamada Astrid, una ponquera, siempre asistía con su novio; ellos no bailaban, sino que solo iban a consumir licor y drogas; ella era amable, muy sonriente y, sobre todo, linda.

Un sábado se convocó nuevamente a la “piñatica”, por medio de las redes sociales, como siempre se hacía; todos fueron llegando; entre tanta gente, miré a Astrid, que llegaba sin su novio; me acerqué a preguntarle el por qué estaba sola; ella, muy acongojada, me comentó que estaba en embarazo y que él, enfurecido, la había dejado; yo trataba de consolarla. En un momento, fui a arreglar el sonido, que se había dañado, y cuando regresé, ella ya no estaba; la busqué por todo el lugar y, así, al preguntarle al Mono, le dije:

—Mono, ¿sabe dónde se fue Astrid? —Él, todo ocupado, vendiendo licor, me dijo:

—Compró heroína y se fue. —Le dije:

—No le hubiera vendido, ella está en embarazo. —Él, sorprendido, me dice:

—Viejo, no lo sabía. —Como no sabíamos dónde vivía, nos quedamos esperando a que asistiera a la próxima fiesta, pero eso nunca sucedió, pues, al cabo de unos días, llegamos a enterarnos que había muerto de una sobredosis de heroína de la misma que le había vendido El Mono. Ahí mismo, la policía hizo la investigación de quién le había vendido la droga y, así, llegaron al negocio escondido de El Mono; fue ahí cuando lo cerraron, por ser ilegal y por vender estupefacientes; lo acusaron, lo juzgaron y lo condenaron a ocho años de cárcel.

Ese fue un episodio triste; después de lo ocurrido, El Galleta, un amigo de El Mono, empezó a distribuir la droga; yo solamente lo acompañaba, no ganaba ningún dinero y, como me aburría en casa, prefería estar con El Galleta; no duró mucho tiempo, solo hasta que el jefe de la banda “Los Chuecos” lo mandó a amenazar, por estar en su zona. Debido al miedo de su amenaza, yo no pude acompañarlo más; tras varios días, se encontró el cuerpo de El Galleta, en una loma, muerto. La policía hizo la debida investigación, pero no había testigos de los hechos, pues, así hubieran mirado el asesinato, nadie decía nada, por el temor que les causaban los pandilleros.

Mamá siempre me decía que dejara mis andanzas, pero nunca le hice caso; yo me sentía mejor en la calle que en casa. Pasados unos días de la muerte de El Galleta, parecía que el recuerdo se había esfumado tras su entierro; ni su madre derramó lágrimas, porque ella decía:

—Es mejor que se haya muerto a que ande haciendo daños a las demás personas. —Y añadía—: Él mismo se cavó su propia tumba.

Era difícil poder entender las palabras de su madre; a su entierro casi nadie asistió, solamente unos diez amigos y algunos vecinos cercanos a ella. Yo lo miraba tras la ventana del féretro; estaba totalmente morado, sus labios resecos, sus pómulos hundidos; en su nariz tenía algodón y, en sus oídos; me recordó la muerte de papá y eso fue lo que más me entristeció.

A pesar de los hechos que pasaban ante mis ojos, no quería entender que las malas juntas me llevarían a la privación de mi libertad; tras los hechos de las dos muertes, nada en mí había cambiado; siempre estaba metido en fiestas, tomando y fumando, hasta que una vez, de noche, sentados en un callejón de una tienda, se acercaron cuatro muchachos, trabados, a pedirnos dinero. Uno de ellos era El Orejón, que se enoja y saca un cuchillo y lo entierra en una pierna; los amigos del agredido se enfurecen y sacan un machete, todo se convierte en un lío; al ver lo que ocurría, yo trato de correr; al voltear una esquina, uno de ellos me alcanza y me hiere; al tratar de defenderme, de nuevo emprendo la huida, hasta que pude escabullirme entre los callejones y llegar a casa. Mamá, preocupada, me lleva a un Centro de Salud, donde me cogieron puntos en el costado de la espalda; por suerte, no tuve ningún órgano involucrado. Al estar en esa situación, traté de entender lo que me podía pasar si seguía con ellos. En un intento de cambiar de vida, le dije a mamá:

—Mamá, quiero volver a estudiar para terminar el bachillerato; quiero tener mi tiempo ocupado en otras cosas. —Ella, mirándome a los ojos, con una sonrisa, me dice:

—Me siento muy contenta al oírte decir esto; mañana mismo le busco un cupo en un colegio por ciclos, para que termine rápido sus estudios. —Así fue; en un mes, ya me encontraba estudiando en las noches y, por las mañanas, me conseguí un trabajo en un taller mecánico; en ese sitio, me ponían a lijar carros y, de pasada, me iban enseñando cómo arreglarlos. El señor Jerónimo era muy bueno conmigo, siempre atento. Un día fue llegando El Orejón a decirme:

—Hola, Dámaso, ¡qué milagro! Te vengo a invitar a un partido de fútbol, ¿a que te le mides? —Yo, sin dudarle, le digo:

—Está bien, ¿cuándo es? —Él, medio sonriendo, me dice:

—Jugamos los sábados y domingos, a las 8 de la noche, en la cancha de la loma; ahí nos vemos —y, despidiéndose, se va del lugar.

Ya, al ser sábado, asistí al partido; todo fue divertido, pero, ya al terminar el juego, ellos van sacando de sus mochilas el licor y cigarrillos y, en esta forma, envuelto nuevamente por los vicios, me dejé llevar de ellos. Así que, sin falta, todos los sábados y domingos me iba a tomar. Mamá, enojada y angustiada, siempre me esperaba en el sofá de la sala; cuando llegaba, a las tres de la mañana, ella me abría la puerta y me regañaba.

A pesar de toda esta situación me iba bien en las clases; no ocupaba los primeros puestos, pero pasaba las materias, que era lo que realmente me importaba; cuando estaba en el Ciclo 6, presenté el Icfes y, al terminar las pruebas, mis amigos y yo, fuimos al *After Icfes*, una fiesta que se hace después de las pruebas; ya, habiendo comprado las boletas, nos encontramos en el salón del evento; pasadas las 12 de la noche, los organizadores empezaron a sacar a la gente; nosotros nos quedamos afuera del sitio y, en esos momentos, El Orejón vio a un muchacho solo, con un celular entre sus manos, una chaqueta de cuero, dinero en su bolsillo, va, lo sigue y, junto con los demás que lo acompañaban, le quitaron

sus pertenencias; en esas, él, asustado, comenzó a gritar; unos policías, que estaban en los alrededores, se acercaron y, al verme que estaba a un metro del atracado, le preguntaron:

—¿Él es el ladrón? —Y él les contestó:

—Sí, él fue quién me quitó el celular. —Yo, pasmado de temor y de sorpresa, me quedé callado, así que la policía arremetió contra mí y empezaron a darme unos golpes fuertes. Me detuvieron hasta la mañana siguiente en una Casa de Menores. Darío, la víctima del robo, hizo la correspondiente denuncia contra mí y yo, sin tener nada que decir, fui llevado a un Reformatorio.

Mamá, al verme detenido, no podía contener las lágrimas; su mirada parecía que se perdía en la mía y, por un momento, me confundía; yo solamente le dije:

—Mamá, perdóneme; le prometo que cuando salga del encierro, no volveré a tener amistades que me traigan problemas; seré una nueva persona. —Al llegar a las puertas del Reformatorio, sentí angustia, tristeza; los primeros días se volvieron una pesadilla, pues sabía en el fondo de mi alma que no había cometido ningún delito y que era inocente, pero el temor de hacer que cayeran los demás, los que habían cometido el delito, me llevó hasta ese lugar.

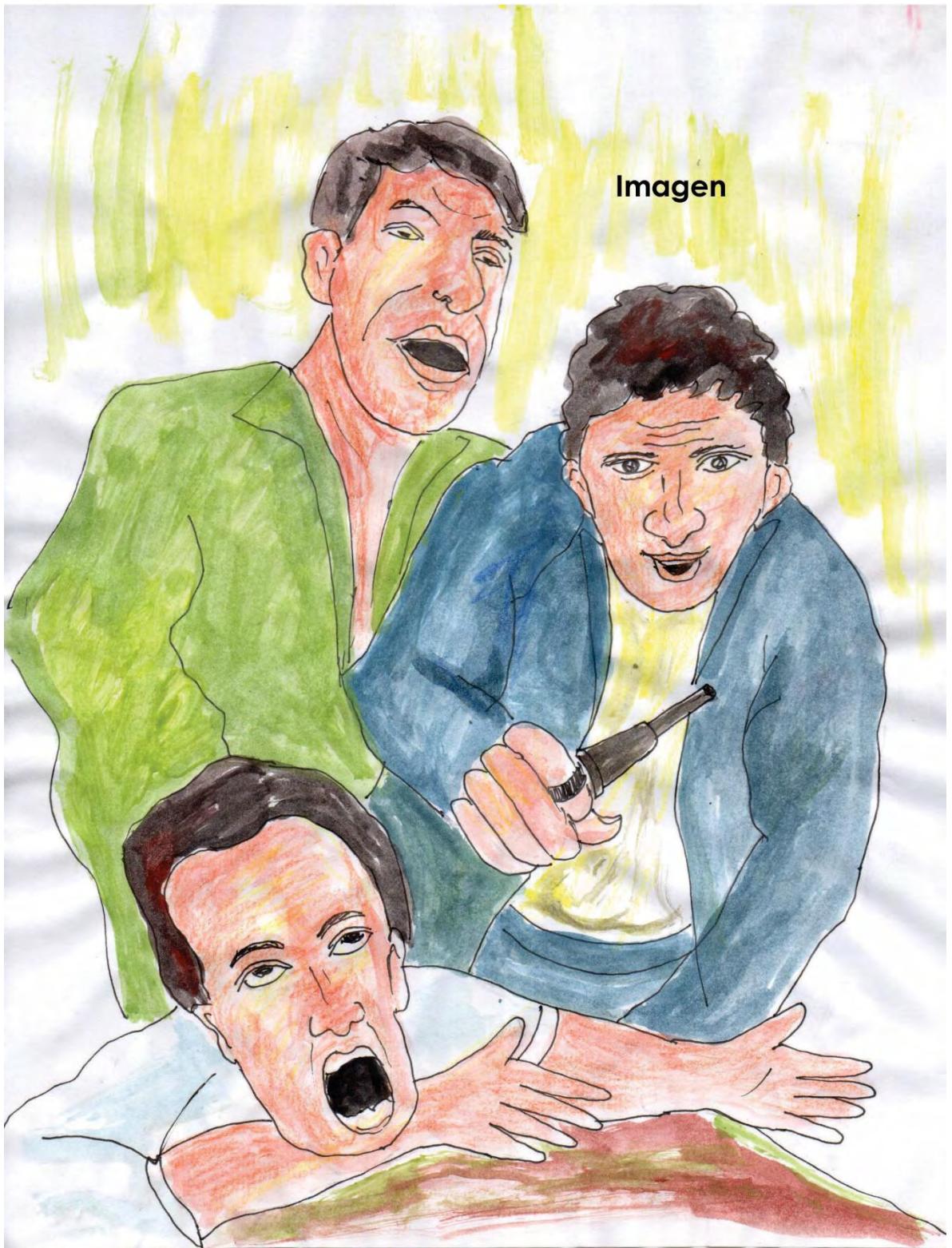
Fue realmente difícil asimilar el encierro; las fechas importantes fueron pasando de prisa: ¿cómo no recordar la Navidad? Ese mes fue el más triste de mi existencia; mamá, en cuanto pudo, vino a verme con mi hermana; se las veía tristes de no poder estar conmigo; aun así, me trajeron un postre delicioso. Ese 24 de diciembre, al estar acostado en la camilla, me puse a recordar los felices momentos de mi infancia, junto con papá; las lágrimas salían, con desesperación; al buscar un aliento en los recuerdos del pasado, que marcan el corazón, tras los muros oía el sonido de los juegos pirotécnicos, que zumbaban mis oídos; desde lejos podía sentir la felicidad de otros y así era mayor mi infelicidad.

Las paredes y la continua vigilancia de los Educadores me hacían sentir como una persona que hubiera cometido un gran crimen; todo el tiempo me supervisaba un Educador; cada segundo se aprovechaba en las diferentes actividades; nos levantaban a las seis de la mañana y nos conducían a la cancha para que le diéramos siete vueltas; en seguida, teníamos que ir a las duchas, para refrescar nuestro cuerpo; ya listos, pasábamos al comedor, donde se recibía el desayuno, pero antes de pasar el bocado por nuestra boca, teníamos que, fielmente, decir unas oraciones en agradecimiento por los alimentos recibidos y, después, se procedía a comer. A las 8 de la mañana, pasábamos a los salones para recibir las clases de las diferentes materias de primaria y bachillerato; como no pude terminar el Ciclo 6, obligatoriamente lo tuve que repetir. En las tardes, me iba al taller de ebanistería, donde aprendí a hacer mesas, sillas, armarios, etc.

El año y medio que estuve en el encierro me permitió entender que nunca había superado la muerte de papá; la angustia y el sufrimiento de su partida había dejado muchas secuelas, que me hundían en los vicios, con lo que se consumía mi alma perdida, sin destino, ni anhelos, y me llevaba a la fatalidad de la muerte, de la soledad de mi existencia. “Mis

amigos” eran la respuesta equivocada al querer buscar alivio en cosas que solo dejan el vacío del alma.

El ambiente de la calle lleva a unos callejones oscuros, que dañan gran parte de la vida, refunden en los vicios; todo esto lo llegué a comprender gracias a una psicóloga, una persona que me abrió los ojos a este mundo, en el que se presentan unos rostros camuflados de personas con unos corazones corrompidos, cuerpos débiles ansiosos de llenar en el vicio la vida, que para ellos parece que fuera un espacio vacío.



Apenas logré dormir la víspera del viaje; me asaltaban los pesares por dejar la tierra de mi sangre; el carro se alejaba más y más de la finca. El camino pedregoso nos hacía saltar desmedidamente; mamá cruzaba sus manos, nerviosa; la mirada se camuflaba en el verde horizonte de las ramas que chocaban con su rostro. Al dormirme en su hombro, empecé a soñar en una fugaz luz de claridad que se acercaba a mis ojos; a lo lejos veo la imagen de mi querido abuelo Amado, con su bastón café oscuro y sus manos arrugadas, con su sonrisa natural, que caminaba lentamente hacia mí, pero, de repente, se ha convertido en una calavera destroncada del cuerpo, que no alcanzaba a tener su sepultura. Saltó el carro en una zanja, por lo que me despierto, aturdido, por ese sueño atemorizante. Entonces, mamá dice:

—Hijo, estás pálido, ¿qué paso? —Sacudiendo la cabeza, le digo:

—Nada. —Al llegar a un pueblo de casas viejas, nos deja el carro; al bajar las maletas, nos dirigimos a un hotel, de una casa roja, de puertas de tabla y cubierta de tejas; mi madre le dice al dependiente:

—Buenas tardes; por favor, me da una pieza en alquiler. —Un señor de bigotes, amablemente, le dice:

—Claro que sí, mi señora; tenemos cuartos de dos camas, con su respectivo closet, televisión y ambientador. El baño es compartido y está en el fondo de los últimos cuartos.

—Mamá, afanada, le dice:

—Señor, deme las llaves de la pieza y aquí le pago, de una vez. —Mamá, tapándome la cabeza con la gorra de la chaqueta, me coge de la mano y me lleva, ligero, hasta la pieza; ya, al estar ahí, comenzamos a desempaquetar. Ella, mirándome nuevamente a los ojos, exclama:

—Hijo, sé que lo que hiciste fue por defensa; no quiero que te ofusques; al amanecer nos iremos lejos, para que nadie te haga daño. —Sus palabras aliviaron mi corazón, todavía exaltado por lo que había ocurrido: estaba huyendo y ella estaba junto a mí, para protegerme, con su amor incondicional, así que le digo:

—Mamá, si no estuviera aquí, no sabría qué hacer; te quiero. —Y, al abrazarla fuertemente, me agarro a llorar sin consuelo alguno. Ella, que me seca las lágrimas, me recuesta y me dice:

—Descanse, hijo. —A la mañana siguiente, mamá me levanta, recoge las cosas y nos vamos. Frente al hotel estaba el carro parqueado que nos llevaría hasta el sur; sentados en la cabina de atrás, mamá, preocupada, mirando su reloj a cada instante, alza su voz y le dice al conductor:

—Señor, ¿será que ya nos podemos ir?, tenemos prisa. —Él, con la cara fruncida, le contesta:

—Espere un momento, señora, que faltan tres cupos para completar. —Tras media hora de espera, el carro arranca, con los tres cupos vacíos; en el viaje, no dije ni una palabra; solamente pensaba en olvidar lo ocurrido, pero era imposible, pues, hacía unas horas atrás, la vida había dado un giro inesperado. Estábamos huyendo por mi culpa, para dejar la finca que mi abuelo había conseguido con gran esfuerzo. Amado, mi viejito lindo; no olvidaría la imagen que giraba en mi cabeza, todos los días me levantaba a verlo en el sillón esquinero, ubicado en el rincón de la cocina; él, todas las tardes se sentaba ahí para descansar y seguir en los oficios de la siembra. En esa finca, donde solo vivíamos mamá, Amado y yo, habíamos construido un hogar caluroso; era feliz al revolcarme en el lodo de la huerta, arrancar los granos de café; nos sentábamos juntos a mirar el sol, que se escondía tras las montañas. Todo era bonito en la suprema naturaleza, de higuerones frondosos, de florecidos pastos; en las noches se veían las luces de las luciérnagas y el chirriar de los insectos cerca de casa; sus luces eran bombillos que iluminaban la oscuridad en el recinto; en las madrugadas, las vacas mugían, las ovejas balaban y las gallinas cacareaban, para insinuar que ya era hora de despertar. Los sonidos de la naturaleza, que se propagaban en el aire, eran agradables a nuestros sentidos.

Al mirar a lo lejos, con los ojos muy abiertos, vi el letrero que decía “Bienvenido a Pasto”, por lo que le dije a mamá:

—Ya llegamos a Pasto. —Ella me sonríe, con su cara pálida. Después, al llegar al Terminal, nos bajamos del carro con las maletas y fuimos almorzar en el restaurante “El buen sazón”; al estar ahí, siento que mamá aún está preocupada, siempre mira hacia todos lados, como si creyera que alguien nos estuviera siguiendo, por lo que no comenzaba a probar el sancocho que nos habían servido y mamá ya me estaba afanando para que terminara lo más pronto posible. Cuando se compró los tiquetes para dirigirnos a Cali, esperamos en el bus hasta que se llenaran los puestos por completo; estaba totalmente desesperado porque el carro no arrancaba; mamá no quería que nadie nos viera; miraba y miraba tras la ventana para ver a quienes se acercaran.

Yo, sentado en el sillón, me tapo la cabeza con la chaqueta que tenía en las manos; siento la respiración que se acelera, salen lentamente lágrimas, al querer recordar lo sucedido, pero, ante esa imagen del muerto, se altera la imagen de mi abuelo. Amado, como no recordarlo a cada instante; le dio a mi infancia mucha felicidad; donde quiera que esté, lo único que le diría es que ni el tiempo ni la distancia van a borrar su imagen en mi cabeza. No olvidaré el día jueves 5 de noviembre, víspera de mi cumpleaños: era una mañana calurosa, de pájaros que picoteaban, de vacas ariscas, de ovejas agresivas, que quizás trataban de anunciar la tragedia; Amado, como siempre, al amanecer iba a sacar la leche a las vacas, pero estas no se dejaron, aunque estuvieran amarradas, algo les pasaba. Reunidos en la cocina, dispuestos a comer, llegaron a la puerta y golpearon fuertemente; yo, asustado, le dije a mi abuelo:

—No abra. —En silencio, nos acercamos a las ventanas; afuera había como 20 guerrilleros, esparcidos en la finca; a mi abuelo le tocó abrir la puerta, pues ya uno de ellos decía:

—Abran la puerta, si no quieren que alguien salga herido. —Mi abuelo, asustado, les dijo:

—Buenas tardes, señores, ¿qué se les ofrece? —Ellos, con rostros tapados y seguro que ofuscados, entraron agresivamente, lo empujaron y lo hicieron caer al suelo; sin importarles nada, entraron a las tres piezas de la vivienda en busca de dinero, pues seguro se habían enterado que el día anterior Amado había vendido cuatro vacas, para celebrar mi cumpleaños y comprar unos fertilizantes para la siembra. Al ayudar a Amado a levantarse, llega uno de esos hombres uniformados y le dice:

—Viejo langaruto, nos vamos a llevar los animales que tiene en la cubierta; el comandante está de cumpleaños y le vamos a celebrar a lo grande. —Mi abuelo, obstinado, al tratar de proteger la propiedad del ganado, le dijo:

—De mi finca no se llevan nada; ustedes no son nadie para quitarle las pertenencias a los demás, ustedes son unos asesinos. —Al decir eso, mamá agachó la cabeza y, tapándose los oídos, me abrazó fuertemente; mi abuelo nos alzó a ver con una sonrisa sin igual; entonces, el hombre desenfundó un revólver y, arrodillándolo, le disparó en la cabeza y lo dejó inerte. Después, llevándose el ganado, abandonaron el lugar; mamá y yo corrimos a abrazar el cuerpo sin vida de mi abuelo, aún estaba caliente; mamá, llorando desesperada, cogió un carro e intentó llevarlo a un Centro de Salud, donde fue rápidamente atendido, pero no se pudo hacer a nada, la bala le había perforado el cráneo y llegado al cerebro, lo que le causó inmediatamente la muerte. Desde ese día, mi vida cambió radicalmente; mi mundo se dislocó por completo, la casa se hallaba vacía sin su presencia, los días pasaron silenciosos, ni mamá ni yo hablábamos de lo que había sucedido.

Cuando arrancó el bus, sentí alivio de estar lejos de ellos y sé que mamá se sentía igual que yo, nadie podría hacerme daño, ella sabría a dónde me llevaba; sé que soy lo único que tiene en esta vida y que, por ello, intenta protegerme. Lo único que extraño es mi escuela, donde dejé los amigos de mi infancia. Lo que sucedió no fue premeditado, en ningún momento lo planeé, no fue mi culpa, solo fue en defensa propia; no me siento mal de haberlo hecho, porque si no era él, era mi primo; no podía hacer ninguna otra cosa. Mamá, al darme la mano, me dice:

—Hijo, cuando lleguemos a Cali, donde tu tía Cecilia, tienes que dejarme a mí contar los hechos de lo sucedido en La Rosa; ella sabrá entendernos, pero de ahora en adelante no estarás solo en la casa, para que nadie te haga daño; con el tiempo, te acostumbrarás. —Yo, callado, volteo la mirada hacia la ventanilla abierta, para dejar mi rostro al vaivén del aire, que refresca el calor que hay en el bus.

Después del largo viaje, durante seis horas, llegamos a Cali, nos bajamos del bus, me abrigo con la chaqueta por la llovizna que cae sobre nuestros cuerpos; acelerando el paso, mamá alza la mano y cogemos un taxi para ir donde mi tía Cecilia; al atravesar la ciudad, empiezo a tener miedo a enfrentar el nuevo cambio en mi vida. Al llegar a la casa, mamá paga con un billete de 20.000 el transporte; toca la manija, en forma de cabeza de perro gastada, da un leve golpe; desde adentro, se oye que alguien se va acercando lentamente a la puerta, hasta que abre y era mi tía; mamá se apura a abrazarla, llorando. Mi tía le dice:

—¿Qué pasó, Amelia? —Mamá le dice:

—Es mejor que entremos. —Ya, al estar adentro de la casa, sentados en un sofá, mamá le cuenta:

—Pues, verás: mi hijo, hace unas horas, acabó de matar a un muchacho que le iba hacer daño al primo de él, a Samuel, sobrino de mi expareja, Orlando. Mi tía, que la interrumpo, le dice:

—Deja que el muchacho me lo cuente; él sabe la verdad de los hechos. —Mirándolas a las dos a los ojos, les empiezo a contar.

—Samuel, una vez, llegó a casa desesperado, lloraba sin consuelo, apenas podía balbucear algunas palabras. Una vez que se tranquilizó un poco, me dijo:

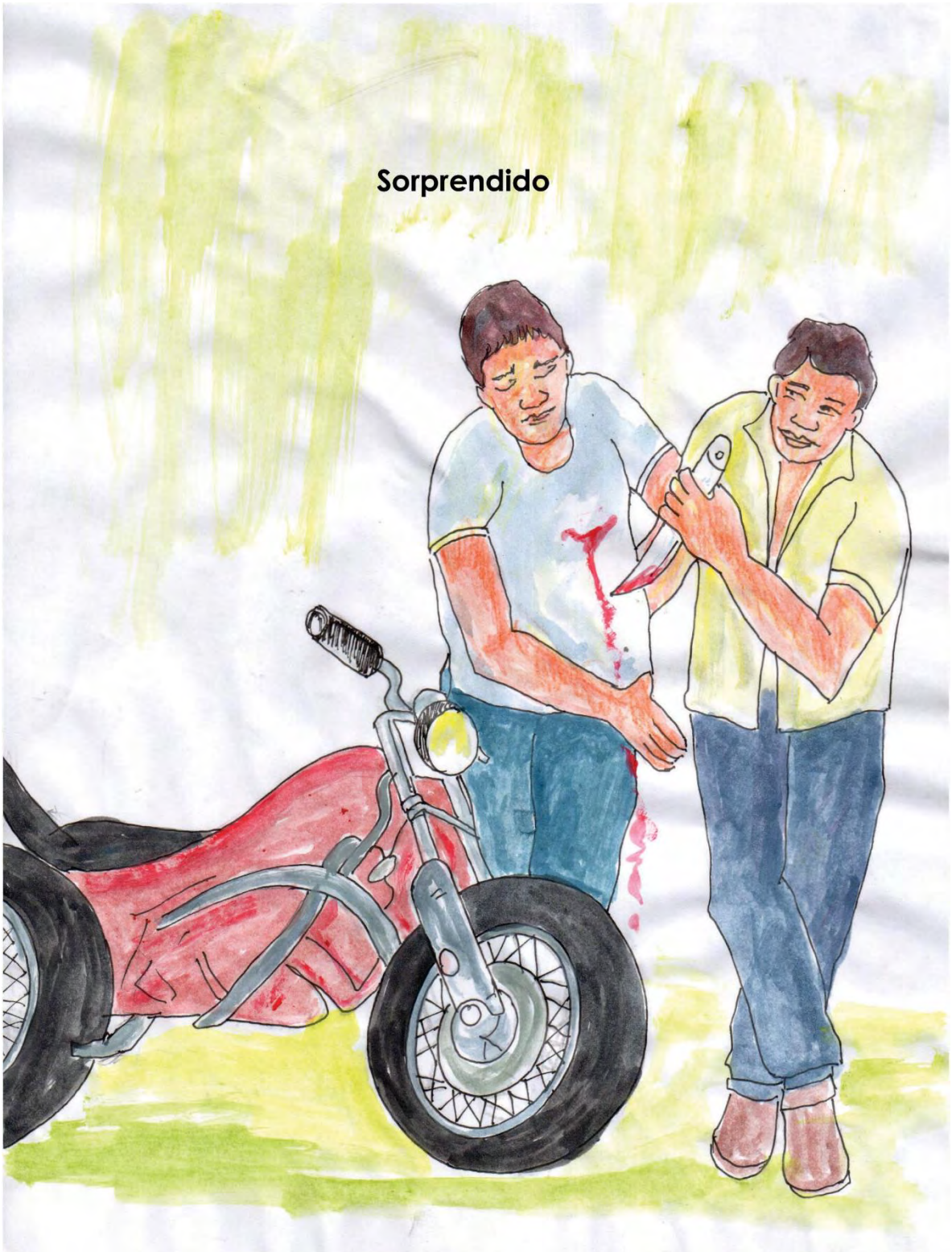
—Rogelio, estoy metido en un gran problema; hace un tiempo acá, trabajé de raspachín en una finca; de un día para otro dejé de ir; de repente, se me apareció un amigo, con el que trabajaba; él me dijo que el patrón me andaba buscando, debido a que se le habían perdido tres kilos de coca y pensaba que yo me había robado esos tres paquetes. —Al oír tal cosa, le pregunté a Samuel:

—¿Fuiste tú quien se robó la coca? —Él, con lágrimas en sus ojos, me aseguró:

—Sí, por eso no volví a aparecer por allá. Ahora me andan buscando para matarme —y añadió—: ¡Qué voy a hacer!; si descubren dónde estoy, me matarán. —Esa tarde me puse triste por mi primo, a quien podrían asesinar. Tras varios días, me encontré en el pueblo a Samuel, que me invitó a jugar billar; el lugar estaba vacío, apenas eran las 10 de la mañana, como ocurría en un día cualquiera. Solo estábamos los dos; de pronto, Samuel sacó un arma de su espalda y la puso sobre la mesa. Todo iba bien hasta que un hombre entró al lugar; al pretender ser un cliente más, se nos acercó y pidió que lo ajuntáramos en la partida, lo que aceptamos; al terminar de jugar, de un momento a otro él sacó un arma y le apuntó a mi primo. Yo, al alejarme de los dos, tomé el arma que estaba a mi alcance, jalé el gatillo y le disparé a su cabeza. Todo pasó en cuestión de segundos; era él o era mi primo. Luego, Samuel y yo salimos del lugar rápidamente; él se despidió de mí y se fue a otro lugar, donde no lo pudieran encontrar, pues en ese momento supo que su vida corría peligro; yo me fui a casa y le conté a mamá, quién decidió traerme hasta acá. —Al terminar el relato, los tres nos abrazamos fuertemente y mi tía dijo:

—Rogelio, no se preocupe; su mamá y yo estaremos para apoyarlo en lo que necesite. Esta es su casa, aquí estarán seguros. Papá, desde el cielo, nos va a acompañar siempre.

Sorprendido



“¿Qué vas a hacer ahora?”, me decían unas voces internas que resonaban en mi cabeza; no he movido ninguna de mis articulaciones, mis ojos se centran en el hombre uniformado de policía, que clava su mirada en la mía. Me lo han dicho, iré a al Reformatorio; sabía que eso tenía que suceder algún día.

Al señor herido lo llevan de urgencias en la ambulancia y así va a llegar rápidamente al lugar de atención; tenía clavado un cuchillo en el estómago, su camisa azulada estaba empapada de sangre, que había corrido hasta el pavimento; a un lado estaba la moto roja, tirada en el suelo. “¿Qué vas hacer ahora?” Me envolvía nuevamente la pregunta; no podía negar lo que había hecho, me habían agarrado en el momento preciso del robo. Ahora, estaba en manos de los policías, que me rodeaban y empezaban a hacer preguntas:

—¿Cuántos años tienes?

—Tengo 16 años de edad.

—¿De dónde eres?

—Soy de La Hormiga.

—¿A qué viniste acá?

—Vine a visitar a mi hermana Flor.

—¿Por qué robas? —Esa pregunta no la esperaba, ¿por qué robo?, ¿qué motivo me llevaba a hacerlo? Para dar respuesta a la pregunta, comencé a recordar cómo había sido mi primer robo. Hacía unos meses, juntos con unos amigos, planeamos robar la tienda de don Gilberto. En una noche de fiestas, entramos por la ventana de atrás del negocio para robarle el dinero. Todo salió bien, nadie se enteró de lo sucedido sino hasta el otro día, que don Gilberto llegó de viaje. Al otro día, todo mundo se enteró del robo, pero nadie sospechó de nosotros. Al darle una respuesta al agente, le digo:

—Lo hago por ambición, por tener dinero.

—¿Sabes a qué problema te enfrentas?

—No lo sabía. —En mi mente rondaba la idea: “¿qué vas a hacer ahora?” Había un algo en mí que no me dejaba que aceptara lo ocurrido; aun al estar en la Estación de la policía, no me daba cabal cuenta de la situación que atravesaba. Al umbral de la puerta se acercó una silueta de mujer, era la de mi hermana, que traía el cabello despeinado y su rostro enojado, tanto que no podía mirarla; ella agarró mi cabeza y la alzó, para que yo pudiera mirar sus ojos, sorprendidos por las mentiras que carcomían mi alma; por fin, iba a conocerlas. El señor agente, al saludarla, cordial, le dice:

—Buenas tardes, señorita, ¿usted es la hermana del detenido? —Flor, que así se llama mi hermana, enojada, con los ojos perdidos en el lugar, dice:

—Sí, señor agente; ¿qué pasó con mi hermano?

—Él se encontraba robando una moto del señor Arturo, quien al parecer iba conduciendo de una manera moderada en un callejón; cuando iba a voltear la esquina, el adolescente Domingo, junto con un compañero, detuvieron al señor para arrebatarse la moto; éste, al verse amenazado, los empuja y Domingo agarra un arma cortopunzante y se la incrusta en el estómago. Gente, que pasaba por el lugar de los hechos, lo detuvieron, mientras el otro se dio a la fuga. —Flor, decepcionada, dice en voz alta:

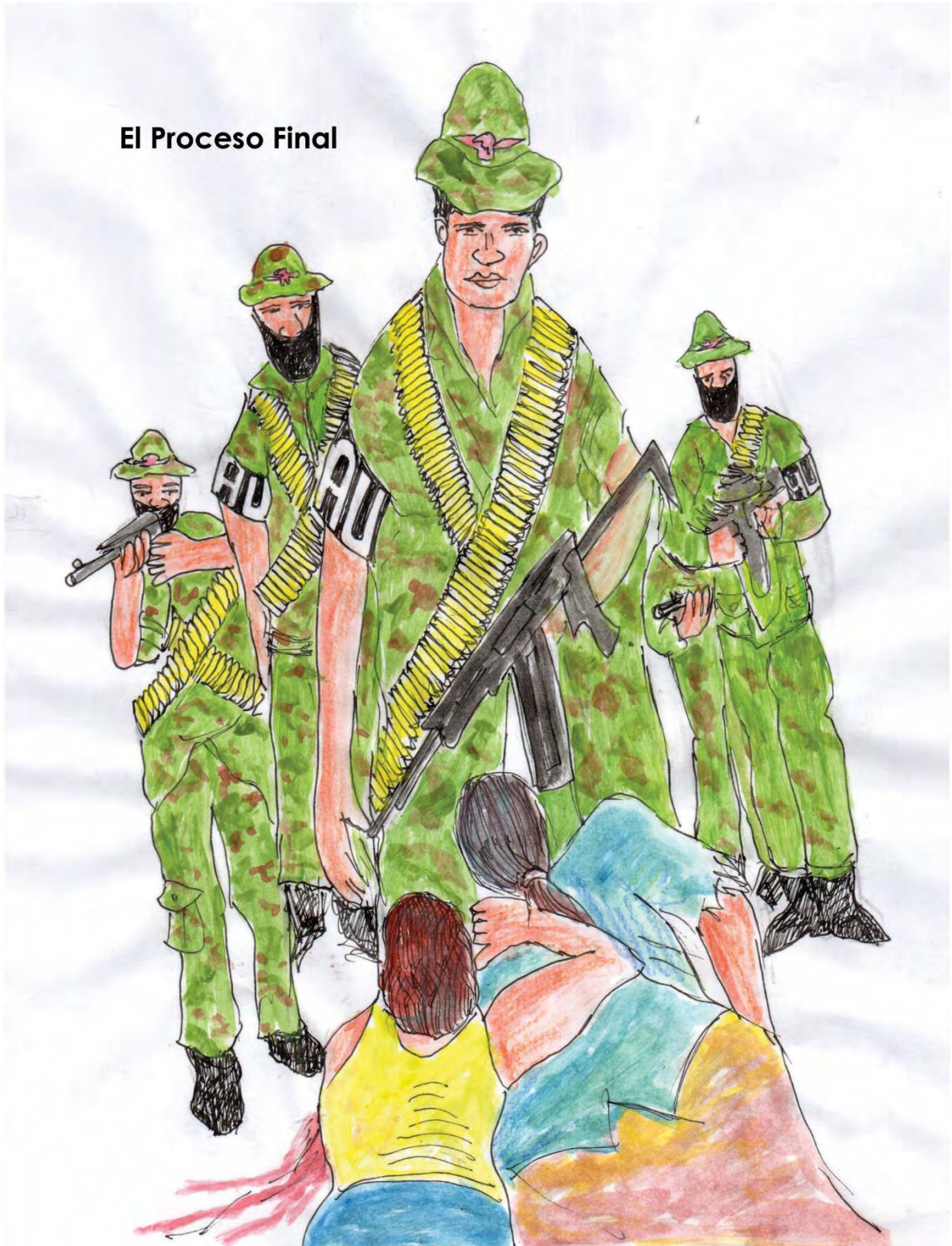
—Domingo, mírame a los ojos: ¿tú hiciste tal cosa? —En mi mente replicaba: “Flor, Flor, Flor, me avergüenza tener que verte a los ojos”; luego, casi balbuceando algunas palabras, le digo:

—Sí, lo hice, estaba cegado por la ambición. ¡Perdóname, hermana!; yo no quería herir al señor, pero él se alteró y, del susto, le apuñalé. —El señor agente, con la voz gruesa, se acerca a mi oído y me dice:

—Muchacho, ahora el perdón ya no sirve. —Al regresar a su silla, empieza a escribir en el computador; en unos minutos, imprime una hoja que, luego, pasa a manos de Flor, quien la lee detenidamente, tapándose la boca, como si quisiera llorar. Voltea su cuerpo flaco hacia el lado de la esquina, donde estaba sentado, se acerca lentamente, me abraza y me dice:

—Te van a encerrar por dos años, por intento de homicidio; en este mismo momento, serás trasladado a un Reformatorio de Menores. Espero que al estar allá, reflexiones sobre tus actos; yo te apoyaré, siempre iré a visitarte con mamá. —Agarrándome de la espalda, los agentes me llevan hasta la patrulla, a la que me suben, para trasladarme a Pasto. Tras la ventana, miro a Flor, acongojada, con las mejillas mojadas de lágrimas, que le bajan lentamente hasta el camisón y, entre la neblina, poco a poco se esfuma, hasta cuando desaparece.

El Proceso Final



EL PROCESO FINAL

El atardecer se tornaba frío; el cielo estaba totalmente oscuro, con unas nubes casi negras cargadas y dispuestas a dejar que cayeran torrentes de agua para encharcar las calles y colmarnos de lluvia; las gotas se oía que caían con fuerza, como piedras cuando caen al río; nosotros, esperando que escampara, dentro del carro rojo de mi tío Eulalio, escribíamos con los dedos nuestros nombres en las ventanas húmedas y blindadas, que no dejaban ver, en el exterior, la carretera.

Mi primo Farid dibujaba caritas, mientras trazaba y yo, Renato, plasmaba la mía con adornos absurdos, que se iban y venían a mi mente, al recordar los buenos momentos de mi vida. Mientras esperábamos que parara el aguacero, Farid toca mi hombro y observa mis dibujos y, con un gran carcajeo, nos reímos juntos de las tonterías que dibujábamos; eran ya casi las cuatro de la tarde cuando las nubes empezaron a despejarse, para que el sol nuevamente nos asoleara con su radiante luz.

Farid prende el carro y acelera; debíamos hacer una entrega en la Calle 24, en el restaurante de Doña Lola; al guardar las armas en nuestros pantalones, bajamos del carro y, al esperar que llegara la contraparte, vi a un hombre muy extraño parado al otro lado de la calle; tenía unos lentes y vestía totalmente de negro; su parado no era el de cualquiera; nos observaba con disimulo, caminaba lentamente, su mirada nos vigilaba; sentía que algo malo iba a suceder y mi corazón palpitaba rápidamente, mis piernas temblaban; por un instante, me desesperé por completo. Con mucha cautela, le hice señas a Farid para que entrara al carro y contarle lo que estaba sucediendo.

En ese momento, Farid pierde la cordura, se descontrola totalmente, saca el arma de su pantalón y empieza a disparar; el hombre que nos estaba vigilando toma el radio de su bolsillo y pide ayuda; era un miembro del ejército; en segundos, llega una camioneta blanca, con veinte hombres, que le apuntan a Farid, y yo, para tratar de evitar su muerte, busco distraerlos, por lo que disparo hacia el cielo; ahora, tengo todos sus ojos puestos en mí, me rindo y caigo al suelo; arrodillado, alzo mi rostro y observo cómo Farid escapa; me echo la bendición y con los ojos al borde del llanto, le doy gracias a Dios porque ninguno de los dos murió. Entonces, me aborda la policía, me encierran en la camioneta y, esposado, me leen mis derechos:

—Tiene el derecho a guardar silencio; cualquier cosa que diga puede y será utilizada en su contra en un Tribunal de Justicia. Tiene el derecho de hablar con un abogado y, si no puede pagar un abogado, se le asignará uno de oficio. —De inmediato, por ser menor de edad, me trasladan a un Reformatorio; ahí me recibe el director del establecimiento y me lleva a uno de los cuartos más vigilados por los Educadores del lugar; oigo cómo las voces de mis compañeros del cuarto de al lado susurran por mi llegada; yo, encerrado en esas cuatro paredes, con la ropa muy sucia y con mucha hambre, le pregunto a uno de los Educadores:

—¿Amigo, hasta cuando me tendrán apartado de todos los de aquí? —El Educador ni siquiera pronuncia una sola palabra; lo único que hace es un gesto con su mirada y se aparta del cuarto. Al día siguiente, abre la puerta del cuarto y me despierta con su pito negro, que tiene colgado entre sus llaves; adolorido, me levanto de esa cama de palo, que me ha dejado amortiguado casi todo el cuerpo y, muy lentamente, me dirijo a las duchas, para quitarme todo ese mal olor que llevo encima.

El Educador, amable, me espera fuera del baño para mostrarme dónde estaba el comedor, las aulas de clase, las canchas, la dirección, la enfermería; en fin, todos los sitios que frecuentaría con mucha frecuencia; al conocer la institución, llego hasta la dirección y veo al director, sentado en su oficina y atendiendo una llamada y él, muy carismático, me observa de reojo, me hace señas para que siga, me siente y lo espere. Al estrechar, con su mano derecha, la mía, me da la bienvenida y me dice:

—Renato, si necesita algo no dude en pedirlo; a todos los jóvenes que están en este lugar se los recibe con aprecio y, como lo ve, esta no es la excepción; solo recuerde que está aquí para corregir un error y nosotros para ayudarlo. —Con una leve sonrisa en mi rostro, le contesto:

—Señor director, gracias por sus palabras, que son muy alentadoras. —Nuevamente suena el teléfono y, al contestar la llamada, me dice:

—¡Hey, muchacho, espere, no se vaya! Tiene una llamada; ansioso, le recibí el teléfono y empecé a hablar y hablar:

—¡Hola, hola!, ¿quién es? —Así, oí la voz gruesa y fuerte de Farid; estaba tan sorprendido y emocionado que, en mis pensamientos, no podía creer que mi primo me estuviera llamando:

—Hola, Renato, te llamo para darte las gracias por salvarme la vida y no permitir que me encierren; te cuento que ya he hablado con mi tío, para que él mueva todas sus influencias y te saquen de ese encierro lo más pronto posible; mientras tanto, ten paciencia, hermano. — Con un tartamudeo, le contesto:

—Farid, ¡qué falta me has hecho! Dile a mi tío Eulalio que estoy bien y que he decidido pagar mis culpas y no deberle nada a nadie; lo que más deseo en este mundo es tener la conciencia limpia. Farid, un poco sorprendido por lo que oye, me dice:

—Renato, estoy orgulloso de ti; en verdad, nunca espere oír de ti esas palabras, que me han conmovido; recuerda que tienes todo mi apoyo. —Así, salgo de la oficina y me alcanza el Educador, que me asusta, y me lleva hasta el comedor para almorzar, y me dice:

—Te ha llegado una citación para el día viernes 4 de marzo; debes estar en el Juzgado Penal para rendir declaración. —Después de la noticia que acababa de recibir, con el alma acongojada, pienso en los años que debía pasar encerrado por haber infringido la ley. Un desconsuelo enorme me invadió, los días se tornaban solitarios, solo pensaba en esa tarde

turbulenta por llegar, que agobiaba mis pensamientos y que, de una u otra forma, debía vivir.

El Educador, con su pito irritante, que aturde mis oídos, logra levantarme; ahora, nos manda a hacer la misma rutina de siempre y, en espera de que me alistara, luego me lleva a la dirección para que el director me explicara el procedimiento que iba a tener. Debía estar, antes de las dos de la tarde, en portería; dos policías me esperarían y me llevarían al Juzgado; montado en la camioneta, recordé a Doña Esperanza, esa mujer tierna y bella, que me cargó en sus brazos para recibir el sacramento del bautismo; me preguntaba si ella estaría sentada en una de las sillas del Tribunal para acompañarme en este desierto, que solo con su cariño podría superar.

Al entrar al Juzgado Penal del Distrito, me siento junto con el abogado defensor; doy la vuelta y veo a mi madrina Esperanza, que está sentada al fondo, con un joven que vestía muy extraño, pues llevaba puesto un sombrero de paño y lentes negros; su cara se me hacía tan familiar, que no dejaba de observarlo; él me sonríe y, con su mano derecha, se baja los lentes para indicarme quién era; nada más ni nada menos que Farid, mi hermano, que se había disfrazado para asistir a mi juicio. A mi izquierda, estaba la fiscal, para interrogarme y, al frente mío, el juez, un señor gordo y muy barbudo que me daría la sentencia; al ser las dos en punto de la tarde, dan apertura a la tortuosa realidad que me esperaba. El abogado defensor le muestra un reporte de mi caso al señor juez; él lo lee detenidamente y, en espera del reporte de la fiscalía, empieza el proceso; mi abogado lee mis derechos y le refiere oralmente lo sucedido:

—Renato M..., en contra de quien existe resolución acusatoria como posible responsable de los delitos de concierto para delinquir agravado y fabricación, tráfico y porte ilegal de armas de uso privativo de las Fuerzas Armadas, en la modalidad de conservación, el acusado, el día 17 de febrero de 2015, se dirigía a una entrega a la vereda Ejido, en el Departamento de Nariño; miembros del Ejército Nacional capturaron a Renato M..., a quien se le incautó una cantidad de droga y 50 millones de pesos, cuando portaba armamento de largo y corto alcance. El informe de la policía se le remitió a la Fiscalía General de la Nación y, el 25 de febrero, la Fiscalía ordenó apertura de la instrucción, para disponer la indagación al capturado, diligencia que, en efecto, se está cumpliendo el 4 de marzo del 2015. La Señora Fiscal Humberta Ramos le puede notificar que lo comunicado es cierto.

Mis ojos observaban a la fiscal, que era una señora que reflejaba en su rostro la amargura de su vida; tenía el cabello crespo y muy corto, su tez era trigueña y arrugada y aparentaba tener más de 50 años; ella se levanta de su silla y contesta:

—Lo que dice el abogado defensor es cierto, señor Juez; ahora, con su permiso y con el de todos los que están en la sala, me remito a llamar al menor de edad Renato M... para que rinda su declaratoria. —Se acerca la señora Fiscal y me dice:

—Renato M..., pase a declarar. —Con las manos entrecruzadas y el corazón a punto de estallar, me siento en la silla de la verdad, me pasan una Biblia y, con la mano derecha encima de ella, me preguntan:

—¿Jura decir la verdad, solo la verdad y nada más que la verdad? —Yo, con la voz temblorosa, respondo:

—Sí, lo juro. —La fiscal me pregunta:

—Renato, cuéntenos, por favor, ¿cómo fue su niñez? —Nervioso, le respondo:

—Señora fiscal, mi niñez fue muy dura; yo soy de Puerto Asís, Putumayo; prácticamente, he salido adelante por mí mismo; como dicen por ahí me tocó madurar a la fuerza; desde muy pequeño viví momentos dolorosos, que un niño normal no vive; están tan grabados en mi mente, que ni muerto se borrarán de mi memoria.

Recuerdo que mi madre era una mujer alta, de cabello lacio; tenía ojos redondos, como los de lince, eran de color miel; sus pestañas tan largas, como las telas de una araña; nariz tan respingada como la mía; sus labios rojos y delgados, que provocaban besarlos con tan solo verlos; tez blanca, como la piel de la hermosa Blanca Nieves, de los cuentos de los hermanos Grimm. Después de la muerte de mi padre, ella se convirtió en una mujer muy desdichada; casi todas las noches, me dejaba solo y encerrado; yo me la pasaba llorando, hasta quedar profundamente dormido; llegaba a la madrugada a despertarme, al poner música a todo volumen, acompañada de unos hombres ebrios y malolientes; no tenía consideración alguna con su hijo, que tan solo tenía cinco años de edad; cerca de la casa vivían mis tías, que me sacaban, entre dormido y despierto, para darme de comer y beber; esa era la vida de doña Sofía, que descansa en paz. Un leve silencio recorrió la sala después de que terminé de hablar; la fiscal, tragando saliva, me pregunta:

—¿Cómo hacía su madre para conseguir dinero y derrocharlo de esa manera?

—Mi madre venía de una familia muy adinerada, nunca se preocupó por tenerlo y, aún más, cuando conoció a mi padre, él era un hombre sembrador de coca y, usted sabe, señora fiscal, que las personas que se dedican a eso siempre andan con su billetico. —Entonces, interviene el juez:

—Renato, dígame, ¿cómo murió su padre? —Sorprendido, le respondo:

—Señor Juez, realmente yo nunca lo conocí, porque él murió cuando yo tenía un año; según lo que mi madre me contaba, él fue un hombre responsable y dedicado a su familia, no buscaba problemas con nadie; su único inconveniente fue trabajar en algo muy peligroso para la sociedad y para él mismo. Un sábado en la tarde, como él acostumbraba, fue a almorzar a casa; él, sin darse cuenta que venían siguiéndolo dos hombres, dejó la puerta abierta y ellos, en un par de segundos, entraron, le apuntaron a la cabeza y le dispararon; a mi padre lo asesinaron al frente de los ojos de mi madre. ¡Hay veces que entiendo el comportamiento de Sofía, mi madre! —Entonces, vuelve a intervenir el juez:

—El abogado defensor tiene la palabra.

—Señor Juez, le pido un receso de 15 minutos, pues veo que mi cliente está un poco cansado. —El Juez, con el martillo, golpeando la mesa, dice:

—¡Receso concedido! —Escoltado, salgo de la sala; dos policías me llevan hasta la cafetería, donde pido agua, pues tengo la boca seca; necesito refrescar mi garganta. Mientras estoy enfriándome el pescuezo, mi madrina Esperanza se aproxima a la mesa y me abraza; siento como su calor traspasa mi piel y me llena de consuelo, alivio y ternura; Farid, con su abrigo hasta las rodillas, coge mi rostro, lo acaricia, mientras me dice:

—Renato, hermano, ten valor, ten fuerza, ten fe; no te des por vencido; te queremos, siempre estaremos aquí apoyándote en las buenas y en las malas; que se te grabe eso en la cabeza. —Llorando a lágrima viva, le respondo:

—¡Gracias, madrina!, ¡gracias, primo!; de verdad que los únicos que me dan impulso para seguir con esto son ustedes, ¡mi familia! —Ingreso nuevamente a la sala, con un toque de alegría en mi alma, pues no estaba totalmente solo, como pensaba; tenía a mi lado a dos seres incondicionales, que me querían y lo estaban demostrando al estar ahí, en ese momento de mi vida. Luego, las palabras del Señor Juez:

—Sigamos con el interrogatorio; señora fiscal, tiene la palabra:

—Señor Juez, muchas gracias. Renato, prosigamos con lo dicho anteriormente; ahora, cuéntenos cómo murió su madre. —Cogiéndome de los orillos de la silla, le respondo:

—Esa es una pregunta que me niego a responder; no quiero recordar la pérdida de mi madre. —Disgustada, la Fiscal dice:

—Insisto, Renato; se necesita saber cómo murió. —El abogado defensor pide la palabra:

—Señor Juez, no pueden obligar a Renato a hablar de lo que él no quiere; solo observe su comportamiento; esa es una pregunta que lo irrita y lo indispone. —La fiscal pide la palabra:

—Señor Juez, el abogado defensor sabe que esa es una pregunta muy importante para solucionar este caso. —Golpeando la mesa con el martillo, el Juez dice:

—Me temo que la Señora fiscal tiene toda la razón; abogado, le pido el gran favor que no interrumpa la declaración, ¡estamos claros! —El abogado le responde:

—Sí, señor; me queda totalmente claro. —La fiscal toma la palabra:

—Renato, ¿puede contestar mi pregunta?, ¡por favor! —En esas circunstancias, empiezo a hablar:

—Mi madre conocía los negocios de mi padre; llevada por el dolor y la venganza, tomó algunas decisiones que acabaron con su propia vida; ella averiguó, por sus propios medios, quién había planeado el asesinato. Todo empezó cuando mi padre no quiso negociar con un

tal Ferney, el hombre más temido del pueblo; le pidió que le vendiera 20 kilos de coca a un precio desfavorable; mi padre no quiso tener en cuenta su oferta, porque era un gran estafador, lo que le dio tanto coraje que les ordenó a dos de sus hombres que lo siguieran y lo mataran, en su propia casa.

Ahora bien, hay algo que nadie en el pueblo podía negar, que mamá era una mujer muy bella y utilizó todos sus encantos para envolver a Ferney, de tal manera que lo hizo perder la razón; cuando estaba en su mejor momento, Ferney la encontró en la cama, completamente desnuda, haciendo el amor con uno de sus hombres; airado por lo que vio, ordenó que la llevaran al monte y la descuartizaran. Como era de costumbre, mi tía iba a visitarme en las noches para darme de comer; al abrir la puerta, miró que había una bolsa negra en el andén de la casa y, alrededor, unos perros olfateando; se acercó a la bolsa y, al destaparla ve lo que quedaba del hermoso y atractivo rostro de Sofía, a la que habían hecho pedazos; solo recuerdo sus gritos de dolor; yo corrí hacia la bolsa y allí vi a mi madre muerta; llorando desoladamente, mi tía me tomó en sus brazos y me alejó del lugar; después, llegaron unos agentes de la policía y se la llevaron. Ni siquiera pude despedirme de ella; su entierro fue muy rápido; ahora, solo quiero tener en mis recuerdos a esa mujer inigualable, que se convirtió en un ángel que desde el cielo me cuida. —Mi madrina, conmovida por mis palabras, corre hasta el estrado, me toma de las manos, las aprieta y me consuela; la fiscal nos separa y le dice:

—Señora, vuelva a su puesto, por favor. —Mi madrina le responde:

—¿Acaso usted, señora, no tiene hijos? —La fiscal le dice:

—Claro que sí, señora, pero, por favor, retírese, pues solo estoy cumpliendo con mi trabajo.

—Mi madrina se retira y, entre dientes, dice:

—¡Huy, sí, cómo no!; se nota que los tiene. ¡Vieja amargada! —Al seguir con el interrogatorio, la fiscal, algo consternada, expresa:

—Bueno, Renato, después de ese acontecimiento tan fuerte en su vida, ¿quién lo tomó a cargo? —Le respondo, algo enfadado:

—Quién más va a ser, sino la mujer que usted, tan despiadada, ha mandado al asiento; Esperanza, mi vieja, mi madre. Ella, con su afecto y ternura, logró que mi alma sanara de la gran herida que la vida me había dejado; con ella encontré lo que pensé estaba perdido, ¡una verdadera madre!; su afecto, su apoyo y comprensión permitieron que no me ahogara en el hondo mar de soledad que agobiaba mi existencia; me puso a estudiar en una de las escuelitas del pueblo y eso hizo que mi mente permaneciera ocupada.

Cuando cumplí nueve años, llegó un hombre muy raro a casa; era alto y sin un solo pelo en su cabeza; tenía una nariz grande curvada y sus fosas nasales eran del tamaño de una valija y ni qué decir de su boca, que eran tan pequeña que se le perdía en su rostro; vestía muy bien: tenía un vestido de paño azul oscuro, con una corbata de color miel, que le hacía juego con su traje; en ese entonces, ya podía distinguir lo que era fino y lo que no; él decía

que era hermano de mi padre y que quería conocerme; no podía oír bien lo que hablaba con mi madrina, porque cuando ella apenas lo vio, se asustó tanto que inmediatamente le ordenó a la empleada de servicio que me llevara al cuarto y que no dejara que saliera de ahí hasta nueva orden. Esa noche, después de algunos gritos que escuchó, le pregunté a mi madrina:

—Madrina, ¿me puede decir quién era ese hombre que se parecía tanto a mí? —Algo angustiada, me contestó:

—Renato, no quiero ocultarle nada, pues más que nadie sabe cómo y por qué murieron sus padres; el hombre que ha visto esta tarde es su tío. —La quedo viendo, con algo de rabia, y le digo:

—¡Mi tío! ¿Y quién se cree para ocultarme algo así?; ¿acaso pretende alejarme de los míos, de mi propia sangre? —Mi tía me dice:

—¡No! ¿Cómo puede pensar eso?, si sabe que aquí lo queremos como si fuera mi propio hijo; lo único que pretendo es protegerlo, para que no tome el camino de la perdición. —Yo le respondo:

—¡Protegerme! ¿Esa es su manera de hacerlo, alejándome de mi familia, de las personas que quieren conocerme y que hiciera parte de ellos? —Con lágrimas en los ojos, me responde:

—¡Renato, cálmese! ¡No quiero peleas, pues eres mi niño! Solo le pido a Dios que lo bendiga. —La fiscal me interrumpe:

—¡Hey!, muchacho, puede ser más claro con su testimonio. —Yo prosigo:

—Una mañana, antes de entrar a clase, vi parqueada una camioneta negra afuera de la escuela donde yo estudiaba; cuando salí, se me acercó el mismo tipo que había visitado a mi madrina en días pasados y me dijo:

—Hola, Renato, ¿cómo estás?, ¿me permites un momento? Soy Eulalio, tu tío, y me gustaría conocerte; claro, si tú quieres. —Ante esas palabras, mi mente se nubló totalmente; no sabía qué hacer: por un lado, recordaba las palabras de mi madrina Esperanza y, por el otro, tenía mucha curiosidad de conocer a mi tío y todo el mundo que lo rodeaba; así que, sin pensarlo tanto, decidí subirme al carro y oír lo que tenía para decirme; le pregunté:

—Tío, ¿por qué vino hasta aquí a buscarme?, ¿qué quiere de mí? —Él, con sus manos en el volante, me responde:

—Estuve fuera de la ciudad por mucho tiempo; ni siquiera pude estar en el funeral de mi hermano; hace seis meses que llegué a Ejido y me enteré de que vivía aquí un sobrino mío; quiero recuperar el tiempo perdido y decirte que puedes contar conmigo para lo que sea; oíste, Renato, ¡para lo que sea! —Me llevó a la casa, me dejó en la puerta y se fue. Decidí no contarle nada a mi madrina, pues sabía que si le decía algo, la iba a preocupar.

Unos días después, le pedí a mi tía que me diera para algunos útiles del colegio, que ya se me habían acabado; ella, rebuscándose en los bolsillos y en su carterita, me dijo que el poco dinero que tenía lo había utilizado en comprar la remesita del mes. Necesitado de dinero, llamé a mi tío Eulalio para que me ayudara; él no dudó ni un solo segundo en dármela y me dijo que lo esperara en el mismo sitio que nos habíamos visto la última vez; cuando nos reunimos, me regaló una bolsa y me dijo:

—Toma, Renato, esto es una parte de lo que no te pude dar todo este tiempo. —Abrí la bolsa y miré lo que nunca mis ojos habían visto, rollos de dinero envueltos uno tras otro; casi loco por lo que mis manos tocaban, me quedé atónito y sin palabra alguna. Me preguntaba qué iba a hacer con tanto dinero en mi poder; mi tío me llevó a casa; allí entré y me encerré en mi cuarto. Mi madrina, inquieta por saber qué me pasaba, tocaba y tocaba la puerta y me decía:

—Renato, abra la puerta, no me asuste, por favor. —La fiscal me pregunta:

—¿Cuánto dinero recibió? —Yo le respondo:

—En ese tiempo era muy pequeño para contar tanta plata; realmente, no supe la cantidad que me había regalado, pero sí sabía que era mucho; entonces, lo que hacía era ayudarle a mi madrina en todo lo que ella necesitara, pero sin dar tanta papaya; le compraba remesa y se la ponía en las cubetas de la cocina; a ella, al principio, le parecía muy raro, pero, igual, nunca hizo mucho por averiguar qué era lo que estaba pasando. Mientras yo me compré una ropa, unos zapatos, relojes, algunos libros, comida; en fin, un montón de cosas que deslumbraban, en esos momentos, mi vida; por estar pendiente de las cosas materiales, empecé a descuidar mis estudios; sin importarme lo que pensarían los demás, mi rendimiento bajó mucho; los profesores, preocupados por mi comportamiento, pidieron hablar con mi madrina y contarle lo que estaba sucediendo; solo recuerdo sus tristes palabras de decepción, cuando la llamaron y recibió tan malas noticias:

—Renato, le he brindado todo de mí y así me paga; ¿en qué le he fallado? ¿Acaso tiene que contarme algo y no lo ha hecho? ¡Dígame, ¿por qué, Renato? —Ni siquiera pude alzar y verla a los ojos de la vergüenza que sentía en mi ser; sabía todo el esfuerzo que ella hacía por mí, que me entregaba día tras día su vida y yo, sin compasión, se la destruía con cada uno de los actos que había cometido; pasaron seis meses después de que en mis manos ya no quedó ni un solo centavo y, al verme de ese modo, decidí nuevamente llamar a mi tío Eulalio para que él, con su dinero, me ayudara a suplir todas las necesidades y caprichos a los que me había acostumbrado; como era de esperarse, no se negó a ayudarme, pero esta vez llevó consigo a su hijo Efrén, un primo, al que recién venía a conocer, que era un poco mayor que yo, pero tenía un aspecto totalmente diferente al mío; no sé por qué, cuando lo vi, sentí un fuerte escalofrío que erizaba todos los poros de mi piel; él no tenía el alma limpia, como la de cualquier ser humano, la suya era manchada y sucia; realmente, no entendía por qué mi espíritu podía sentir tales sensaciones a partir de solo verlo. —Al estrechar nuestras manos, me dijo:

—Hola, Renato, me da mucho gusto conocerte; mi padre me ha hablado de tu existencia y me siento orgulloso de que otro haga parte de nuestra familia. —Al agradecerle sus palabras, le expresé:

—Pues, en verdad, ha sido una gran sorpresa llegar a conocerlo; no pensé que mi tío Eulalio tuviera un hijo tan joven; cuando quiera podemos salir para relacionarnos un poco más. —Después de hablar con Efrén, seguro que mi tío ya se imaginaba para qué lo estaba buscando, por lo que, esta vez, me entregó un cuaderno y me dijo:

—Sobrino, dentro de este libro está camuflado lo que necesita, pero busque bien que ahí hay algo más, que puede interesarle: cuando lo lea, llámeme y deme pronto una respuesta.

—Intrigado por lo que me había dicho mi tío, subí al cuarto y, echando seguro a la puerta, me senté en la cama para ver qué tenía el dichoso libro. Al abrirlo, había puros billetes de 50 mil y, debajo de ellos, una carta vieja y amarillenta, que ignoraba que fuera de mi padre.

—Allí me interrumpe el fiscal:

—¿Usted estaba seguro que era de su padre? Porque, yo me pregunto, ¿qué intenciones tenía su tío en hacer que leyera algo que tal vez lo había inventado él para su propia conveniencia? —Yo le respondí:

—Sí, estoy seguro, porque al percibir solo el olor del papel, me pude dar cuenta de que la carta no era de la época actual, era un olor de papel viejo y, además, al verla, se veía a simple vista que era una carta de unos años atrás. —Interviene la fiscal:

—Renato, nos puede contar qué decía esa carta.

—Nunca tuve en mis manos algo tanpreciado como esa carta; era el único recuerdo que tenía de esa persona que solo vivía en mis pensamientos; quizás ninguno en esta sala se puede imaginar lo que se siente al estar sin padre y sin madre al mismo tiempo, pero, de pronto, alguien entrega algo tan valioso, que siempre se lo anda a traer consigo; por eso, les digo, a usted, señora fiscal, a usted, señor Juez y, por supuesto, a todos los que me acompañan en esta sala, que la carta está guardada en la billetera de mis pantalones; si me permite, señor Juez, la voy a leer. —El Juez me responde:

—Es de nuestro más sincero interés saber qué dice; Renato, puedes leerla. —Entonces, me levanto del estrado y empiezo a leer:

Policarpa Ejido, 25 de marzo de 1993

Hola Renato:

¿Te acuerdas cuando eras un bebé y estabas en la tripita de mamá? ¡Eras el bebé más juguetón del mundo! No parabas de moverte, de hacer volteretas y, sobre todo, de dar pataditas. A mí me gustaba jugar contigo. Ponía mi mano en la barriguita de mamá y tú jugabas conmigo hasta que te quedabas dormido. ¡Y qué bien nos lo pasábamos juntos!

Mamá y yo éramos los papás más felices del mundo, porque tú estabas a punto de nacer y sabíamos que ibas a ser el bebé más maravilloso del universo.

Cuando naciste y te abracé por primera vez, me puse a llorar de alegría. No podía creer que ese niño tan bonito fuese mío. Y mamá estaba loca de felicidad. Desde ese momento, supe que íbamos a ser felices para siempre. No tenías ni unas horas de vida y ya habías conquistado mi alma. Te esperé durante tanto tiempo, que todavía me parece irreal poder tenerte entre mis brazos. Ha sido muy larga la espera, pero desde que oí por primera vez el latido de tu corazón, me emocioné enormemente y supe que jamás dejaría de quererte.

Quiero decirte, con esta carta, que desde tu nacimiento me siento profundamente unido a ti, que quiero protegerte y quererte cada día de mi vida, y que jamás te sentirás desamparado. Con estas palabras, que nacen de mi ser, quiero que sepas algún día todo lo que sentí cuando tus ojos se cruzaron por vez primera con los míos, en el día de tu llegada a este mundo. No hay nada más puro que el amor que siento por ti, mi Renato que, desde tu llegada a mi vida, has conseguido que se llene de luz y paz.

Gracias, porque con tu existencia soy más feliz que en todo lo que llevo vivido. Ten por seguro que te devolveré todo el amor que has despertado con tanta emoción en mi alma, hijo mío. Te quiero.

Cuando tengas esta carta en tus manos, siéntete el niño más afortunado del mundo porque tienes unos padres que lo dan todo por ti; hijo mío, nadie sabe de la existencia de esta carta y es por esta razón que quiero contarte algo, porque sé que, siendo pequeño, me entenderás más que siendo un jovencito hecho y derecho.

Renato, nadie en este mundo es perfecto y no seré yo la excepción; no te ocultaré ningún secreto; hasta el día de mi muerte serás mi amigo y mi confidente; desde muy joven, tus abuelos me heredaron tierras y fincas, que las han utilizado para cosechar coca; tu familia no es cualquier familia, es muy reconocida por el pueblo, además de ser una de las más adineradas; yo, junto con mis hermanos, somos dueños de muchas hectáreas; ¿qué más quisiera decirte?, que tú, mi heredero, un día administres todo lo que te corresponde, para que tengas una vida tranquila y sin problemas, pero si me llegara a pasar algo antes de tiempo, le dejaré a Eulalio tu parte, para que él cuide lo que es tuyo mientras tengas uso de razón y puedas defenderte por ti mismo.

Lo último que tengo para decirte es que, si mi vida no te parece la correcta, no te sientas presionado por mis palabras; tú eres el dueño de tu vida y puedes hacer lo que quieras con ella, pero nunca te olvides que un padre siempre quiere lo mejor para su hijo.

Un abrazo,

Atentamente, el ser que más te quiere,

Tu padre.

Después de leer esta carta, me quedé pensando toda la noche en qué iba a hacer con mi vida; si me quedaba con mi madrina, no podría cumplir con los sueños que había anhelado; deseaba con toda mi alma ser teniente de la policía, pero esa carrera era bastante cara y sabía que tía Esperanza, aunque quisiera, no me la podía brindar, pero si, por el contrario,

me iba con mi tío, podría ahorrar mucho dinero para cambiarle el estilo de vida a mi madrina y, también, ser el mejor policía de la Historia.

Esperé por tres días para hablar con mi madrina y contarle lo que estaba pasando; ella siempre se comportó como la madre que nunca tuve, por esa razón no quería ocultarle nada; le mostré la carta de mi padre, para que mis argumentos tengan validez frente a ella y anunciarle que lo mejor era marcharme con mi tío; ella se desbordó en llanto y me suplicó que no me fuera; tal vez si le hubiera hecho caso, no estuviera como estoy ahora, frente un Tribunal, en espera de una sentencia por mis culpas. —La fiscal toma la palabra:

—Supongo que llamaste a don Eulalio para que te llevara con él. —Agachado, le respondo:

—¡Sí, lo hice! Sin pensar en nada, solo lo hice. Efrén me recogió en la parte destapada de la carretera, casi cerca a la salida del pueblo, me llevó al lugar donde estaba viviendo mi tío, que era una finca inmensa y hermosa, llena de lujos y con mucha tierra; emocionado por lo que mis ojos veían, empecé a recorrer toda la casa: tenía más de diez habitaciones, una gran sala, con cuadros pintados en acrílico, trabajado con semillas de frutas y ramas de plantas; muebles decorados, de diferentes estilos; alfombras suaves, esculturas antiguas; en fin, eso solo era adentro de la casa de la finca, porque afuera tenía una gran piscina y ni qué hablar de las tierras; Efrén me indicaba todo lo que era nuestro; esa mañana quedé completamente deslumbrado por tanta riqueza; por instantes, se me nublaban los pensamientos y recordaba a la tía Esperanza, a la que extrañaba mucho: su perfume, su voz, su comida, su cariño me dejaban un grande vacío que, a la fuerza, tendría que aprender a soportar. A lo lejos, oí una voz que me llamaba:

—Renato, Renato, Renato, ven acá. —Era Eulalio, ese hombre que había transformado mi vida en un abrir y cerrar de ojos, que me recibió con gran alegría y me felicitó por la decisión que había tomado y me dijo—: Me siento orgulloso de ti, sobrino; has demostrado ser uno de la familia; ahora sí puedo decirte que la manada está completa. —Emocionado, le respondí:

—Tío, estoy aquí para cumplir con la voluntad de mi padre y lo que más deseo es ponerme al frente de todo lo que es mío. —Eulalio, impresionado por mis palabras, me dice:

—¡Esa es la actitud!; Renato, me gusta lo que dice, porque los hombres que son como tú saben lo que quieren en la vida. —Con una leve sonrisa, le digo:

—Usted lo ha dicho. —Eulalio añade:

—Tranquilo, sobrino; le enseñaré algunas cosas que nunca se ha imaginado que iba a aprender; le digo que el Renato que llegó hoy ya no será el mismo de mañana. —El abogado defensor interrumpe la audiencia para decir:

—Señor Juez, le pido 10 minutos de receso en esta audiencia, para que mi cliente descanse. —La fiscal protesta:

—Objeción, Señor Juez; el abogado no puede pedir que se retire del estrado el acusado en estos momentos. —El juez, golpeando en la mesa con el martillo, dice:

—Receso concedido, abogado. —El abogado me pide que baje del estrado y me dice:

—Renato, debes tener hambre; te llevaré a comer algo. —Mientras tomamos un café, con dos almojábanas, me dice:

—Quiero darle un consejo, Renato; no se ofusque por las preguntas de la Fiscal; ella quiere confundirlo para que, según las respuestas que les des a sus preguntas, su pena sea mayor; responda tranquilamente y eso hará que no tenga más para decirle. —Soplando sobre el café caliente, le digo:

—Tiene razón, abogado; voy a hacer lo que me dice; voy a seguir su indicación. —Al entrar de nuevo y ubicarme en el estrado, espero la siguiente pregunta de la fiscal. —Ella, con anuencia del Juez, me pregunta:

—Renato, ¿qué le enseñó su tío Eulalio? —Le respondo:

—Después de su cordial bienvenida, me indicó algunas de las tierras que me correspondían, reunió a los trabajadores del lugar y me presentó como su nueva mano derecha; al ver que no había dicho quién era realmente, quise preguntarle por qué no lo había hecho, pero, después, entendí que de seguro pensó que era muy pronto para anunciarlo.

A pesar de que los empleados me miraban como una persona muy joven para que fuera uno de sus jefes, ellos empezaron a tenerme mucho respeto; traté de relacionarme lo mejor posible para que me tomaran confianza y no se presentaran inconvenientes; mi tío había dejado a cargo a Efrén, para que inspeccionara mi trabajo. Así, conocí la planta de la coca, con las hojas de líneas aureoladas longitudinales muy claras, que se curvan hacia la vena central; las flores son de un blanco cremoso y miden más o menos un centímetro y tienen cinco pétalos.

Muchas veces acompañé a mi primo Efrén a entregar mercancía a personas de muy mal semblante; era gente peligrosa, amante del dinero; al comienzo, en los viajes a los que me llevaba, siempre lo esperé dentro del carro. Él se bajaba, abría el baúl del carro, sacaba la carga y la entregaba; ellos la revisaban y le pagaban. Al devolvernlos a la finca, mi tío lo esperaba ansioso y con ganas de saber cuánto dinero había recibido. Recibía, por cada entrega, más de 20 millones de pesos, con lo que les pagaba a los trabajadores, mantenía en buen estado la finca y, por supuesto, nos daba nuestra parte; nunca le pedí más de lo que él me quiso dar, porque sabía que antes de ser mi tío, era un comerciante de coca. Pero eso no fue todo; un día, mi tío me mandó llamar con uno de los empleados de la finca y, con un abrazo fuerte, me dijo:

—Renato, cada día que pasa se convierte en un muchachón muy valiente; lo mandé llamar, ante todo, para felicitarlo por su buen desempeño en la finca; me ha demostrado que es un digno hijo de su padre, pero, por otro lado, quiero decirle que necesito que aprenda a manejar una pistola o, mejor dicho, varios tipos de armas. En este negocio y en otros más,

que todavía no conoce, es necesario que cargue una, porque no quiero tener en mi conciencia su muerte, porque no tuvo con qué defenderse. —Con la boca casi abierta, le dije:

—Pistola, tío; nunca me había hablado de eso; me niego a cargar armas, pues no quiero llegar a convertirme en un asesino. Eulalio me respondió:

—Sobrino, sin duda sabe que, en este mundo en el que vivimos, uno no se puede confiar de nadie; el arma no es para que mate gente inocente, sino para que esté alerta y se cuide de cualquier persona sin escrúpulos que quiera hacerle daño. He mandado llamar a un viejo amigo de la guerrilla, para que lo lleve al monte y allí aprenda lo necesita saber. —Acatando lo que me dijo mi tío, empaqué algunas cosas y me marché; en la entrada de la finca, me estaba esperando un hombre con capucha, que llevaba un rifle terciado y unos brazaletes que lo identificaban como uno de los miembros de la guerrilla. —La fiscal toma la palabra y me pregunta:

—¿Qué tanto vio al estar con el guerrillero?

—Al estar con él, vi cosas que en mi vida imaginé ver: se levantaban a las cinco de la mañana a hacer guardia; utilizaban mangueras para bañarse, armaban cambuches para dormir, orinaban en los potreros y su papel higiénico eran hojas arrancadas de los árboles que estaban a su alrededor. Tenían gente encargada para cazar y cocinar animales, como las liebres, las raposas y hasta los perros; había hombres, mujeres y niños secuestrados, mujeres embarazadas en espera de que les realizaran un legrado y mataran a sus hijos, niños de 11 años que aprendían a disparar, que descuartizaban a hombres vivos, derramaban sangre inocente y se burlaban de eso.

No entendía por qué mi tío era amigo de ellos, ni su propósito para que yo viera tanta maldad; quizá buscaba que mi corazón se endureciera como una piedra y despertara a la verdadera realidad que me esperaba. Como él lo había dicho, en tres meses aprendí a disparar distintos tipos de pistola, a armarlas y desarmarlas. —La fiscal, sin dejar que terminara de hablar, me pregunta:

—Renato, ¿después de haber aprendido a disparar, fue capaz de matar a alguien? —Le respondo:

—¡No! Nunca presioné el gatillo para matar a alguien. Solo ensayábamos disparándole a latas de cerveza, que el amigo de mi tío ponía al frente para que disparara. Como les venía diciendo, en tres meses aprendí mucho, pero nunca a matar. Luego, inquieto por salir de ese lugar, llamé a mi tío para que me sacara lo más pronto posible de allí. Cuando regresé, me recibió con una fiesta y me dijo:

—Renato, me llena la vida de dicha; ahora sí puedo decirle que está preparado para conocer algunos de mis negocios. —Un poco extrañado, le digo:

—Tío, me pregunto qué secretos serán los que me ha ocultado; dígame quién es, en realidad. —Él me dice:

—No se sienta engañado, Renato; lo que pasa es que, en el tiempo que nos conocimos, era todavía muy pequeño para llegar a entenderlo todo; ahora ya tiene la suficiente edad para saber quiénes somos, en realidad, pero, antes de contarle, le digo que he recibido una nota de su madrina y me he atrevido a leerla. —Algo sorprendido, le digo:

—¿Una carta de mi madrina? Me pregunto cómo hizo para encontrarme. —Eulalio me responde:

—No, Renato; más bien, yo la encontré a ella; me dirigía a hacer una entrega, con su primo Efrén, y la he visto hablando con una vecina del pueblo; afligida, ha corrido hacia mí y me ha dicho:

—Eulalio, ¡qué milagro verlo! ¿Cómo está usted? No sé si sabe que Renato se fue de la casa; quisiera preguntarle si sabe algo sobre él; no he recibido noticias de él desde el día que decidió marcharse; desde entonces, he esperado su visita pero, como no la he recibido, si de pronto lo ve, entréguele esto, por favor. Aquí está lo que me entregó; Renato, esto es suyo —y me entrega una carta que, una vez la tuve en mis manos, la abro y empiezo a leer:

Renato

No sabe el dolor que me causa saber que se fue de mi vida, pero lo admiro por su fuerza, por esa tenacidad, por ese valor y por ese corazón que tiene, ¿sabe? Deseo, desde el fondo de mi alma, que sea feliz; recuérdeme con alegría, le enseñé a que mirara con los ojos del corazón, así podrá distinguir el bien del mal, sea leal a sus principios. Haga que me siga sintiendo orgullosa por lo que emprenda; por mi parte, ya lo estoy desde el día que lo conocí.

Esa carta me dejó el corazón dolorido, lloré, tenía la mente bloqueada; sentí que era como si con cada palabra me tocara las fibras más sensibles del alma, ¡quién era yo para haberle hecho tanto daño a esa mujer que había rescatado mi vida de la aflicción y la soledad, que se había dedicado a mí, sin importarle cuánto le iba a costar, pero ahora las cosas iban como iban.

Sin inquietarme por lo que pudiera decir mi tío, tomé algo del dinero que tenía guardado en el colchón de mi cama y salí corriendo a visitarla; quería volver a verla, abrazarla, pero antes quería sorprenderla. Ya por el camino, pensaba cuál sería el mejor regalo para ella, tal vez podría ser una serenata, por lo que contraté al mejor grupo del pueblo y, al llegar a la casa, prepararon todo y empezaron a cantar.

Al oír a los serenateros, mi madrina encendió la luz del cuarto y, al espiar por la ventana, me reconoció, por lo que fue a abrir la puerta, corrió a abrazarme y, al oír las canciones, me agarró de las manos; cuando podía, yo le acariciaba su tierno cabello blanco y le decía al oído ¡cuánto la quería! Le entregué un ramo de sus flores favoritas, entramos a casa y, charlando hasta el amanecer, nos quedamos dormidos.

Desperté y mi madrina ya no estaba en casa; aproveché para cocinarle su plato favorito, los fríjoles con garra que tanto le gustan; quería consentirla y aprovechar cada segundo que

estuviera junto a ella, porque, en realidad, no sabía cuánto tiempo iba a pasar antes de que nos volviéramos a ver. Y ¡qué irónica es la vida!, ¡nos volvemos a encontrar aquí, en este Tribunal! Cuando llegó a casa, percibió el delicioso olor a frijoles y, luego, al probarlos, me dijo:

—Niño, ¡qué bien cocinas! Ven, almorcemos juntos y cuéntame cómo te ha ido con Eulalio. —No fui capaz de contarle mis andanzas, solo le dije que había trabajado muy duro para reunir una platica y comprarle la casa que tanto deseaba; no quiso saber cómo la había conseguido, porque ella sabía muy bien a qué se dedicaba el tío Eulalio. Al despedirme, le dije:

—Tía Esperanza, le he dejado un regalo en las cubetas de la cocina, ¡disfrútelo! —Al regresar a la finca, recordé que con Eulalio teníamos una conversación pendiente; él me esperaba con un trago en mano, para contarme algunos de los secretos que, me había dicho, requería que supiera. La fiscal intervino:

—¿Qué secretos eran esos? —Le respondo:

—Estas fueron las palabras de mi tío, que recuerdo bastante bien:

—Como sabe, a este pueblo lo declaró zona roja la guerrilla; ellos se han posesionado de tierras que no les pertenecen y han dejado por fuera a mucha gente; a la que se ha rehusado a entregarle sus tierras, sin piedad la matan y la tiran al río; nosotros, junto con otros líderes, creamos un grupo, que llamamos ¡Águilas rojas!, para defender los derechos del pueblo y a cualquiera que se infiltre en él lo vamos quebrando. Somos un grupo bastante amplio; la guerrilla ya sabe de nuestra existencia y, por eso, hemos llegado a varios acuerdos, uno de los más importantes es entregarles mensualmente una mercancía, para que no se metan más con el pueblo y nos dejen vivir tranquilos.

Además de eso, Renato, sabe que la seguridad cuesta; entonces, hemos inventando una estrategia para cuidar nuestros intereses; cada mes les cobramos una parte de lo que logran en los negocios que tienen los habitantes de este pueblo; dicho en otras palabras, sobrino, les cobramos unos impuestos. —Tomándome un trago, le digo:

—Tío, ¿a que le llama cobrar impuestos? Me responde:

—Llamo cobrar impuestos a una clase de tributo que nos deben pagar los del pueblo por cuidar de su seguridad; en pocas palabras, sin esos impuestos no podríamos comprar las armas necesarias para garantizar esa seguridad. Ahora bien, Renato, ya que sabe todo esto, quisiera proponerle que entre al grupo y presentarlo a los miembros del grupo; uno de mis mejores cobradores es Farid, mi otro sobrino; él le enseñará y mostrará a qué personas se le deben cobrar y qué se debe hacer cuando no cumplen con lo pactado. Siempre nos vestimos con el mismo camuflado que usa la guerrilla, pero con una diferencia: en el brazo izquierdo de la chaqueta y en la parte superior de la cachucha, tenemos un símbolo del águila roja, que nos identifica. ¿Qué dice, Renato, acepta? Mira que si lo hace, tendrá más dinero del que se imagina. —En realidad, no me pareció tan mala la idea entrar al grupo de mi tío; lo

pensé por tres largos días y resolví aceptar su propuesta. Era un nuevo integrante de las “Águilas rojas”; en realidad, yo sabía que más que cobrar impuestos, eso era una extorsión, pero ya qué más daba: ¡ya untado el dedo, untada la mano! En esos días tuve el privilegio de conocer a mi hermano; bueno, en realidad es mi primo Farid, un joven que me ha enseñado lo que es la lealtad, la fidelidad y la confianza. —Me interrumpe la fiscal y dice:

—¿Y ahora dónde está su cómplice? —Con una carcajada le respondo:

—Usted cree, Señora Fiscal, que se lo voy a decir; ¿acaso no oyó lo que le dije antes? Lo cierto es que, después de eso, con Farid nos la pasábamos cobrando el dinero que les exigía el grupo; nunca fuimos groseros ni déspotas para hacerlo, ya todos nos conocían en el pueblo y no nos temían; bueno, eso era en la mayoría de los casos, porque a otros, que se comportaban rebeldes a la hora de pagar, simplemente le informábamos a mi tío y él se encargaba de resolverlo.

La Fiscal pide la palabra: --- ¿Renato usted estuvo involucrado en algún asesinato? —Le respondo:

—¡No, Señora Fiscal!; como le he dicho, nosotros simplemente le informábamos a mi tío y él delegaba a otras personas para que los obligaran a pagar. —La fiscal me pregunta:

—¿Tiene algo más que agregar? —Con el rostro agachado, le respondo:

—No, Señora Fiscal, eso es todo. —Entonces, el abogado defensor interviene:

—Señor Juez, antes de que usted dicte sentencia, le solicito que tenga muy en cuenta que mi cliente ha reconocido por su propia boca algunos de sus delitos y eso amerita una rebaja de pena. —El Juez, luego de solicitar se ampliaran varias investigaciones, adelantadas por La Fiscalía Especializada en terrorismo del Departamento de Nariño, le dio a Renato, debido a que era un menor de edad y para respetar algunos de sus derechos como tal, una sentencia a cuatro años de privación de su libertad.